Molière

TARTUFO O EL IMPOSTOR Y EL AVARO

Prólogo de Nidia Vincent

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

S

BIBLIOTECA DEL UNIVERSITARIO

Tartufo o el impostor

El avaro

Biblioteca del Universitario

Universidad Veracruzana

Raúl Arias Lovillo
Rector

Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

Víctor Aguilar Pizarro
Secretario de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda
Director General Editorial

Sergio Pitol
Director de la Biblioteca del Universitario

Jorge Medina Viedas y Agustín del Moral Tejeda
Editores fundadores de la Biblioteca del Universitario

Tartufo o el impostor
El avaro

Molière

Biblioteca del Universitario / Número 39

PQ1825
T37
2011
e/.5

Diseño: Lucía Gómez Benet y Carlos Torralba
Portada: colografía de Brenda Castillo Contreras, integrante del Taller de Grabado de la Facultad de Artes Plásticas de la UV
Captura: Isabel Gallardo
Cotejo: Isabel Gallardo y Lucía Riveros
Formación: Lucía Riveros
Editora responsable: Lucía Riveros
Traducción: Julio Gómez de la Serna

Clasificación LC: PQ1825 T37 2011
Clasif. Dewey: 842.4
Autor: Molière, 1622-1673.
Título: Tartufo o El impostor ; El avaro / Molière ; traducción, Julio Gómez de la Serna.
Porción del título El impostor
Otro título El avaro
Edición: Primera edición.
Pie de imprenta: [Xalapa, Ver., México] : Universidad Veracruzana, 2011.
Descripción física: 208 p. ; 19 cm.
Serie: (Biblioteca del Universitario ; Número 39)
ISBN: 9786075020976
Materia: Teatro francés--Siglo XVII.
Autores secundarios: Molière, 1622-1673. Tartuffe. Español
Molière, 1622-1673. Avare. Español.
Gómez de la Serna, Julio, 1888-1963, traductor

Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México
Apartado postal 97, CP 91000
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 818 5980; 818 1388
Primera edición: julio del 2011

© Universidad Veracruzana (por esta edición)
© Sergio Pitol, por la presentación
© Nidia Vincent, por el prólogo

ISBN: 978-607-502-097-6

Impreso en México
Printed in Mexico

Biblioteca Central
Univ. Veracruzana

Biblioteca del Universitario

Sergio Pitol

I

En México, la primera gran batalla por el libro y su defensa la sostuvieron los liberales del siglo XIX; fue ardua y constante. En especial se debe citar a Ignacio Manuel Altamirano y a Justo Sierra. Pero el apóstol del libro de más altos alcances que ha conocido nuestro país ha sido José Vasconcelos, quien en el siglo pasado, de 1921 a 1924, casi inmediatamente después de la Revolución mexicana, durante su cargo como Secretario de Educación en el periodo presidencial de Álvaro Obregón transformó todos los espacios culturales de la nación. José Vasconcelos era un hombre de ideas intensamente viscerales. Sin embargo, de ninguna manera le estorbaron para realizar el programa de cultura que delineó cuando fue designado Secretario de Educación. Un programa que, sin eufemismos, puede uno considerar como titánico. Por sólo ese periodo de prodigios podría su nombre pasar a la historia. La notable reforma educativa y el renacimiento cultural que emprendió estuvieron siempre, en su momento y aun durante muchos años después, cercados por la incomprensión, minados por

242565

la suspicacia, la envidia y el recelo de los mediocres. Sin embargo, su energía se impuso. Para lograrlo, se rodeó de todos los escritores de talento del país, igual los comprometidos con sus ideales educativos que los empeñados en el culto de formas que él no admiraba, así como de músicos, pintores y arquitectos de todas las edades y tendencias, aun de aquellas que admitía no comprender, o que abiertamente no compartía. En ese sentido fue absolutamente ecuménico. Con él se iniciaron casi todos los escritores que conformaron nuestra vanguardia literaria, y se pintaron, ante el pasmo horrorizado de la gente de orden y razón, los primeros murales. Llamó a todos los artistas a colaborar con él y no los convirtió en burócratas. Y ya en sí eso es un milagro.

Se ha escrito ampliamente sobre la Cruzada educativa y cultural de Vasconcelos. Me conformo con citar unas líneas de Daniel Cosío Villegas, un intelectual a quien caracterizaba el escepticismo, y aun cierta frialdad hacia sus pares:

> Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne…

II

En una obra de Mijaíl Bajtín leí una aseveración en que pocos han reparado. Dice este excepcional teórico ruso que

el más grande don que el mundo nos ofrece al nacer es una lengua acuñada, desarrollada y perfeccionada por millares de generaciones anteriores. Hemos, los humanos, recibido la palabra como una herencia mágica. Uno sabe quién es solamente por la palabra. Y nuestra actitud ante el mundo se manifiesta también por la palabra. La palabra, tanto la oral como la escrita, es el conducto que nos comunica con los demás. Le permite salir a uno de sí mismo y participar en el convivio social.

Y el escritor español Pedro Salinas en uno de sus ensayos sobre lingüística declara: "El hombre hizo el lenguaje. Pero luego, el lenguaje con su monumental complejidad de símbolos, contribuyó a hacer al hombre; se le impone desde que nace". La filosofía, la historia, todas las disciplinas del saber, son productos del lenguaje. Pero hay una que establece con él una relación especial, y esa es la literatura; es, desde luego, hija del lenguaje, pero también es su mayor sostén; sin su existencia el lenguaje sería gris, plano, reiterativo. Es la literatura la que lo alimenta, lo transforma, lo castiga a veces, pero le otorga una luminosidad que sólo ella es capaz de crear.

La literatura, como toda rama de la cultura, no conoce límites; su territorio es inconmensurable, y a pesar de todos los esfuerzos que se haga no podrá conocer más que una porción minúscula de aquel inmenso espacio.

En la zona donde yo me muevo mejor, la novela, el lector tiene la posibilidad de viajar por el espacio y también por el tiempo y conocer al mundo y a sus moradores por su presencia física tanto como en su interioridad espiritual y psicológica. Leer es conocer a Troya a través de Homero, y el periodo napoleónico por Stendhal, el surgimiento triunfal del mundo burgués en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, por Balzac, y todo ese mismo siglo en

España, cargado de múltiples peripecias por Pérez Galdós, las condiciones sociales de la Inglaterra victoriana por Dickens, la épica escocesa por Walter Scott y el sofocado mundo colonial británico por Joseph Conrad. Sabemos lo que sucedía en el México de Santa Anna por Inclán y en el de la Revolución a través de Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos y Mariano Azuela, y de esa manera, por la novela, podemos vislumbrar muchos, muchísimos fragmentos del mundo, los que queramos, no sólo las situaciones histórico-sociológicas en un país y una época determinados, sino además las modulaciones del lenguaje, y el acercamiento a las artes plásticas, a la arquitectura, a la música, a los usos y costumbres, al imaginario de ese espacio y ese tiempo que elegimos.

Leer es uno de los mayores placeres, uno de los grandes dones que nos ha permitido el mundo, no sólo como una distracción, sino también como una permanente construcción y rectificación de nosotros mismos. Reitero la invitación, casi la exhortación, de mantenerse en los libros, gozar del placer del texto, acumular enseñanzas, trazar una red combinatoria que dé unidad a sus emociones y conocimientos. En fin, el libro es un camino de salvación. Una sociedad que no lee es una sociedad sorda, ciega y muda.

III

Hace unos años, quince tal vez, en un simposio literario una persona pasó a la tribuna y declaró rebosando de felicidad que el libro era ya un objeto obsoleto, que tenía sus días contados, que la sociedad actual podría evitar las molestias de su frecuentación, puesto que la Internet le resolvería cualquier necesidad de entretenimiento e información.

La Internet, nos asestó en varias ocasiones, es el vehículo cultural del presente. Su aparición reviste la misma importancia que el descubrimiento de Gutenberg en su época. Las bibliotecas se transformarán en oficinas y viviendas. Los poetas no le son ya necesarios a nadie.

Por fortuna ese ignorante se equivocó. Las ferias del libro en México, en nuestro continente y en toda Europa han repuntado de una manera impresionante. Las librerías se multiplican en nuestro país. Sabemos que por largo tiempo el libro no decaerá, no por el uso de la Internet sino por lo contrario, ambos son susceptibles a potenciar los efectos de uno a los otros.

Parecería que el eco de Vasconcelos está volviendo a sus orígenes.

IV

La palabra *libro* está muy cercana a la palabra *libre*; sólo la letra final las distancia: la *o* de libro y la *e* de libre. No sé si ambos vocablos vienen del latín *liber* (libro), pero lo cierto es que se complementan perfectamente; el libro es uno de los instrumentos creados por el hombre para hacernos libres. Libres de la ignorancia y de la ignominia, libres también de los demonios, de los tiranos, de fiebres milenaristas y turbios legionarios, del oprobio, de la trivialidad, de la pequeñez. El libro afirma la libertad, muestra opciones y caminos distintos, establece la individualidad, al mismo tiempo fortalece a la sociedad, y exalta la imaginación. Ha habido libros malditos en toda la historia, libros que encarcelan la inteligencia, la congelan y manchan a la humanidad, pero ellos quedan vencidos por otros, los generosos y celebratorios a la vida, como *El Quijote*, *La*

guerra y la paz, de León Tolstoi, las novelas de Pérez Galdós, todo Dickens, todo Shakespeare, *La montaña mágica* de Thomas Mann, los poemas de Whitman, los ensayos de Alfonso Reyes y la poesía de Rubén Darío, López Velarde, Carlos Pellicer, Pablo Neruda, Octavio Paz, Antonio Machado, Luis Cernuda y tantísimos más que continúan derrotando a los demonios. Si el hombre no hubiese creado la escritura no habríamos salido de las cavernas. A través del libro conocemos todo lo que está en nuestro pasado. Es la fotografía y también la radiografía de los usos y costumbres de todas las distintas civilizaciones y sus movimientos. Por los libros hemos conocido el pensamiento sánscrito, chino, griego, árabe, el de todos los siglos y todas las naciones.

La Biblioteca del Universitario creada por la Universidad Veracruzana le abre al estudiante las puertas del conocimiento del mundo y también a sí mismo.

Prólogo

Nidia Vincent

La vida es demasiado importante,
para tomarla en serio.

Oscar Wilde

Tomar la vida con humor o seriedad; poner en lo nimio y en lo trascendental la mirada grave que da su peso a cada cosa o distanciarse, dudar, saber que nada es tan malo que no pueda ser peor, que no existe lo permanente y que la rueda de la fortuna pondrá en lo alto lo que ahora está abajo y destronará lo que hoy se encumbra. ¿Podrá elegirse una manera de mirar, una actitud para vivir? ¿Apreciará el escritor de tragedias la vida con ese cristal? ¿Será resultado de la firme voluntad de un artista crear obras de tono cómico? Quizá sea cuestión de temperamento, de la forma como algunos perciben y dan sentido a la realidad. Con pasión o ecuanimidad, el hombre recorre su existencia y el artista se arriesga, apuesta a comunicar con su obra una particular visión del mundo.

Para algunos sólo las obras serias y que se avocan a lo trascendental merecen verdadera atención. Para ellos, en lo que al teatro se refiere, la tragedia, la pieza o el melodrama es-

tarían siempre por encima de la comedia, la farsa o el vodevil, simplemente por la equivocada asociación de lo cómico a una actitud de mofa y evasión, cuyo único fin fuese entretener provocando la risa del espectador por medio de gracejadas, burlas u obscenidades. Otros, por el contrario, consideran el humor como un recurso estético de tan fina calidad y de tan hondos alcances como la más estremecedora de las tragedias, y han reconocido en ese artificio el medio sofisticado que permite decir lo innombrable, poner en tela de juicio hasta lo más preciado, liberar alma, cuerpo y mente por medio de la risa. El escritor italiano Umberto Eco, por ejemplo, encuentra en el humor un potencial liberador, en tanto que la risa es enemiga del miedo, y el miedo es el sustento del poder; por esto último, muchas de sus manifestaciones han sido menospreciadas o se ha pretendido silenciarlas.

Tal es el caso del teatro de Molière, para quien lo cómico no fue sinónimo de superficialidad o evasión, sino una estrategia artística que le permitió plantear jocosamente las candentes problemáticas a las que todas las capas del pueblo francés de su tiempo eran sensibles. De ahí su popularidad.

Lejos de lo que su familia habría podido imaginar, Molière, hijo de un próspero burgués —tapicero real para ser más precisos—, dejó el sólido negocio familiar que le auguraba una posición desahogada por el incierto camino del teatro. Camino que le trajo fuertes deudas, penurias, lo enredó en juicios y escándalos, despertó envidias y, finalmente, lo condujo a la fama. Fue actor, director de escena, dueño de su propia compañía y el más aclamado dramaturgo de su tiempo. Fueron sus contemporáneos, además de los dramaturgos Corneille y Racine, La Fontaine, Boileau, Descartes, Pascal, La Rochefoucauld, madame de Sévigné.

Tocó a Molière (1622-1669) nacer y desarrollarse en el llamado *Grand Siècle,* es decir el espléndido siglo XVII,

tiempo en que Luis XII gobernaría a través de su ministro Richelieu, y Luis XIV se apoyaría, al inicio de su reinado, en el cardenal Mazarino, para debilitar a la nobleza descontenta y afianzar su monarquía absoluta.

El Rey Sol

Luis XIV gobernó por 72 años, el reinado más prolongado del que se tiene noticia. A decir de sus biógrafos, no lo distinguió ni su ingenio ni su valentía; era un individuo ambicioso que supo elegir a sus hombres de Estado, que se entregó al trabajo, a los placeres y a la construcción de un imperio espléndido. Con él se consolida el absolutismo monárquico, del que es el máximo representante. La nación francesa fue regida por una máquina de gobernar centralista en la que todos los funcionarios dependían del soberano. En su frase "El Estado soy yo" se resume su política. La vida y la muerte de sus súbditos, su hacienda y su futuro eran patrimonio del rey; incluso el Papa debía ser su subordinado en el orden material, puesto que su condición de monarca provenía de un derecho divino. Ese régimen que llevó a Francia a colocarse como la primera potencia de Europa también la conduciría, más tarde, a su Revolución.

Bajo el reinado de este rey Sol, Francia alcanzó prosperidad económica gracias a Colbert, ministro práctico que se empeñó en transformar un país agrícola en una nación progresista, industrial y mercantil. Con él surgieron la manufactura de tapices gobelinos y la hasta hoy apreciada porcelana de *Sévres;* fundó las academias de Arquitectura, de Ciencias y la de Inscripciones y Bellas Artes, construyó caminos, canales, puertos y una fuerza armada vigorosa. Eran tiempos de rencillas con España e Inglaterra y de serios conflictos religiosos. Se persiguió a los jansenistas de *Port Royal,* y la revocación del Edicto de Nantes, en 1685,

dio fin a la tolerancia hacia los protestantes (hugonotes), quienes se vieron obligados a su conversión o al exilio.

París se transformó en la capital de la moda y el buen gusto. Se construyeron majestuosos edificios, se decoraron jardines y Versalles, el palacio más fastuoso de la época, fue sede de la corte desde 1682.

El rey se rodeó de la nobleza, incluyendo al grupo descontento de la Fronda. De este modo los observaba, los alejaba de sus bases locales de poder, al tiempo que les permitía gozar de sus favores y padecer su despotismo. La gloria de Francia, que era lo mismo que decir la gloria de Luis XVI, debía reflejarse en todas sus manifestaciones: en lo económico y político; en el pensamiento y las artes, en su expansión territorial, en lujo y refinamiento. Sobre este aspecto, el escritor mexicano Justo Sierra comenta en su *Historia general:*

> La vida de la corte, la etiqueta, la urbanidad, la galantería, el lujo espléndido y solemne, la conversación espiritual y rebuscada, eran en parte obra del rey, que había acabado de transformar a los señores feudales en obsequiosos cortesanos que legislaban en el mundo culto en materia de moda y arte; esta sociedad refluyó e imprimió su carácter en la literatura clásica, que se inclinó a las abstracciones; reductora de la lengua a un vocabulario selecto, lo que la volvió propia para expresar ideas y conceptos generales, y desdeñosa de lo útil, de lo práctico, del dato concreto y de la observación directa; además, la hizo solemne, refinada, facticia. Todo esto es cierto, pero no absolutamente cierto, cuando se piensa en Lafontaine, en Molière y en otros de la misma época, para quienes el mundo real tenía más importancia que el convencional.

Luis XIV tuvo una extrema debilidad por la música, la danza y el teatro. Patrocinó los trabajos de artistas como el

músico Giambatista Lulli, el pintor Rigaud y los dramaturgos Molière y Racine. Dicha afición permitió el desarrollo de estas artes, al ser incluidas en suntuosas fiestas que se ofrecían por días y noches para el rey y sus allegados.

Fue un periodo esencial para la evolución de la escena francesa, predominantemente del teatro burgués y el teatro de palacio; siglo de oro del drama francés en donde barroco y clasicismo se entrecruzaron, desde Corneille (1606-1684), su primer gran dramaturgo, hasta Beaumarchais (1732-1799). Los subsidios para actores y la atinada medida de dejar en manos de compañías profesionales los teatros de la Salle du Petit Bourbon y del Palais Royal favorecieron manifestaciones independientes a los caprichos de la corte y el contacto con otros sectores. A esos espacios acudían los nuevos burgueses, los artesanos pudientes, las cortesanas, los soldados y algunos nobles o religiosos interesados en disfrutar de espectáculos populares.

Además de buscar el beneplácito del rey, dos obstáculos debían sortear los artistas de ese tiempo: la perfección formal y la censura. En la búsqueda de la primera, se impusieron reglas adversas a la libertad, a la inspiración, que limitaban el teatro a ademanes educados, sentimientos sin bajezas, dicción esmerada y a una trama verosímil siempre apegada a las unidades de tiempo, espacio y acción. Por lo que se refiere a la censura, fuera y dentro de palacio, los artistas se vieron afectados por la severidad de los fieles a la más pura tradición católica, agrupados bajo el jansenismo, y por las intrigas de sociedades secretas de peso político como la Compañía del Santo Sacramento. Esta última, integrada por laicos y controlada desde Roma, denunciaba a quienes consideraba peligrosos para la "verdadera fe". La opinión de estos grupos podía retirar de las tablas a actores, dramas o escritores aun cuando contasen con la anuencia

del rey. Fue en ese contexto que Molière creó sus deliciosas comedias que en ocasiones acataron y otras burlaron la severidad de las normas académicas, que padecieron las consecuencias de la envidia o la intransigencia y que gozaron del reconocimiento de Luis XIV.

Monsieur Molière

Molière nació en enero de 1622 en París. Su padre lo puso de aprendiz de tapicería sin buenos resultados. Estudió en el colegio de Clermont, un pensionado de jesuitas, pero Jean Baptiste Poquelin —nombre original del dramaturgo— sintió muy pronto la afición por las tablas. Al parecer, su abuelo materno era un espectador asiduo a las funciones del Hotel de Bourgogne, a las que debió llevarlo de pequeño; y lo más probable es que viviendo en el corazón de París, haya presenciado actos callejeros de mimos y de las compañías italianas.

Decisivo en su carrera será su contacto a los 20 años con Magdalena Béjart y su familia. Eran todos ellos apasionados del teatro, y Magdalena —una actriz hermosa, interesante y liberal, toda una *femme d'esprit*, como se llamaba en la época a quienes poseían ingenio— sostendría con Jean Baptiste una intensa relación amorosa primero y, más adelante, una entrañable amistad. De ese encuentro surgió la sociedad artística denominada *L´Illustre théâtre*, cuyas primeras funciones se ofrecieron en un salón de juego de pelota, cosa común en la época a falta de teatros. El proyecto fracasó, y Molière terminó en la cárcel a causa de las deudas; a su salida, la compañía dejó París para recorrer por 12 años las provincias del sur con escaso éxito y aún más precarios ingresos. Fue ese el tiempo en que el dramaturgo en ciernes aprendió el oficio gracias al contacto directo con la respuesta espontánea del público. Público

al que aprendió a entretener incluyendo, como aderezo de representaciones serias, pequeños divertimentos a manera de las farsas francesas de tradición medieval o la comedia italiana, tan popular en la época.

Molière no destacó en sus obras de tono trágico. Fue hasta que incursionó en la comedia que alcanzó, en 1655 con la obra *El atolondrado,* su primer éxito como actor, escritor y director. Los testimonios de la época —entre ellos los de su amigo y compañero actor La Grange— alaban su capacidad histriónica en contraste con el carácter reservado e irritable que lo caracterizó en su vida cotidiana. Se cree que fue discípulo del famoso actor italiano Tiberio Fiorilli, de quien aprendió declamación y mímica al estilo de la *Commedia dell´Arte.*

Después de varias actuaciones con su compañía recién llegada de provincia en el Théâtre du Petit Bourbon, triunfó en 1659 con *Las preciosas ridículas;* dos años más tarde repetiría la hazaña en el Palais Royal con *La escuela de los maridos.* Mientras en la primera se mofa de las mujeres pretenciosas que alardean con formas afectadas y palabras rebuscadas, en la segunda expone la eterna y actual lucha por la equidad de los géneros. El genio de Molière supo ahondar en los caracteres, siguiendo los principios de la comedia clásica, a la vez que indagó en lo social, en los valores burgueses sustentados en el dinero o la preminencia social y las polémicas ideológicas.

Su compañía contó primero con la protección del príncipe de Conti y más tarde con los favores de su majestad, quien apadrinó al primer hijo del dramaturgo y otorgó a su grupo un subsidio anual. Molière buscó el reconocimiento de sus contemporáneos y supo disfrutar de la buena vida, aunque prefería convivir con la gente sencilla y sus actores. Su debilidad fueron las mujeres; fueron ellas

su mayor placer, inspiración de muchos de sus personajes y causa de sinsabores.

Sus viajes, los innumerables contratiempos de su existencia, su mala salud y su capacidad para la observación del mundo circundante le proporcionaron el material que después inmortalizaría en sus textos. A pesar de su carácter y las dificultades, eligió el humor como medio de expresión, y supo incluso reír de sí mismo: de sus males crónicos en el *Enfermo imaginario;* de su difícil condición de hombre mayor enamorado de una jovencita, con su patético Sganarelle de *La escuela de los maridos* y con el viejo Harpagón de *El avaro.*

Aunque incursionó en la tragedia, lo suyo será indiscutiblemente lo cómico dramatizado en farsas y comedias de intriga, de costumbres, de caracteres. A éstas hay que agregar sus comedias-ballet. Es éste un género híbrido de origen francés, cuya estructura es básicamente la de una comedia, pero con canciones y números de danza intercalados. *Los importunos* fue la primera comedia-ballet con que Molière complaciera al rey. Más tarde se consagró con *El matrimonio forzoso* (1664), *El gentil hombre* (1670) y el soberbio espectáculo de *Psyché*, basado en la novela de La Fontaine, en el que intervinieron 300 músicos y 60 bailarines. En estas superproducciones —como hoy las llamaríamos— se daban cita todas las artes con sus mejores representantes: la música de Lulli, las coreografías de Beauchamp y los libretos de *monsieur* Molière; todo ello con actores profesionales, decorados, vestuarios lujosos y bailes exquisitos en los que participó el propio Luis XIV, notable bailarín.

A pesar de lo grandioso de estas comedias-ballet, no será por ellas que Molière ocupe tan alto lugar en la historia del teatro universal. A la par de estos éxitos escribió, dirigió

y actuó obras maestras como *Tartufo, Don Juan, El amor médico* (con música de Lulli), *El misántropo, El médico a palos, El avaro, Las mujeres sabias...*

La importancia de Molière radica en que fue un renovador de la escena francesa: sus caracteres triunfaron por su lenguaje natural, su riqueza psicológica y un desarrollo escénico acorde a su temperamento y al sentido de la acción; marcó un nuevo ritmo a la trama al eliminar el prólogo y el epílogo, para concentrarse en el planteamiento de la acción que conduce directamente al núcleo y apuntar hacia el clímax y su desenlace lógico. Sus comedias nos ofrecen una visión de las costumbres y los vicios de la época, a la vez que nos presentan las debilidades de la naturaleza humana: la vanidad, la hipocresía, la avaricia, la prepotencia, los celos, la superficialidad; y la desigualdad entre hombres y mujeres, padres e hijos, sirvientes y amos, etc. Satirizó a médicos y a enfermos, a la aristocracia y su inmoralidad, a la nueva burguesía pretenciosa e inculta, a los viejos intransigentes y a los jóvenes jactanciosos. Su ingenio le valió fuertes críticas y pertinaces enemigos, quienes, sin imaginarlo, con sus polémicas acrecentaron la fama del escritor y nos dejaron testimonios valiosos para advertir el impacto de sus agudas observaciones.

Tartufo o el simulador

Fue *Tartufo*, obra estrenada en 1664, el drama que mayores dificultades trajo a su autor. Por las ideas que en él expone fue tachado de "demonio de carne vestido de hombre al que hay que condenar a la hoguera". No obstante que la Iglesia prohibió ver, leer o escuchar tan deshonesto e impío drama, muchos asistieron a las lecturas que el propio Molière realizó para círculos privados. Cinco años tuvo que abogar para que la obra se presentara en un teatro, y

dirigió para ello tres solicitudes a Luis XIV, quien a pesar de aprobar la obra no deseaba acrecentar las fricciones entre la Iglesia y el Estado.

El protagonista es sinónimo de hipocresía, es el modelo del simulador y manipulador. Por supuesto no es la primera vez que esta figura había sido abordada por la literatura; encontramos sus antecedentes en textos italianos como *El decamerón, L'Ipocrita* y en la novela española *La ingeniosa Elena hija de Celestina.* Pero el tratamiento singular de este farsante francés parece surgir de modelos de primera mano: por una parte, de sucesos ocurridos en el entorno del propio Molière, en los que la confianza había sido traicionada por falsos amigos que seducían a las esposas de quienes les habían ofrecido hospitalidad; y por otra, de los detalles que le proporcionó la seductora escritora Ninón de Lenclos, quien por las tertulias de su salón literario, la conducta liberal que la caracterizó y sus numerosos amantes conocía bien la vida íntima de sus contemporáneos, además de haber sido ella misma cortejada por el abate Pons.

Muy amplio es el repertorio de recursos cómicos que el dramaturgo concentra en los tres actos de esta gozosa comedia de costumbres y caracteres. Hay juegos de lenguaje, ironías, habla popular, repeticiones, enredos, agresión física y verbal. A todos ellos habría que añadir, en primer término, la evidente oposición entre los atributos físicos y morales con los que Tartufo se presenta a sí mismo y la imagen que de él nos vamos formando; y más discordante aún la opinión que de él tienen Orgón y su madre frente a la visión sensata del resto de los personajes. En este contraste caricaturizado entre "quien se es y quien se pretende ser" hallamos la naturaleza cómica del personaje. Otro tanto ocurre con el colérico Orgón y su necia madre, quienes al caer en los engaños de Tartufo pierden su carácter, su

autoridad y hasta el sentido común, y se nos muestran como torpes muñecos en manos del titiritero.

Los devotos o directores de conciencia eran un tipo social muy común. Por su capacidad de influencia e intervención en la vida privada, su labor no se limitaba a la conducción de almas en el terreno religioso, sino que se extendía a lo político y social. Con *Tartufo*, Molière desenmascaró al falso beato exponiéndolo al ridículo, pues como él mismo explica en su primera solicitud, siendo el deber de la comedia corregir y divertir a la vez, corresponde a ella:

> [...] atacar mediante ridículas descripciones los vicios de nuestra época, y como la hipocresía constituye indudablemente uno de los más habituales, molestos y peligrosos, se me ocurrió que prestaría un gran servicio a las personas honradas de vuestro reino escribiendo una comedia que pusiera en solfa a los hipócritas [...]

El avaro

Esta obra se estrenó en el Palais-Royal en 1668. Su protagonista, el mezquino burgués y prestamista Harpagón (tomado de la Aulularia de Plauto) sufrirá las consecuencias de vivir exclusivamente para cuidar e incrementar sus bienes. Su condición de viejo tacaño y necio lo convierte en un envilecido personaje tragicómico, blanco idóneo para la mofa y la crítica.

A pesar de su indiscutible comicidad, este drama no alcanzó un gran éxito. Las exigencias estilísticas influyeron hacia una recepción negativa, pues se consideraba intolerable que una obra en cinco actos estuviese escrita en prosa y no en verso. A esta mala crítica también se sumó la acusación de plagio. Al respecto conviene aclarar que la originalidad tenía otro sentido, pues no se dirigía a la creación de un argumento novedoso, sino hacia el hallazgo

de una manera singular, es decir, una forma innovadora de lo ya conocido. Es en este sentido que *El avaro* no es ni pretendió ser una creación original. Son evidentes en ella las huellas de los recursos cómicos de Plauto, y de las obras de sus contemporáneos: *La bella litigante* (1654) y *La alcahueta*. También, como ha sabido apuntar la historia literaria, es el retrato amplificado de personajes de su tiempo y una parodia de los diálogos de los amantes de la comedia francesa.

A través de él, Molière reproduce el abuso desmedido de los usureros y el papel que el dinero jugará en el nuevo orden social y retrata la situación de la familia que debe padecer privaciones a causa de la mezquindad, la desconfianza y la tiranía del padre. Como en *Tartufo*, defiende el amor de los jóvenes y expone irónicamente cuán bufo resulta el hombre mayor que busca consolar su vejez comprando la compañía de una jovencita. El ingenuo vejete cae en los enredos de la interesada alcahueta, quien hábilmente le hace creer que la chica detesta a los jóvenes y sólo se encuentra bien ante los múltiples atractivos de los ancianos de larga barba, pues "cuanto más viejo es un hombre más seductor le parece".

El ridículo Harpagón, víctima de su debilidad, no tiene sosiego ni afectos; es un rico miserable que vive en la desconfianza, mirando en todos al posible ladrón de sus riquezas. Entrega su alma y su vida al dinero, su único compañero:

> Estoy trastornado; ya no sé ni dónde estoy, ni quién soy, ni qué es lo que hago. ¡Ay, mi pobre dinero! ¡Mi amigo más querido! Me han privado de ti, y al arrebatarte de mí, me han quitado mi apoyo, mi consuelo, mi alegría. Ya se ha acabado todo para mí; ya no me queda nada qué hacer en este mundo. Sin ti no puedo vivir. Se acabó; ya no puedo más. Me muero, estoy muerto, estoy enterrado.

A *Tartufo* le siguieron dramas tan notables como *Anfitrión, El burgués gentilhombre* y *Las mujeres sabias.* A pesar de su deteriorada salud, Molière siguió entregado a su actividad teatral hasta el último momento. En 1673 murió tiempo después de representar al protagonista de su *Enfermo imaginario.*

Mientras Racine y Corneille se empeñaron por la perfección del estilo, Molière se alejó de lo artificioso y produjo desde una postura más realista y popular. Sus caracteres y sus tipos corresponden a hombres y mujeres de carne y hueso, aunque no de manera directa sino con cierta deformidad que los distancia de los modelos inmediatos y provoca hilaridad. Así, sus personajes se apartaron de los individuos para convertirse en tipos, a la vez que se desprenden de las obras que les vieron nacer, para existir por cuenta propia, como explica el crítico Henri Clouard:

> ¿Quién se encontró jamás con el Harpagón de *El avaro,* con el Alceste de *El misántropo*? Pero Molière los ha plantado en la escena, donde se imponen encarnando intensificadas la avaricia y la misantropía de la realidad cotidiana; y como su oficio era el de hacer reír y lo llevaba en la sangre, Molière se las arregla para que esos caracteres agrandados oscilen en un desequilibrio que se balancea ante lo normal y lo anormal, provocando la risa. Cada uno de sus personajes se eleva así a un nivel donde se aísla para representar típicamente a todos los que en el mundo se le asemejan a distancia.

Injustamente se ha puesto demasiado hincapié en el aspecto moral del teatro de Molière, olvidando que ante todo Jean Baptiste fue un artista, un innovador, que puso en marcha la estética del humor para comunicarse, para tocar la fibra precisa de sus contemporáneos y la de quienes hoy lo vemos.

Así, invito al lector que se acerca a las dos obras que conforman este volumen, a construir el escenario virtual en que tomarán vida los personajes; a que intente ver y oír y no simplemente leer; a que las acciones "existan", es decir tengan lugar, como ocurriría en una función, en donde actores y actrices celebran el antiguo rito del teatro, prestando su voz y sus cuerpos a personajes que emergen, una vez más, del papel y los siglos, para *ser* frente a nosotros.

Tartufo o el impostor

Prefacio[1]

He aquí una comedia que ha hecho mucho ruido y que ha sido combatida largo tiempo; y las gentes a quienes representa han demostrado que eran más poderosas en Francia que todas cuantas he representado hasta aquí. Los marqueses, las "preciosas", los cornudos y los médicos han sufrido sosegadamente que los haya sacado a escena y han fingido divertirse, como todo el mundo, con los retratos que de ellos se hace; mas los hipócritas no han aguantado la burla; se han asustado, desde luego, y les ha parecido extraño que tuviera yo la osadía de representar sus muecas y de querer difamar un oficio al que tantas gentes honradas se dedican. Es un crimen que no pueden perdonarme, y se han alzado todos contra mi comedia con un furor espantoso. Se han guardado bien de atacarla por el lado que les ha herido: son

---

1. Molière publicó este prefacio para la primera edición del *Tartufo*, aparecida en 1669, unos meses después de la segunda representación de esta obra y más de dos años después del estreno.

demasiado políticos para eso y saben vivir harto bien para revelar el fondo de su alma. Siguiendo su loable costumbre, han encubierto sus propósitos con la causa de Dios; y *Tartufo*, en su opinión, es una obra que ofende la piedad. Está plagada de profanaciones de punta a punta y todo cuanto hay en ella merece la hoguera. Todas sus sílabas son impías; hasta los mismos gestos son criminales; y la menor mirada, el menor movimiento de cabeza, el menor paso a la derecha o a la izquierda, ocultan la comedia misteriosa, que ellos encuentran manera de explicar en contra mía.

Aun después de haberla sometido a las luces de mis amigos y a la censura de todo el mundo; pese a las correcciones que he podido efectuar en ella, al juicio del rey y de la reina, que la han visto; a la aprobación de los altos príncipes y de los señores ministros que la han honrado públicamente con su presencia, al testimonio de las gentes de bien que la han encontrado provechosa; todo esto no ha servido de nada. No quieren ellos desistir, y siguen a diario haciendo gritar a unos celosos indiscretos, que me dirigen injurias piadosamente y me condenan por caridad.

Me preocuparía muy poco de todo cuanto puedan decir, si no fuera por su artería en crearme enemigos a quienes yo respeto y en mezclar a su bando verdaderas gentes de bien, cuya buena fe predisponen y a quienes en su vehemencia defensiva de los intereses del Cielo, les afectan fácilmente las impresiones que quiere uno transmitirles. Esto es lo que me obliga a defenderme. Quiero justificarme ante los verdaderos devotos por la manera de disponer y presentar mi comedia, y los emplazo de todo corazón a que no condenen las cosas antes de verlas, a que prescindan de toda prevención y a que no sirvan la pasión de aquellos cuyas muecas les deshonran.

Si se toman el trabajo de examinar mi comedia de buena fe, verán, sin duda, que mis intenciones son en toda ella inocentes, y que no tienden en absoluto a sacar a escena

las cosas que deben reverenciarse; que la he compuesto con todas las precauciones que requería la delicadeza del tema, y que he puesto todo mi arte y todo el cuidado que he podido para diferenciar bien el personaje del hipócrita del verdadero devoto. He consagrado para ello dos actos enteros a preparar la llegada de mi desalmado. No mantiene ni un solo momento al espectador en la duda; se le reconoce en seguida por las señales que le asigno, y no pronuncia, de una a otra punta, una palabra, no realiza un acto que no revele a los espectadores el carácter de un malvado y que no haga resaltar el del verdadero hombre de bien al cual le opongo.

Sé muy bien que, en respuesta a ello, esos señores intentan insinuar que no incumbe al teatro tratar de tales materias; pero yo les pregunto, con su permiso, en qué fundan esa bella máxima. Es una proposición que ellos no hacen más que suponer y que no prueban en modo alguno; y, sin duda, no sería difícil hacerles ver que la comedia, entre los antiguos, tuvo su origen en la religión y formaba parte de sus misterios; que los españoles, nuestros vecinos, no celebran ninguna fiesta a la que no vaya unida la comedia, y que, incluso entre nosotros, debe su nacimiento a los cuidados de una cofradía a la que pertenece todavía el Hotel de Borgoña,[2]

2. Antigua residencia parisiense de los duques de este título, especialmente de Juan Sin Miedo, bajo el reinado de Carlos VI (1368-1422). Los restos de aquel hotel fueron demolidos, excepto una curiosa torre, denominada el Torreón de Juan Sin Miedo. En 1548, Cofradías o Hermandades de la Pasión adquirieron una parte de dicho hotel para representar allí sus *misterios*, y luego la cedieron a una compañía teatral, origen de la actual Comedia Francesa, conocida con el nombre de Compañía del Hotel de Borgoña. A fines del siglo XVII, la Comedia Italiana tomó posesión de él, y allí permaneció hasta la construcción de la sala de la Ópera Cómica. El mercado del Cuero ha ocupado largo tiempo una parte de su emplazamiento, en la calle Mauconseil.

que es un local que fue adjudicado para representar los más importantes misterios de nuestra fe; que se ven aún comedias impresas en letras góticas, bajo el nombre de un doctor de la Sorbona; y, sin ir más lejos, que se han representado en nuestro tiempo obras sagradas del señor Corneille[3] que han sido la admiración de toda Francia.

Si la afinidad de la comedia consiste en corregir los vicios humanos, no veo por qué razón tiene que haber hombres privilegiados. Este vicio es, en el Estado, de unas consecuencias mucho más peligrosas que todas las demás, y ya hemos visto que el teatro posee una gran eficacia para la corrección. Los más bellos embates de una seria moral son menos poderosos, la mayor parte de las veces, que los de la sátira; y nada corrige mejor a la mayoría de los hombres como la pintura de sus defectos. Constituye un gran ataque a los vicios exponerlos a la irrisión de todo el mundo. Se soportan fácilmente las críticas, pero no se soporta la mofa. Se puede ser perverso, pero no se quiere ser ridículo.

Me reprochan haber puesto frases de piedad en boca de mi impostor. ¡Ah! ¿Podía yo dejar de hacerlo para representar bien el carácter de un hipócrita? Basta, creo, con que descubra yo los motivos criminales que le hacen decir las cosas y con que haya suprimido las frases consagradas para que hubiera resultado penoso escucharle, haciendo un mal uso de ellas. Aunque expresa en el cuarto acto una moral perniciosa, esta moral ¿representa algo que nuestros oídos no estén hartos de escuchar? ¿Dice algo nuevo en mi comedia? ¿Y puede temerse que cosas tan generalmente detestadas causen alguna impresión en los espíritus? ¿Que las vuelva yo peligrosas haciéndolas aparecer en escena? ¿Que adquieran

---

3. *Polyeucte* (*Poliuto*), y *Teodora, virgen y mártir.*

alguna autoridad en boca de un bergante? No hay la menor probabilidad de ello; y debe aprobarse la comedia del *Tartufo* o condenar en masa todas las comedias.

A esto se consagran furibundamente desde hace una temporada; y nunca habían arremetido tan violentamente contra el teatro. No puedo negar que haya habido padres de la Iglesia que han condenado la comedia; mas no se puede negar tampoco que ha habido algunos que la han tratado un poco más suavemente.

Así, pues, la autoridad en que se pretende apoyar la censura queda eliminada ante ese desacuerdo; y la única consecuencia que se puede inferir de esa diversidad de opiniones en espíritus esclarecidos por las mismas luces es que han examinado la comedia de modo diferente, considerándola unos en su pureza y otros en su corrupción, y confundido con todos esos feos espectáculos que con razón se han denominado espectáculos infamantes.

Y, en efecto, puesto que se debe tratar de las cosas y no de las palabras, y que la mayoría de las contrariedades provienen de no entenderse, de envolver en una misma palabra cosas opuestas, no hay más que apartar el velo del equívoco y examinar lo que es la comedia en sí para ver si es condenable. Y entonces se sabrá sin duda, que, no siendo más que un poema ingenioso que por medio de gratas lecciones censura los defectos de los hombres, no puede censurársele sin injusticia; y si queremos escuchar a este respecto el testimonio de la antigüedad, nos dirá que sus más famosos filósofos han dedicado alabanzas a la comedia, ellos que profesaban una sabiduría tan austera y que clamaban sin cesar contra los vicios de su siglo. Nos hará ver que Aristóteles ha consagrado vigilias al teatro y se ha tomado el trabajo de reducir a preceptos el arte de componer comedias. Nos enseñará que muchos de sus grandes hombres, y

de los primeros en dignidad, se han gloriado también en escribirlas ellos; que ha habido otros que no han tenido a menos recitar en público las que habían compuesto; que Gracia ha demostrado su estimación por ese arte con los gloriosos premios y los soberbios teatros con que quiso honrarlo, y, finalmente, que en Roma ese mismo arte recibió también honores extraordinarios; no aludo a la Roma libertina y bajo el desenfreno de los emperadores, sino a la Roma disciplinada, bajo la sapiencia de los cónsules y en la época de mayor auge de la virtud romana.

Confieso que ha habido tiempos en que la comedia se ha corrompido. ¿Y qué hay en el mundo que no se corrompa a diario? No existe cosa de tal inocencia en que no puedan encontrar los hombres algo de criminal, ni arte alguno tan sano cuyas intenciones no sean capaces de trastrocar; nada tan bueno en sí que no puedan torcer hacia malos fines. La medicina es un arte beneficioso, y todos la reverencian como una de las cosas más excelentes que poseemos, y, sin embargo, ha habido tiempo en que se hizo odiosa, y, con frecuencia, se ha hecho de ella un arte para envenenar a los hombres. La filosofía es un don del Cielo; nos ha sido concedida para que alcancen nuestros espíritus el conocimiento de un Dios por medio de la contemplación de las maravillas de la naturaleza, y, sin embargo, nadie ignora que, muchas veces, la han desviado de su fin, y que se la ha empleado públicamente en sostener la impiedad.

Ni siquiera las cosas más sagradas están a cubierto de la corrupción humana, y vemos malvados que a diario engañan a la piedad y la utilizan, perversamente, para los mayores crímenes. Mas no por eso dejan de hacerse las diferencias necesarias. No se envuelve en una falsa consecuencia la bondad de las cosas que se corrompen con la malicia de los corruptores. Se separa siempre el mal

uso de la intención artística, y como a nadie se le ocurre defender la medicina por haber sido desterrada de Roma, ni la filosofía por haber sido condenada públicamente en Atenas, no se debe tampoco querer prohibir la comedia por haber sido censurada en ciertas épocas. Esta censura tuvo sus razones, que no subsisten ahora. Se ha circunscrito a lo que ha podido ver. Y no debemos sacarla de los límites que se ha fijado, extendiéndola más allá de lo preciso, ni hacerla mezclar al inocente con el culpable. La comedia que esa censura ha querido atacar no es, en modo alguno, la comedia que intentamos defender. Hay que guardarse muy bien de confundir ésta con aquélla. Son dos personas cuyas costumbres resultan completamente opuestas. No tienen más relación entre sí que la semejanza de nombre, y sería injusticia atroz querer condenar a Olimpia, que es mujer de bien, porque exista una Olimpia que haya sido una libertina. Semejantes fallos provocarían, indudablemente, un gran desorden en el mundo No habría entonces nada que no fuese condenable, y puesto que no se aplica ese rigor a tantas cosas con las que se engaña a diario, debe otorgarse la misma merced a la comedia y aprobar las obras de teatro en que se vea reinar la enseñanza y la honestidad.

Ya sé que hay espíritus[4] cuya delicadeza no puede soportar ninguna comedia; que las más honestas son las más peligrosas, que las pasiones descritas en ellas son tanto más conmovedoras cuanto que están rebosantes de virtud, y que las almas se enternecen con ese género de representacio-

4. Alusión a los jansenistas, partidarios de la doctrina de Jansenius o Jansenio, quien sobredimensionó las ideas de San Agustín acerca de la influencia de la gracia divina para obrar el bien, con mengua de la libertad humana.

nes. No veo qué gran crimen hay en enternecerse viendo una honesta pasión, y es un elevado escalón de virtud esa plena insensibilidad adonde quieren hacer subir a nuestra alma. Dudo que exista tan grande perfección en las fuerzas de la naturaleza humana; y no sé si es mejor trabajar para rectificar y suavizar las pasiones humanas que querer suprimirlas por completo. Confieso que hay lugares que es preferible frecuentar en vez del teatro; y si se quieren censurar todas las cosas que no se refieren directamente a Dios y a nuestra salvación, verdad es que la comedia debe figurar entre ellas, y no me parece mal que sea condenada con lo demás: mas suponiendo, como es cierto, que las prácticas de la piedad sufren intervalos y que los hombres necesitan diversión, sostengo que no se les podría encontrar una más inocente que la comedia. Me he extendido en demasía. Terminemos con la frase de un gran príncipe[5] sobre la comedia de *Tartufo*.

Ocho días después de haber sido prohibida, se representó ante la corte una obra titulada *Scaramoache, ermitaño,* y el rey, al salir, dijo al gran príncipe a quien me refiero: "Quisiera yo saber por qué las gentes que tanto se escandalizan con la comedia de Molière no dicen una palabra de esta *Scaramoache*". A lo cual respondió el príncipe: "La razón de esto es que la comedia de *Scaramoache* representa al Cielo y a la religión, que no les preocupan nada a esos señores; pero la de Molière les representa a ellos mismos, y esto es lo que no pueden soportar."

5. Este gran príncipe era el Gran Condé.

Primer Memorial

Presentado al rey sobre la comedia del *Tartufo*, que no había sido aún representada en público[6]

Señor:

Siendo deber de la comedia corregir a los hombres divirtiéndolos, he creído que, en el cargo que desempeño,[7] no podía hacer nada mejor que atacar, por medio de pinturas ridículas, los vicios de mi siglo, y como la hipocresía es, sin duda, uno de los más en uso, de los más molestos y peligrosos, se me ocurrió, señor, de que prestaría un servicio nada pequeño a todas las gentes honradas de nuestro reino escribiendo una comedia que desacreditase a los hipócritas y expusiese, como es debido, todas las muecas estudiadas de esas gentes de bien a ultranza: todas las bribonadas encubiertas de esos monederos falsos de la devoción que quieren engañar a los hombres con celo fingido y una piedad sofística.

He escrito, señor, esta comedia con todo el cuidado, creo yo, y toda la mesura que podía exigir la delicadeza de la materia, y, para conservar mejor la estimación y el respeto que se deben a los verdaderos devotos, he diferenciado en ella cuanto he podido el carácter que me proponía trazar; no he dejado equívoco alguno, he suprimido lo que podía confundir el bien con el mal, y sólo he empleado en esa

6. No se sabe cuál es la fecha de este primer memorial.
7. Como ya quedó dicho, Molière era el director de la compañía teatral del monarca.

pintura dolores adecuados y rasgos esenciales que permiten reconocer en seguida al verdadero y claro hipócrita.

Sin embargo, han resultado inútiles todas mis precauciones. Se han aprovechado, señor, de la delicadeza de vuestra alma en materia de religión, y han sabido atacaros por el único sitio en que sois vulnerable, es decir, por el respeto a las cosas sagradas. Los tartufos han tenido la habilidad, bajo cuerda, de hallar excusa ante Vuestra Majestad, y los originales, en fin, han hecho desaparecer la copia por inocente que fuese y por parecida que se la encontrase.

Aunque haya sido para mí un sensible golpe la supresión de esa obra, mi desventura, sin embargo, resultaba mitigada por la manera con que Vuestra Majestad se había explicado sobre esta cuestión, y he creído, señor, que me quitaba todo motivo de queja al haber tenido la bondad de declarar que no encontraba nada reprochable en esta comedia que me prohibía representar en público.

Mas a pesar de esta gloriosa declaración del más grande y más perspicaz monarca del mundo; a pesar también de la aprobación del señor legado y de la mayoría de nuestros prelados, quienes, unánimemente, en las lecturas privadas que les he hecho de mi obra, han estado conformes con el sentir de Vuestra Majestad, a pesar de todo esto, repito, aparece un libro escrito por el cura de ***, que da abiertamente un mentís a todos esos augustos testimonios. Ya puede decir Vuestra Majestad, el señor legado, y ya pueden los señores prelados expresar su juicio; mi comedia es, sin que él la haya visto, diabólica, y diabólico mi cerebro; soy un demonio encarnado y vestido de hombre, un libertino, un impío digno de un suplicio ejemplar. No basta con que el fuego haga expiar en público mi ofensa: así saldría yo librado demasiado bien; el caritativo celo de ese hombre amable no piensa detenerse ahí; no quiere, en modo alguno,

que obtenga yo misericordia ante Dios: desea en absoluto que me condene; es cuestión resuelta.

Este libro, señor, ha sido presentado a Vuestra Majestad y, sin duda, bien puede juzgar por sí mismo cuán enojoso es para mí verme expuesto a diario a los insultos de esos señores; el perjuicio que me causarán en el mundo tales calumnias, si han de ser toleradas; en fin, el interés que tengo en rehabilitarme de su impostura y en hacer ver al público que mi comedia no es, en modo alguno, lo que quieren que sea. No diré, señor, lo que tendría que solicitar para mi reputación y para justificar ante todo el mundo la inocencia de mi obra; los reyes perspicaces como Vuestra Majestad no necesitan que se les indique lo que uno desea. Ven, como Dios, lo que necesitamos, y saben mejor que nosotros lo que deben concedernos. Me basta con poner mis intereses en manos de Vuestra Majestad, y espero de ella, con respeto, todo cuanto le plazca ordenar sobre ello.

Segundo Memorial

Presentado al rey en su campamento ante la ciudad de Lila, en Flandes, por los señores La Thorilliere y La Grange, comediantes de su majestad y compañeros del señor Molière, sobre la prohibición decretada el 6 de agosto de 1667 de representar *Tartufo* hasta nueva orden de su majestad.

Señor:

Es una cosa muy temeraria en mí venir a importunar a un gran monarca en medio de sus gloriosas conquistas; mas en la situación en la que me veo, ¿dónde encontrar, señor, protección sino en el lugar al que vengo a buscarla? ¿Y a

quién puedo acudir contra la autoridad del poder que me oprime sino al origen del poder y de la autoridad, al justo dispensador de las órdenes absolutas, al soberano juez y al señor de todo?

Mi comedia, señor, no ha podido gozar de las bondades de Vuestra Majestad. En vano la he presentado bajo el título de *El impostor,* disfrazando al personaje con el atavío de un hombre de mundo. Aun habiéndole adjudicado un sombrerillo, largos cabellos, un amplio cuello, una espada y encajes por todo el traje; aun suavizando ciertos pasajes y suprimiendo cuidadosamente todo cuanto he juzgado capaz de proporcionar la sombra de un pretexto a los célebres originales del retrato que quise hacer, todo esto no ha servido de nada. La cábala se ha despertado ante las simples conjeturas que han podido hacerse sobre la cuestión. Han encontrado manera de sorprender a personas que, en cualquiera otra materia, alardean altamente de no dejarse sorprender.[8] No bien ha aparecido mi comedia, se ha visto fulminada por el rayo de un poder que debe imponer respeto, y todo lo que he podido hacer en esta cuestión para salvarme yo del escándalo de ese temporal ha sido decir que Vuestra Majestad había tenido la bondad de autorizarme su representación, y que no creí que fuera necesario pedir ese permiso a otros, puesto que tan solo Vuestra Majestad me lo había prohibido.

No dudo, señor, que las gentes que describo en mi comedia moverán muchos resortes en torno de Vuestra Majestad y arrastrarán a su bando, como ya han hecho, a verdaderas gentes de bien que se hallan tanto más dispuestas

---

8. Alusión al señor De Lamoignon, primer presidente del parlamento parisiense.

a dejarse engañar cuanto que juzgan al prójimo por ellas mismas. Poseen el arte de prestar bellos colores a todas sus intenciones. Por mucho que aparenten, no es, en modo alguno, el interés divino el que puede conmoverlos; bastante lo han demostrado en las comedias que han tolerado que se representasen tantas veces en público sin decir una sola palabra. Ésas no atacaban más que a la piedad y la religión, de las que tan poco se preocupan; pero ésta les ataca y representa a ellos mismos, y esto es lo que no pueden sufrir. No podrían perdonarme el que descubra sus imposturas a los ojos de todo el mundo, y dejarán, sin duda, de decir a Vuestra Majestad que a todos les ha escandalizado mi comedia. Pero la pura verdad, señor, es que lo único que ha escandalizado a París entero es su prohibición; que los más escrupulosos han encontrado provechosa la representación, y que ha sorprendido que personas de tan conocida probidad hayan sentido tan gran deferencia por unas gentes que deberían constituir el horror de todo el mundo y que tan opuestas son a la verdadera piedad de que alardean.

Espero respetuoso el fallo que Vuestra Majestad se digne dictar sobre esta materia; mas es muy cierto, señor, que no habré de pensar nunca más en escribir comedias si los tartufos triunfan, ya que se tomarán con ello el derecho a perseguirme más que nunca, y condenarán las cosas más inocentes que puedan salir de mi pluma.

Dígnese vuestra bondad, señor, prestarme protección contra su rabia envenenada, y pueda yo, al regreso de una tan gloriosa campaña, hacer descansar a Vuestra Majestad de las fatigas de sus conquistas, proporcionarle inocentes placeres después de tan nobles tareas ¡y hacer reír al monarca que hace temblar a toda Europa!

Tercer Memorial

Presentado al rey el 5 de febrero de 1669

Señor:

Un médico muy honorable, de quien tengo el honor de ser cliente,[9] me promete y quiere obligarme, ante notario, a hacerme vivir 30 años más si puedo conseguirle una gracia de Vuestra Majestad.

Le he dicho, ante su promesa, que no le pedía yo tanto y que me sentiría satisfecho con tal que se comprometiera a no matarme. La gracia en cuestión, señor, es una canonjía de vuestra capilla real de Vincennes, vacante por fallecimiento de...

¿Me atreveré a solicitar también esa gracia de Vuestra Majestad el día mismo de la gran resurrección de *Tartufo,* resucitado por vuestra bondad? Por esta primera merced me reconciliaré con los devotos, y por la segunda, con los médicos.

Son para mí, sin duda, demasiadas gracias a la vez; mas quizá no son demasiadas para Vuestra Majestad, y aguardo con una leve esperanza respetuosa la respuesta a mi memorial.[10]

---

9. Este médico se llamaba Mauvillain, y a él se refiere la anécdota que he mencionado en la nota preliminar al *Médico a la fuerza.*
10. Molière obtuvo, en efecto, esta canonjía para su amigo y médico.

Tartufo o el impostor

(1667)

Comedia en cinco actos

Reparto

Personajes	Actores
Señora Pernelle, madre de Orgón	Señora Béjart
Orgón, esposo de Elmira	Molière
Elmira, mujer de Orgón	Señorita Molière
Damis, hijo de Orgón	Hubert
Mariana, hija de Orgón y amante de Valerio	Señorita De Brie
Valerio, amante de Mariana	La Grange
Cleanto, cuñado de Orgón	La Thorilliére
Tartufo, falso devoto	Du Croisy
Dorina, doncella de Mariana	Magdalena Béjart
Señor Leal, sargento	De Brie
Un Exento[1]	Sin nombre
Felipota,[2] sirvienta de la señora Pernelle	Sin nombre

La escena, en París, en casa de Orgón

---

1. Llamábase así en aquella época a los sargentos de caballería cuando, en ausencia de los oficiales, mandaban su compañía, y también al oficial de policía que acostumbraba elegirse de entre los exentos de aquella arma.
2. Españolizo, por una razón eufónica, el patronímico molieresco *Filipote*, intraducible.

Acto primero

Escena primera

Señora Pernelle, Elmira, Mariana, Cleanto, Damis, Dorina y Felipota

Señora Pernelle: Vamos, Felipota; vamos a ver si me libro de ellos.

Elmira: Marcháis con tal paso, que cuesta trabajo seguiros.

Señora Pernelle: Dejad, nuera, dejad; no vayáis más lejos; no necesito tantos cumplimientos.

Elmira: Pago lo que os debo. Mas ¿cuál es el motivo de que salgáis tan de prisa?

Señora Pernelle: Es que no puedo ver una manera de vivir así, y nadie se cuida de complacerme. Sí; salgo de vuestra casa muy disgustada; se hace en ella caso omiso de todas mis lecciones; no se respeta nada; todos alzan la voz, y es aquello, realmente, la casa de Tócame Roque.

Dorina: Sí…

SEÑORA PERNELLE: Sois, amiga mía, una joven doncella con demasiada lengua y muy impertinente; os dedicáis a dar vuestra opinión en todo.

DAMIS: Pero…

SEÑORA PERNELLE: Sois tonto de remate, hijo mío; os lo digo yo que soy vuestra abuela, y he predicho cien veces a mi hijo, vuestro padre, que tomabais todo el aspecto de un pícaro y que le daríais tan sólo tormentos.

MARIANA: Yo creo…

SEÑORA PERNELLE: ¡Dios mío! Vos, su hermana, os hacéis la discreta, y no os metéis en nada, ¡de lo dulcesita que sois! Mas no hay nada peor, como dicen, que el agua quieta y lleváis, socapa, una vida que detesto grandemente.

ELMIRA: Pero, madre mía…

SEÑORA PERNELLE: Aunque os desagrade, nuera: vuestra conducta es, en todo, malísima; deberíais ponerles un buen ejemplo ante los ojos, y su difunta madre procedería mucho mejor. Sois gastadora, y me disgusta el que vayáis vestida como una princesa. Quien sólo a su marido quiere agradar, nuera mía, no necesita de tanto atavío.

CLEANTO: Pero, señora, después de todo…

SEÑORA PERNELLE: En cuanto a vos, su señor hermano, os estimo altamente, os amo y reverencio; mas, en fin, si fuese yo esposa de mi hijo, os rogaría encarecidamente que no entraseis en nuestra casa. Predicáis sin cesar maneras de vivir que no deben seguir las gentes honestas. Os hablo con excesiva franqueza; mas éste es mi carácter, y no puedo ocultar lo que tengo dentro.

DAMIS: Vuestro señor Tartufo es muy feliz, sin duda.

SEÑORA PERNELLE: Es un hombre de bien a quien hay que escuchar, y no puedo resistir, sin ponerme furiosa, verle censurado por un loco como vos.

DAMIS: ¡Cómo! ¿Voy a tolerar que un beato criticón venga a usurpar aquí un poder tiránico? ¿Y que no podamos divertirnos con nada si ese buen señor no se digna consentirlo?

DORINA: De escucharle y de creer en sus máximas, no se podría hacer nada sin cometer un crimen, pues todo lo censura ese crítico celoso.

SEÑORA PERNELLE: Y todo cuanto censura está muy bien censurado. Intenta conduciros por la senda del Cielo, y mi hijo debería induciros a todos a amarle.

DAMIS: No, madre mía; mirad: no hay padre ni nada que pueda obligarme a desearle bien; traicionaría a mi corazón si hablase de otro modo. Me soliviantan a cada instante todos sus actos; preveo las consecuencias: que con ese hombre despreciable tendré que llegar a un gran escándalo.

DORINA: Realmente es cosa que escandaliza ver que un desconocido se enseñorea de esto; que un pobretón que cuando vino no tenía zapatos, y cuyo traje entero valía muy bien seis dineros llegue al extremo de desconocerse, de trastocarlo todo y de echárselas de amo.

SEÑORA PERNELLE: ¡Eh! ¡Que Dios me proteja! ¡Mejor os iría si todo se rigiera por sus piadosas órdenes!

DORINA: Pasa por santo en vuestra fantasía; creedme, todas sus actitudes son sólo hipocresía.

SEÑORA PERNELLE: ¡Ah, qué lengua!

DORINA: Yo no confiaría en él ni en su Lorenzo más que con un buen fiador.

SEÑORA PERNELLE: Ignoro lo que pueda ser el criado en el fondo; mas garantizo al amo como hombre de bien. Le queréis mal y le rechazáis tan sólo porque os dice a todos vuestras verdades. Su corazón se enfurece contra el pecado, y lo único que le impulsa es el interés del Cielo.

DORINA: Sí; mas ¿por qué, sobre todo desde hace tiempo, no puede soportar que nadie frecuente esta casa? ¿En qué ofende al Cielo una honesta visita, para armar un alboroto que nos trastorna la cabeza? ¿Queréis que me explique sobre esto aquí entre nosotros? *(Señalando a Elmira)* Creo que está celoso de la señora, a fe mía.

SEÑORA PERNELLE: Callaos y pensad en lo que decís. No es él solo quien censura esas visitas; toda esa barahúnda que acompaña a las gentes que frecuentáis, esas carrozas plantadas sin cesar en la puerta y la ruidosa reunión de tantos lacayos arman un escándalo enojoso para toda la vecindad. Quiero creer que en el fondo no sucede nada; pero, en fin, se habla de ello, y no está bien.

CLEANTO: ¡Eh! ¿Queréis impedir, señora, que conversemos? Sería una cosa molesta en la vida que por los necios discursos en que nos hicieran figurar tuviéramos que renunciar a nuestros mejores amigos. Y aunque pudiese uno decidirse a hacerlo, ¿creéis que obligaríais a todo el mundo a callarse? No hay muralla contra la maledicencia. No tomemos, pues, en cuenta, todas las necias cháchara; procuremos vivir con entera inocencia y dejemos plena libertad a los charlatanes.

DORINA: Dafne, nuestra vecina, y su insignificante marido, ¿no serán acaso quienes hablan mal de nosotros?

Aquellos cuya conducta se presta más a la risa son siempre los primeros en murmurar del prójimo: no dejan nunca de aprovechar prontamente el aparente vislumbre de la menor amistad, esparciendo la noticia con mucha alegría y dándole el aspecto bajo el cual desean que aparezca. Con los actos del prójimo, presentados con sus colores, intentan autorizar los suyos en el mundo, y con la falsa ilusión de alguna semejanza, prestar inocencia a sus intrigas o hacer recaer sobre otros una parte de esa censura pública de que están cargados en demasía.

SEÑORA PERNELLE: Todos esos razonamientos no tienen nada que ver con el asunto. Ya sabemos que Orante lleva una existencia ejemplar; todos sus afanes se consagran al Cielo, y he sabido por diversas gentes que condena grandemente el género de vida que se hace aquí dentro.

DORINA: ¡Ejemplo admirable! ¡Qué virtuosa dama! En verdad, vive como una persona austera; mas la edad ha puesto en su alma ese ardiente celo, y todos saben que es gazmoña a su pesar. Mientras pudo atraerse los homenajes de los corazones, bien gozó de todas sus prendas; mas al ver que se apagaba el brillo de sus ojos, quiere ella renunciar al mundo que la rechaza, y con el velo aparatoso de una elevada cordura encubre la debilidad de sus ajados hechizos. Ésa es la enmienda de las coquetas de esta época; les es duro ver que desertan sus galanes. En semejante abandono, su sombría inquietud no encuentra otro recurso que el papel de gazmoña, y la severidad de esas mujeres de bien censura toda cosa y no perdona nada; vitupera a gritos la vida de cualquiera, no por caridad, sino en un impulso de envidia al no poder

sufrir que gocen otras los placeres de que ha privado a sus deseos el declinar de la vida.

SEÑORA PERNELLE *(a Elmira)*: Esos son los cuentos de hadas adecuados para agradaros, nuera mía. En vuestra casa está una obligada a callar, pues mi señora es la única que charla todo el día. Mas, en fin, me propongo hablar a mi vez, y os digo que lo más cuerdo que ha hecho mi hijo ha sido recoger en su casa a ese piadoso personaje; que el Cielo, por ser ello necesario, le ha enviado aquí para que vuelvan vuestras almas descarriadas al camino recto; que es para vuestro bien, sabedlo bien, y que él censura tan sólo lo que es censurable. Esas visitas, esos bailes, esas conversaciones, son invenciones todas del espíritu maligno. Aquí no se oyen nunca palabras piadosas, sino frases vanas, canciones y frivolidades; con gran frecuencia, al prójimo le corresponde su buena parte, y en esta casa se murmura de toda clase de personas. En fin: que a las gentes sensatas les trastornan la cabeza tales reuniones; mil chismes diversos se oyen en menos de nada, y como dijo muy bien el otro día cierto doctor, aquello es realmente la torre de Babel, pues cada cual charla allí hasta más no poder, y para contar la historia a que esta cuestión le llevó… *(Señalando a Cleanto)* ¡Ved cómo ríe ya este caballero! Id a buscar a esos locos que os causan tanta risa, y sin… ¡Adiós, nuera mía! No quiero decir más. Sabed que por estar en vuestra casa suprimo la mitad, y que ha de llover mucho hasta que vuelva yo a poner los pies aquí. *(Dándole un bofetón a Felipota)* ¡Eh, vamos! ¡Estáis soñando y pensáis en las musarañas! ¡Vive Dios! ¡Ya os calentaré las orejas! ¡Vamos, puerca, vamos!

Escena II

Cleanto y Dorina

CLEANTO: No quiero ir allí, por temor a que vuelva a reñirme; esa buena mujer…

DORINA: ¡Ah! Realmente es una lástima que no pueda ella oíros semejante lenguaje; diría seguramente que os encuentra bueno y que no está en edad de merecer ese nombre.

CLEANTO: ¡Cómo se ha acalorado con nosotros por nada! ¡Y qué encaprichada está con su Tartufo!

DORINA: ¡Oh! Realmente, todo eso no es nada comparado con su hijo. Y si le hubierais visto, diríase que es mucho peor. Nuestros alzamientos le habían hecho un hombre sensato, y demostró valentía por servir a su príncipe; mas se ha vuelto un hombre entontecido desde que se ha encaprichado por Tartufo; le llama hermano suyo y le quiere en el fondo de su alma cien veces más que a su madre, a sus hijos y a su esposa. Es el único confidente de todos sus secretos y el prudente rector de sus actos; le mima y le besa; creo que no se podría dedicar más ternura a un amante. En la mesa quiere que esté sentado en el sitio de honor, y, satisfecho, le ve comer allí como seis; hay que dejarle los mejores bocados de todo. Y si le ocurre regoldar, dícele: "¡Buen provecho!" En fin: le tiene loco, es su dios, su héroe. Le admira a cada instante, le cita en cualquier ocasión; sus menores actos le parecen milagros, y cuantas palabras dice son para él oráculos. Y el sujeto, que conoce a su víctima y que quiere aprovecharse de ella, domina el arte de deslumbrarle con cien apariencias enga-

ñosas. Su mojigatería logra sacarle a cada paso, y se arroga el derecho de criticarnos a todos. E incluso el necio que le sirve de criado se dedica también a darnos lecciones. Viene a sermonearnos con ojos huraños y a tirar nuestras cintas, nuestro arrebol y nuestros lunares postizos. El otro día ese traidor rompió con sus manos un pañuelo que halló en un *Flos Sanctorum,* diciendo que mezclábamos, cometiendo un crimen atroz, la santidad con los adornos del diablo.

Escena III

Elmira, Mariana, Damis, Cleanto y Dorina

ELMIRA *(a Cleanto):* Buena suerte tuvisteis en no haber asistido al discurso que nos ha espetado en la puerta. Mas he visto a mi marido, y como él no me ha visto, quiero subir y esperar allí su llegada.

CLEANTO: Yo le esperaré aquí para no perder tiempo; voy a darle tan sólo los buenos días.

Escena IV

Cleanto, Damis y Dorina

DAMIS: Decidme algo del casamiento de mi hermana. Sospecho que Tartufo se opondrá a su celebración y que obligará a mi padre a grandes dilaciones, y no ignoráis el interés que en eso tengo. Si una misma pasión consume a mi hermana y a Valerio, la hermana de este amigo, como sabéis, es para mí muy querida. Y si fuera preciso…

DORINA: Aquí llega…

Escena V

Orgón, Cleanto y Dorina

ORGÓN: ¡Ah hermano; buenos días!

CLEANTO: Salía ya, y me alegra veros de regreso. El campo no está ahora muy florido.

ORGÓN *(a Cleanto)*: Dorina… Cuñado mío; esperad, os lo ruego. ¿Me permitís que para disipar preocupaciones me informe un tanto de las noticias de aquí? *(A Dorina)* ¿Todo ha marchado bien en estos dos días? ¿Qué hacen ahí dentro? ¿Cómo están?

DORINA: Anteayer la señora tuvo fiebre hasta por la noche, con un dolor de cabeza inconcebible.

ORGÓN: ¿Y Tarfuto?

DORINA: ¿Tarfuto? Está muy bien. Gordo y saludable, con el cutis lozano y los labios bermejos.

ORGÓN: ¡Pobre hombre!

DORINA: Por la noche ella tuvo náuseas, y no pudo probar bocado en la cena, de lo fuerte que era aún su dolor de cabeza.

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: Cenó solo ante ella, y se comió piadosamente dos perdices y la mitad de una pierna de carnero picada.

ORGÓN: ¡Pobre hombre!

DORINA: Se pasó ella la noche entera sin poder pegar los ojos; unas sofocaciones le impedían dormir, y tuvimos que velar junto a ella hasta el amanecer.

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: Acuciado por un grato sueño, al levantarse de la mesa, se metió en seguida en su cama bien calentita y durmió sin agitación hasta el día siguiente.

ORGÓN: ¡Pobre hombre!

DORINA: Al final, convencida por nuestras razones, se decidió a sufrir la sangría, y sintió un alivio inmediato.

ORGÓN: ¿Y Tartufo?

DORINA: Se tranquilizó, como es natural, y fortaleciendo su espíritu contra todos los males, para compensar la sangre que perdió la señora, se bebió en el almuerzo cuatro largos tragos de vino.

ORGÓN: ¡Pobre hombre!

DORINA: En fin: los dos están muy bien; voy a anunciar a la señora, por adelantado, la parte que tomáis en su convalecencia.

Escena VI

Orgón y Cleanto

CLEANTO: Hermano, ella se ha estado riendo de vos en vuestras propias narices, y sin el menor deseo de enojaros, os diré con toda franqueza que lo hace con justicia. ¿Cuándo se ha oído hablar de semejante capricho? ¿Es posible que un hombre posea hoy un hechizo tal, que consiga que se olvide todo por él, y que después de haber remediado su miseria en vuestra casa lleguéis al extremo de…?

ORGÓN: Alto ahí, hermano mío; no sabéis de quién habláis.

CLEANTO: No lo sabré, si queréis; mas, en fin, para saber qué hombre puede ser…

ORGÓN: Hermano, os encantaría conocerle, y vuestro embeleso no acabaría nunca. Es un hombre… que… ¡Ah! Un hombre…, un hombre, en fin. Quien sigue sus lecciones goza de una profunda paz y mira a todo el mundo como por encima del cieno. Me enseña a no sentir afecto a nada y aparta mi alma de cualquier amistad, y ahora

me tendría sin el menor cuidado ver morir a hermanos, hijos, madre y mujer.

CLEANTO: ¡Vaya sentimientos humanos, hermano mío!

ORGÓN: ¡Ah, si supierais cómo le conocí, le demostrarías la misma amistad que yo! A diario venía a la iglesia, con su aire apacible, a arrodillarse junto a mí. Atraía las miradas de toda la concurrencia por el fervor con que elevaba sus preces al Cielo; exhalaba suspiros con grandes ademanes y besaba el suelo humildemente a cada momento, y cuando yo salía me adelantaba rápido para ofrecerme agua bendita en la puerta. Enterado por su sirviente, que le imitaba en todo, de su indigencia y de quién era, le hacía yo obsequios; mas con modestia suma quería siempre devolverme una parte. "Es demasiado —me decía—, es demasiado ya con la mitad; no merezco vuestra compasión". Y cuando me negaba a tomarlo de nuevo, iba ante mis propios ojos a repartirlo entre los pobres. Finalmente, el Cielo me impulsó a traerle a mi casa, y desde ese día todo prospera en ella. Veo que él todo lo toma a pecho, y que, incluso, consagra un gran interés a mi esposa, para honor mío; me señala a las gentes que la cortejan, y se muestra cien veces más celoso que yo. No podríais creer hasta dónde llega su celo; se acusa de pecado por cualquier bagatela; la menor nadería basta para escandalizarle; llegó el otro día hasta reprocharse el haber cogido una pulga cuando hacía sus rezos y haberla aplastado con demasiada cólera.

CLEANTO: ¡Pardiez! Creo que estáis loco, hermano. ¿Os burláis de mí con tales discursos? ¿Y qué pretendéis? Que todas esas necedades…

ORGÓN: Hermano, esas palabras huelen a libertinaje. Tenéis un alma un tanto viciada. Y como ya os he dicho más de cien veces, os meteréis en un mal paso.

CLEANTO: Ese es el sermón habitual de todos vuestros iguales; quieren que sean todos ciegos como ellos. Tener buena vista es ser libertino. Y el que no adora unos vanos melindres, no tiene ni fe ni respeto a las cosas sagradas. Vaya, todos vuestros discursos no me atemorizan; sé lo que digo, y el Cielo ve en mi corazón. No es uno esclavo de vuestros gesteros. A los falsos devotos les ocurre lo que a los bravucones, y como no comprendo que por mandato del honor sean los verdaderos valientes los que arman mucho ruido, los buenos y verdaderos devotos, cuyas huellas hay que seguir, no son tampoco los que hacen tantos gestos. ¡Cómo! ¿No hacéis distinción alguna entre la hipocresía y la devoción? ¿Queréis tratarlos con semejante lenguaje y honrar lo mismo a la máscara que al rostro; parangonar el sacrificio con la sinceridad, confundir la apariencia con la verdad, estimar al fantasma igual que a la persona, y a la moneda falsa que a la buena? ¡La mayoría de los hombres están hechos de un modo extraño! No se les ve nunca en su verdadero estado; la razón tiene para ellos límites demasiado estrechos; los traspasan en cada carácter y corrompen con frecuencia la más noble cosa por querer apurarla y extremarla en demasía. Sea esto dicho de pasada, cuñado mío.

ORGÓN: Sí; sois, sin duda, hermano, un doctor venerado; toda la sabiduría del mundo en vos se concentra; sois el único sabio, el único esclarecido, un

oráculo, un Catón en el siglo en que estamos, y a vuestro lado son unos necios todos los hombres.

CLEANTO: No soy, hermano, un doctor venerado ni se concentra en mí toda la sabiduría. Mas, en una palabra, sé, como única ciencia, diferenciar lo falso de lo verdadero. Y así como no veo ninguna clase de héroe que sea más de alabar que los perfectos devotos, ni cosa alguna en el mundo más noble y bella que el santo fervor de un verdadero celo, tampoco veo nada más odioso que la apariencia encubierta de un fervor especioso, que esos perfectos charlatanes, que esos devotos de plazuela, cuya mueca sacrílega y falaz engaña impunemente y se burla a capricho de lo más sagrado y respetable que tienen los hombres: esas gentes de almas sometidas al interés hacen de la devoción un oficio y una mercancía, y quieren comprar crédito y dignidades al precio de guiños de ojos y de arrebatos fingidos; esas gentes, repito, a las que se ve con ardor nada común correr hacia la fortuna por la senda del Cielo; que enardecidas y suplicantes piden a diario y predican el retiro en medio de la corte; que saben armonizar su fervor con sus vicios, y son coléricos, vengativos, incrédulos, llenos de fingimiento, y que para perder a alguien encubren, insolentes, su orgulloso resentimiento con el interés celestial, tanto más peligrosos en su áspera cólera cuanto que emplean contra nosotros armas veneradas y que su pasión, que mucho se les agradece, procura asesinarnos con un acero sagrado. Abundan demasiado esos perversos caracteres. Mas los devotos de corazón son fáciles de conocer. Nuestro siglo, hermano, expone ante nuestros ojos a muchos que

podrían servirnos de gloriosos ejemplos. Ahí tenéis a Aristón, a Periandro, a Oronte, a Alcidamas, Polidoro y a Clitandro; nadie les discute ese título; no son en modo alguno virtuosos fanfarrones; no se ve en ellos esa ostentación insoportable, y su fervor es humano y tratable. No censuran todos nuestros actos; encuentran demasiado presuntuosas esas correcciones, y dejando las palabras altivas a los demás, con sus actos tan sólo, afean los nuestros. El mal aparente les merece escaso crédito, y su alma se inclina a juzgar bien al prójimo. No usan de intrigas ni de manejos: no tienen más afanes que los de vivir rectamente. No se encarnizan nunca contra un pecador: aborrecen solamente el pecado. Y no quieren ocuparse con extremado celo de los intereses del Cielo más de lo que este mismo desea. Ésta es mi gente; así hay que comportarse; éste es, en fin, el ejemplo que debemos seguir. Vuestro hombre no es, en verdad, de tal modelo: alabáis su fervor con absoluta buena fe; mas creo que os deslumbra un falso brillo.

ORGÓN: Mi señor cuñado, ¿habéis acabado ya?

CLEANTO: Sí

ORGÓN *(marchándose):* Soy vuestro servidor.

CLEANTO: Hermano, una palabra, por favor. Dejemos aquí este discurso. Ya sabéis que Valerio cuenta con vuestra palabra para ser yerno vuestro.

ORGÓN: Sí.

CLEANTO: Habíale señalado día para tan grato enlace.

ORGÓN: Es cierto.

CLEANTO: ¿Por qué, entonces, retrasar la fiesta?

ORGÓN: No sé.

CLEANTO: ¿Habéis pensado, acaso, otra cosa?

ORGÓN: Tal vez.

CLEANTO: ¿Queréis faltar a vuestra palabra?

ORGÓN: No digo eso.

CLEANTO: Creo que no existe obstáculo alguno que os impida cumplir vuestras promesas.

ORGÓN: Depende.

CLEANTO: ¿Son necesarios tantos subterfugios para decir una palabra? Valerio me manda visitaros para eso.

ORGÓN: ¡Alabado sea el Cielo!

CLEANTO: Mas ¿qué he de decirle?

ORGÓN: Todo lo que os plazca.

CLEANTO: Pero es preciso saber vuestros propósitos. ¿Cuáles son?

ORGÓN: Hacer lo que quiera el Cielo.

CLEANTO: Hablemos seriamente: Valerio tiene vuestra palabra; ¿la mantendréis o no?

ORGÓN: ¡Adiós!

CLEANTO *(solo):* Temo una desgracia para su amor. Y debo advertirle de todo lo que ocurre.

Acto segundo

Escena primera

Orgón y Mariana

ORGÓN: ¡Mariana!

MARIANA: Padre.

ORGÓN: Acercaos. Tengo que hablaros en secreto.

MARIANA *(a Orgón, que mira hacia un aposento):* ¿Qué buscáis?

ORGÓN: Veo si no está ahí alguien que pueda escucharnos, pues este sitio es apropiado para las sorpresas. ¡Ea!, pues, así estamos bien. Mariana, he reco-

nocido en vos desde siempre un alma bastante tierna, y siempre me fuisteis dilecta.

MARIANA: Os estoy agradecida de ese amor paternal.

ORGÓN: Bien dicho hija mía; y para merecerlo, vuestro único afán debe ser complacerme.

MARIANA: Y en ello pongo mi mayor gloria.

ORGÓN: Muy bien; ¿qué me dices de Tartufo, nuestro huésped?

MARIANA: ¿Quién? ¿Yo?

ORGÓN: Vos. Mirad bien cómo respondéis.

MARIANA: ¡Ay! Diré de él lo que queráis.

Escena II

Orgón, Mariana y Dorina, que entra quedamente y permanece detrás de Orgón sin ser vista

ORGÓN: Eso es hablar sensatamente. Decidme, pues, hija mía, que en toda su persona brilla un elevado mérito que conmueve vuestro corazón, y que os sería grato verle convertido, por elección mía, en vuestro esposo, ¿eh?

MARIANA: ¡Eh!

ORGÓN: ¿Qué?

MARIANA: ¿Decíais?

ORGÓN: ¡Cómo!

MARIANA: ¿Me he confundido?

ORGÓN: ¡Cómo!

MARIANA: ¿De quién queréis que diga, padre mío, que conmueve mi corazón y que me sería grato verle convertido por elección vuestra en mi esposo?

ORGÓN: De Tartufo.

MARIANA: No sucede tal con él, padre mío, os lo juro. ¿Por qué hacerme decir semejante impostura?

ORGÓN: Pero si yo deseo que eso sea una verdad, y para vos es suficiente con que lo haya yo dispuesto…

MARIANA: ¡Cómo!… ¿Queréis, padre mío…?

ORGÓN: Sí; pretendo, hija mía, unir con vuestro enlace a Tartufo con mi familia. Será vuestro esposo; lo he decidido. Y como sobre vuestros anhelos yo… (*viendo a Dorina*) ¿Qué hacéis ahí?… La curiosidad que os impulsa es muy grande, amiga, cuando escucháis así.

DORINA: Realmente no sé si es un rumor que proviene de alguna conjetura o de cualquier azar; mas he oído la noticia de ese casamiento, y la he considerado como pura bagatela.

ORGÓN: ¡Cómo! ¿Es acaso increíble la cosa?

DORINA: Hasta el punto de que no os creo ni a vos mismo, señor.

ORGÓN: Conozco un medio de hacéroslo creer.

DORINA: ¡Sí, sí; nos contáis una divertida historia!

ORGÓN: Cuento, precisamente, lo que veréis dentro de poco.

DORINA: ¡Jácaras!

ORGÓN: Lo que digo, hija mía, no es un juego.

DORINA: Vamos; no creáis a vuestro señor padre; bromea.

ORGÓN: Os digo…

DORINA: No; por mucho que hagáis, no se os creerá.

ORGÓN: A la postre, mi enojo…

DORINA: ¡Bueno! Os creemos, entonces; tanto peor para vos. ¡Cómo! ¿Es posible, señor, que con vuestro aspecto de hombre sensato y con esa amplia barba que lleváis vayáis a ser tan loco que…?

ORGÓN: Escuchad: os habéis tomado aquí ciertas libertades que no me agradan; os lo confieso, amiga mía.

DORINA: Hablemos sin enfadarnos, señor, os lo suplico. ¿Os burláis de las gentes al tramar esa conspira-

ción? Vuestra hija no le conviene a un santurrón; tiene otras tareas en qué pensar. Y, además, ¿qué os reporta tal alianza? ¿Por qué razón vais a ir con todo vuestro caudal a escoger un yerno indigente?

ORGÓN: Callaos. Si no tiene nada, sabed que precisamente por eso hay que venerarle. Su miseria es, sin duda, una honrada miseria; debe elevarle por encima de las grandezas, ya que, en fin, se ha dejado privar de su caudal por su harto escaso afán hacia las cosas temporales y su firme adhesión a las cosas eternas. Mas mi ayuda podrá darle medios para salir de apuros y recobrar sus bienes: son propiedades bien estimadas, a justo título, en la comarca, y tal como se le ve es un auténtico caballero.

DORINA: Sí; es él quien lo dice, y esa vanidad, señor, no se compagina con la piedad. Quien abraza la inocencia de una santa vida no debe alabar tanto su nombre y su estirpe, y la humilde manera de proceder del fervor soporta difícilmente los alardes de esa ambición. ¿A qué viene ese orgullo?... Mas este discurso os enoja; hablemos de su persona y dejemos su nobleza. ¿No sentiréis reparo en entregar a una joven como ésta a un hombre como él? ¿Y no debéis pensar en las conveniencias y prever los resultados de esa unión? Sabed que se arriesga la virtud de una doncella cuando se contraría su gusto al casarla, y que la intención de vivir ya casada honestamente depende de las cualidades del marido que se le dé, y que aquellos cuya frente se señala con el dedo por todas partes hacen con frecuencia que sus mujeres sean lo que se ve que son. Es difícil, en fin, ser fiel a ciertos maridos hechos conforme a determinado modelo, y quien

entrega su hija a un hombre a quien ella odia es responsable ante el Cielo de las faltas que aquélla cometa. Pensad a qué peligros la expone vuestro propósito.

ORGÓN: ¡Nada, qué va ella a enseñarme a vivir!

DORINA: Mejor haríais en seguir mis lecciones.

ORGÓN: No nos entretengamos, hija mía, con esas historias; sé lo que os hace falta, y soy vuestro padre. Había dado mi palabra, por vos, a Valerio; mas aparte de que según se dice es aficionado al juego, sospecho que es, además, un tanto libertino. No veo que frecuente las iglesias.

DORINA: ¿Queréis que acuda a ellas precisamente a vuestras horas como los que sólo van para ser vistos?

ORGÓN: No os pido vuestra opinión sobre esto. En fin: el otro está en muy buenas relaciones con el Cielo, es ésta una riqueza sin par. Este enlace colmará de toda clase de felicidades vuestros deseos, estará saturado de ternuras y placeres. Viviréis juntos, con vuestra fiel pasión, como dos verdaderos niños, como dos tórtolos; no tendréis nunca la menor disputa enojosa, y haréis de él todo cuanto queráis.

DORINA: ¿Ella? Sólo hará de él un necio, os lo aseguro.

ORGÓN: ¡Cómo! ¿Qué palabras...?

DORINA: Digo que tiene facha de serlo, y que su ascendiente, señor, superará toda la virtud que tenga vuestra hija.

ORGÓN: Cesad de interrumpirme y pensad en callaros sin meter la nariz donde nadie os llama.

DORINA: Hablo sólo, señor, en vuestro interés.

ORGÓN: Es tomarse demasiado afán; callaos, si os place.

DORINA: Si no os quisiera...

ORGÓN: No deseo que me quieran.
DORINA: Pues yo pienso quereros, señor, a pesar vuestro.
ORGÓN: ¡Ah!
DORINA: Me es caro vuestro honor y no puedo tolerar que vayáis a ofreceros a las befas de cualquiera.
ORGÓN: ¡No os callaréis!
DORINA: Es un cargo de conciencia dejaros realizar semejante alianza.
ORGÓN: ¿Te callarás, víbora, cuyos dardos insolentes...?
DORINA: ¡Ah, sois creyente, y os encolerizáis!
ORGÓN: Sí: mi bilis se revuelve con todas esas boberías, y quiero terminantemente que te calles.
DORINA: Sea... Mas, aunque enmudezca, no por eso dejo de pensar.
ORGÓN: Piensa, si quieres; mas aplica tus afanes a no hablarme o... *(a su hija)* Basta... Lo he pensado todo cuidadosamente.
DORINA *(aparte)*: Me sofoca no poder hablar.
ORGÓN: Sin ser un doncel, Tartufo es de tal modo...
DORINA *(aparte)*: Sí; tiene buenos morros.
ORGÓN: ... que aunque no sintieras ninguna simpatía por todas sus demás dotes...
DORINA *(aparte)*: ¡Buena suerte la suya! *(Orgón se vuelve hacia Dorina y escucha cruzado de brazos, mirándola de frente)* Si estuviera en su lugar, con seguridad que no me casaría con un hombre a la fuerza impunemente, y le haría yo ver, en cuanto terminase el festejo, que una mujer tiene siempre preparada su venganza.
Orgón *(a Dorina)*: Así, pues, ¿no se hará ningún caso de lo que digo?
DORINA: ¿De qué os quejáis? No os hablo.
ORGÓN: ¿Qué haces, entonces?

DORINA: Pues hablar conmigo misma.
ORGÓN *(aparte)*: Muy bien. Para castigar tu extraordinaria insolencia tengo que darte un bofetón. *(Se dispone a dar un bofetón a Dorina, y a cada palabra que dice a su hija se vuelve para mirar a Dorina, que permanece rígida, sin hablar.)* Hija mía, debéis aprobar mi propósito... Y creer que el marido... que he sabido escogeros... *(a Dorina)* ¿Por qué no hablas?
DORINA: No tengo nada que decirme.
ORGÓN: Una palabrita más.
DORINA: Pues que a mí no me gusta.
ORGÓN: En verdad, te esperaba.
DORINA: ¡Buena necia sería, a fe mía, si hablase!
ORGÓN: En fin, hija mía: hay que obedecer y demostrar una completa deferencia por mi elección.
DORINA *(escapándose)*: Bien me burlaría yo de semejante esposo.
ORGÓN *(después de haber fallado el bofetón dirigido a Dorina)*: Tenéis a vuestro lado un mal bicho, hija mía, con quien no podría yo vivir sin pecar. Me siento ahora incapaz de continuar; sus discursos insolentes han inflamado mi alma, y voy a tomar aire para calmarme un poco.

Escena III

Mariana y Dorina

DORINA: Decidme: ¿habéis perdido, pues, el habla? ¿Y tendré que hacer vuestro papel en este caso? ¡Aguantar que os propongan un proyecto insensato sin rechazarlo con la menor palabra!
MARIANA: Contra un padre tirano, ¿qué quieres que yo haga?

DORINA: Pues lo que sea preciso para librarse de una amenaza tal.

MARIANA: ¿Qué?

DORINA: Decirle que un corazón no ama por mediación ajena; que os casaréis por vos y no por él; que siendo la interesada en el negocio es a vos y no a él a quien debe gustar el marido, y que si encuentra tan encantador a su Tartufo, puede casarse con él sin el menor impedimento.

MARIANA: Confieso que un padre posee tal imperio sobre nosotros que no he tenido nunca valor para replicar nada.

DORINA: Pero razonemos. Valerio ha dado ya algunos pasos para conseguiros. Contestadme, os lo ruego: ¿le amáis o que?

MARIANA: ¡Ah! ¡Cuán grande es tu injusticia con mi amor, Dorina! ¿Necesitas hacerme esa pregunta? ¿No te he abierto cien veces mi corazón sobre esta cuestión? ¿Y no sabes hasta dónde llega mi pasión por él?

DORINA: ¿Sé yo si el corazón ha hablado por la boca y si amáis seriamente a ese amante?

MARIANA: Me ofendes grandemente, Dorina, al dudarlo, y mis verdaderos sentimientos han sabido mostrarse con demasiado ímpetu.

DORINA: En fin: ¿le amáis…, entonces?

MARIANA: Sí; con pasión indecible.

DORINA: ¿Y por las apariencias, él os ama también?

MARIANA: Tal creo.

DORINA: ¿Y los dos ardéis en deseos de veros casados?

MARIANA: Ciertamente.

DORINA: ¿Cuál es vuestra intención respecto a ese otro enlace?

MARIANA: Pues darme muerte si me obligan a ello.

DORINA: Muy bien. Es un recurso en el que no pensaba. No tenéis más que morir para salir de apuros. El remedio es, sin duda, maravilloso. Me sofoca escuchar semejante lenguaje.

MARIANA: ¡Dios mío, de qué humor te pones, Dorina! No te compadeces del pesar ajeno.

DORINA: No me compadezco de quien dice necedades, y llegado el caso, cede, como vos habéis hecho.

MARIANA: Pero ¿qué quieres, si soy tímida?…

DORINA: Pues el amor requiere firmeza en un corazón.

MARIANA: ¿Y no lo conservo ante la pasión de Valerio? ¿No debe de ser él quien me libre de un padre?

DORINA: ¡Cómo! Si vuestro padre es un ogro incorregible que, por estar encaprichado ciegamente por su Tartufo, falta a la palabra que había dado, ¿debe culparse de ello a vuestro amante?

MARIANA: Mas con una altiva repulsa y unos ostentibles desdenes, ¿no haré ver un corazón enamorado en demasía? ¿Me apartaré, sea cual fuere su mérito, del pudor de mi sexo y del deber filial? ¿Y quieres que mi ardor, revelado ante el mundo…?

DORINA: No, no; no quiero nada. Veo que deseáis pertenecer al señor Tartufo, y creo que haría mal en apartaros de tal enlace. ¿Qué motivo iba yo a tener para combatir vuestros deseos? El partido es por sí mismo ventajoso. ¡El señor Tartufo! ¡Oh, oh! ¡Ahí es nada! Realmente, el señor Tartufo, bien miradas las cosas, ¡es un hombre muy listo! ¡Y no es poca dicha ser su cara mitad! Todo el mundo le corona ya de gloria; es noble por su casa, apuesto en su persona; tiene la oreja sonrosada y el cutis muy lozano: viviréis harto contenta con tal esposo.

MARIANA: ¡Dios mío!...

DORINA: ¡Qué gozo sentiréis en vuestra alma cuando os veáis casada con tan gallardo marido!

MARIANA: ¡Ah, cesa ya, te ruego, semejante discurso! Y préstame ayuda contra ese himeneo. Se acabó; me rindo; estoy dispuesta a hacer lo que sea.

DORINA: No; es preciso que una hija obedezca a su padre, aunque éste quiera darle un mico por esposo. Vuestra suerte es envidiable. ¿De qué os quejáis? Iréis en la galera a su pueblo, que os parecerá fértil en tíos y primos, y os agradará mucho conversar con ellos. Os harán recorrer, lo primero, las mansiones de la alta sociedad. Iréis a visitar, en son de bienvenida, a la señora bailesa y a la señora electa, quienes desde su silla de tijera os harán los honores. Allí, durante el carnaval, podréis esperar el baile y la gran banda; es decir, un par de dulzainas, y a veces Fagotin y las marionetas; si es que vuestro esposo...

MARIANA: ¡Ah! ¡Me das la muerte! Piensa, más bien, en socorrerme con tus consejos.

DORINA: Soy vuestra servidora.

MARIANA: ¡Eh, Dorina! Por favor...

DORINA: Es preciso, para vuestro castigo, que este negocio se realice.

MARIANA: ¡Pobre de mí!

DORINA: No.

MARIANA: Si mi pasión declarada...

DORINA: Nada. Tartufo es vuestro hombre, y ya le cataréis.

MARIANA: Bien sabes que siempre me he confiado en ti. Hazme...

DORINA: No; seréis, a fe mía, tartuficada.

MARIANA: Pues bien: ya que mi suerte no puede conmoverte, déjame ya entregada por entero a mi

desesperación; a ella pedirá ayuda mi corazón, y ya sé el remedio infalible para mis males. *(Mariana hace ademán de salir)*

DORINA: ¡Eh, quieta! Volved aquí. Cede mi enojo. Pese a todo, hay que compadeceros.

MARIANA: Como ves, si me exponen a ese cruel martirio, te aseguro, Dorina, que tendré que morir.

DORINA: No os atormentéis. Con habilidad se puede impedir... Mas aquí llega Valerio, vuestro amante.

Escena IV

Valerio, Mariana y Dorina

VALERIO: Acaban de difundir, señora, una noticia que yo desconocía y que es, indudablemente, curiosa.

MARIANA: ¿Qué?

VALERIO: Que os casáis con Tartufo.

MARIANA: Es cierto que a mi padre se le ha metido en la cabeza ese proyecto.

VALERIO: Vuestro padre, señora...

MARIANA: Ha cambiado de opinión: acaba de proponerme eso.

VALERIO: ¿Cómo? ¿De veras?

MARIANA: Sí, de veras. Se ha inclinado claramente por ese enlace.

VALERIO: ¿Y cuál es el deseo de vuestra alma, señora?

MARIANA: No sé.

VALERIO: Honesta contestación. ¿No lo sabéis?

MARIANA: No.

VALERIO: ¿No?

MARIANA: ¿Qué me aconsejáis?

VALERIO: Pues os aconsejo que os desposéis con ese hombre.

MARIANA: ¿Me lo aconsejáis?

VALERIO: Sí.
MARIANA: ¿De verdad?
VALERIO: Sin duda. La elección es gloriosa, y bien merece que se le escuche.
MARIANA: Pues bien, acojo ese consejo, señor.
VALERIO: Creo que no os costará mucho seguirlo.
MARIANA: No más que ha sufrido vuestra alma al darlo.
VALERIO: Yo os lo he dado, señora, por complaceros.
MARIANA: Y yo lo seguiré por contentaros.
DORINA: (*retirándose al fondo de la escena*) Veamos qué resulta de todo esto.
VALERIO: ¿Es así como se ama? Y era falso cuando vos...
MARIANA: No hablemos de eso, os lo ruego. Me habéis dicho francamente que debo aceptar al que quieren darme por esposo, y yo afirmo que así lo haré, puesto que vos me dais ese sano consejo.
VALERIO: No os disculpéis con mis intenciones. Habéis tomado ya vuestra resolución, y os aprovecháis de un frívolo pretexto para autorizaros a faltar a vuestra palabra.
MARIANA: Es cierto; decís bien.
VALERIO: Sin duda; y vuestro corazón no ha sentido jamás por mí una verdadera pasión.
MARIANA: ¡Ay! Tenéis licencia para pensar así.
VALERIO: Sí, sí; tengo licencia: mas mi alma ofendida os adelantará quizá en semejante propósito; sé dónde colocar mis anhelos y mi mano.
MARIANA: ¡Ah, no lo dudo! Y el fuego que provoca el mérito...
VALERIO: ¡Dios mío! Dejémonos de mérito; tengo muy poco, indudablemente, y vos dais fe de ello. Mas confío en las bondades que otra tenga para mí, y

sé de alguna cuya alma, abierta a mi desengaño, consentirá, sin avergonzarse, remediar mi pérdida.
MARIANA: La pérdida no es grande, y de tal cambio os consolaréis harto fácilmente.
VALERIO: Haré lo posible..., podéis creerme. Un corazón que nos olvida empeña nuestro orgullo; hay que poner todos los medios para olvidarle. Si no lo conseguimos, hay que fingirlo, al menos; y no se perdona nunca la cobardía de sentir amor por quien nos abandona.
MARIANA: Ese sentimiento es, sin duda, noble y elevado.
VALERIO: Muy bien, y todos deben aprobarlo. ¡Cómo! ¿Querríais que conservase por vos, para siempre, mi alma el fuego de mi pasión y os viera caer ante mis ojos en otros brazos, sin apartar un corazón que no os interesa?
MARIANA: Al contrario, igual deseo por mi parte, y quisiera que la cosa hubiera sucedido ya.
VALERIO: ¿Lo quisierais?
MARIANA: Sí.
VALERIO: Basta ya de insultarme, señora, y voy a complaceros al instante. (*Da un paso para irse.*)
MARIANA: Muy bien.
VALERIO *(volviendo)*: Recordad, al menos, que sois vos misma quien obligáis a mi corazón a este supremo esfuerzo.
MARIANA: Sí.
VALERIO *(volviendo de nuevo)*: Y que el deseo que ha forjado mi alma sigue tan sólo vuestro ejemplo.
MARIANA: Mi ejemplo; sea.
VALERIO *(saliendo)*: Basta; vais a quedar servida a vuestro gusto.
MARIANA: Tanto mejor.

VALERIO *(volviendo nuevamente)*: Ya veis que es para toda mi vida.
MARIANA: ¡En buena hora!
VALERIO *(volviéndose cuando se disponía a salir)*: ¿Eh?
MARIANA: ¿Cómo?
VALERIO: ¿No me llamabais?
MARIANA: ¿Yo? Soñáis.
VALERIO: Entonces, reanudo mi marcha. Adiós, señora. *(Se aleja lentamente).*
MARIANA: Adiós, señor.
DORINA *(a Mariana)*: Creo, por mi parte, que perdéis la cabeza por esa extravagancia; y os he dejado reñir a vuestras anchas para ver en qué podría terminar todo esto. ¡Hola, señor Valerio! (*detiene a Valerio por el brazo)*
VALERIO *(fingiendo resistirse)*: ¡Eh! ¿Qué quieres, Dorina?
DORINA: Venid aquí.
VALERIO: No, no; me domina el despecho. No me apartes de lo que ella ha querido.
DORINA: Deteneos.
VALERIO: ¡No! Ya ves, es asunto resuelto.
DORINA: ¡Ah!
MARIANA *(aparte)*: Sufre viéndome; mi presencia le aleja, y haré mejor en irme de aquí.
DORINA *(dejando a Valerio y corriendo detrás de Mariana)*: ¡Ahora la otra! ¿Adónde corréis?
MARIANA: Deja.
DORINA: Hay que volver.
MARIANA: No. No, Dorina; en vano queréis detenerme.
VALERIO *(aparte)*: Veo que mi presencia es para ella un suplicio, y es preferible que la libre de ella.
DORINA *(dejando a Mariana y corriendo detrás de Valerio)*: ¡Otra vez! ¡Que el diablo os lleve, si quiere! Cesad esta chanza y venid aquí los dos *(coge a Mariana y a Valerio de la mano y los trae al proscenio).*

VALERIO *(a Dorina)*: Pero ¿cuál es tu propósito?
MARIANA *(a Dorina)*: ¿Qué quieres hacer?
DORINA: Reconciliaros y sacaros del apuro. *(A Valerio)* ¿Estáis loco en sostener semejante altercado?
VALERIO: ¿No has oído cómo me habló?
DORINA *(a Mariana)*: ¿Estáis loca al enojaros?
MARIANA: ¿No has visto lo sucedido y cómo me ha tratado?
DORINA *(a Valerio)*: Necedad por ambas partes. Ella no tiene más afán que mantenerse vuestra, lo atestiguo. *(A Mariana)* Él no tiene más deseo que ser vuestro esposo, respondo de ello con mi vida.
MARIANA *(a Valerio)*: ¿Por qué me disteis semejante consejo?
VALERIO *(a Mariana)*: ¿Por qué me lo pedisteis sobre tal asunto?
DORINA: Estáis locos los dos. Así, pues, vengan vuestras manos. *(A Valerio)* Vamos, vos…
VALERIO *(dando su mano a Dorina)*: ¿Mi mano? ¿Para qué?
DORINA *(a Mariana)*: ¡Así! La vuestra.
MARIANA *(dando también su mano)*: ¿De qué sirve todo esto?
DORINA: ¡Dios mío! ¡Pronto, adelantaos! Os amáis los dos más de lo que creéis. *(Valerio y Mariana permanecen un momento cogidos de la mano, sin mirarse.)*
VALERIO *(volviéndose hacia Mariana)*: Mas no hagáis las cosas a disgusto y mirad a la gente sin odio alguno *(Mariana se vuelve hacia Valerio, sonriéndole).*
DORINA: ¡A decir verdad, los amantes son muy locos!
VALERIO *(a Mariana)*: ¡Vaya! ¿No tengo motivo para quejarme de vos? Y, sin mentir, ¿no es una maldad que sintáis placer en decirme cosas desconsoladoras?
MARIANA: ¿Y vos? ¿No sois el hombre más ingrato?

DORINA: Dejemos esta contienda para otro momento y pensemos en impedir ese casamiento enojoso.

MARIANA: Dinos, pues, qué artificios hay que emplear para ello.

DORINA: Los emplearemos de todas clases. *(A Mariana)* Vuestro padre se burla. *(A Valerio)* Y ésas son historias. *(A Mariana)* Mas, por vuestro lado, es preferible que, ante su extravagancia, aparentéis un tierno consentimiento, a fin de que, en caso de alarma, os sea más fácil retrasar ese enlace proyectado. Ganando tiempo se remedia todo. ¡Tan pronto sufriréis cualquier dolencia que aparecerá repentinamente y exigirá aplazamientos, como tendréis malos presagios: el encuentro enojoso de un difunto, la rotura de un espejo, el sueño con agua cenagosa. En fin, lo importante es que no os puedan casar con nadie más que con él; como no deis el sí. Mas, para triunfar mejor, creo conveniente que no os encuentren hablando juntos. *(A Valerio)* Idos, y sin tardanza; usad de vuestros amigos para que os cumplan lo prometido. Vamos a recabar los esfuerzos de su hermano y a ganar a nuestro bando a la suegra. Adiós.

VALERIO *(a Mariana)*: Sean cuales fueren los esfuerzos que preparemos todos, mi mayor esperanza, a decir verdad, está en vos.

MARIANA *(a Valerio)*: No puedo responderos de los mandatos de un padre; mas tan sólo seré de Valerio.

VALERIO: ¡Me llenáis de contento! Y, pese a cuanto pueda osar…

DORINA: ¡Ah, los amantes no se cansan nunca de charlar! Salid, os digo.

VALERIO *(volviendo):* En fin…

DORINA: ¡Qué pico el vuestro! Tirad por este lado, y vos, por éste *(Dorina los empuja por la espalda y los obliga a separarse).*

Acto tercero

Escena primera

Damis y Dorina

DAMIS: Que el rayo acabe aquí con mi destino, que me llamen por todas partes el mayor de los bergantes, si hay fuerza alguna o respeto que me detenga; ¡y si no, hago cualquier asonada!

DORINA: Moderad, por favor, un arrebato tal; vuestro padre no ha hecho más que hablar, simplemente. No realiza uno todo lo que se propone, y del dicho al hecho hay siempre mucho trecho.

DAMIS: Tengo que hacer cesar los manejos de ese fatuo y decirle dos palabritas al oído.

DORINA: ¡Ah, poco a poco! Con él, como con vuestro padre, dejad obrar a vuestra madrastra. Tiene cierto ascendiente sobre Tartufo, que acata, complaciente, cuanto ella dice, y que es, tal vez, una de sus debilidades. ¡Pluguiese a Dios que fuera cierto! La cosa estaría bien. En fin, vuestro interés la obliga a mandarle venir; quiere ella sondearle sobre el enlace que os atormenta, saber sus sentimientos y advertirle de las enojosas cuestiones que puede promover si va él a cifrar alguna esperanza en tal propósito. Su criado dice que está rezando, y no he podido verle; mas ese mismo sirviente me dijo también que iba a bajar. Marchaos, pues, os lo ruego, y dejadme esperar.

DAMIS: Puedo estar presente en esa conversación.

DORINA: De ninguna manera. Es preciso que estén solos.
DAMIS: No le diré nada.
DORINA: Os chanceáis; conocemos vuestros arrebatos habituales, y sería el mejor modo de estropear el negocio. Salid.
DAMIS: No; quiero presenciarlo sin enojarme.
DORINA: ¡Qué molesto sois! Aquí llega. Retiraos *(Damis va a ocultarse en un cuartito, al fondo de la escena).*

Escena II

Tartufo y Dorina

TARTUFO *(hablando en voz alta a su criado; que está en la casa, en cuanto ve a Dorina):* Lorenzo, guardad mi cilicio con mis disciplinas y rogad al Cielo que os ilumine siempre. Si vinieran a verme, estoy con los cautivos, repartiendo allí el dinero de las limosnas.
DORINA *(aparte)*: ¡Cuánta afectación y cuánta fanfarronería!
TARTUFO: ¿Qué queréis?
DORINA: Deciros…
TARTUFO *(sacando un pañuelo de su bolsillo)*: ¡Ah, Dios mío! Antes de hablar, tomad este pañuelo, os lo ruego.
DORINA: ¡Cómo!
TARTUFO: Taparos ese seno, que no podría ver. Se ofende a las almas con semejantes prendas, que suscitan malos pensamientos.
DORINA: Sois entonces muy débil a la tentación, ¡y la carne causa una gran impresión sobre vuestros sentidos! No sé, en verdad, qué ardor os arrebata; mas yo no soy tan pronta a los deseos. Y, aunque os viera desnudo de arriba abajo, no me tentaría vuestra piel.

TARTUFO: Poned un poco de pudor en vuestro lenguaje, o me marcho ahora mismo.
DORINA: No, no; soy yo la que voy a dejaros en paz, pues tengo que deciros tan sólo dos palabras. La señora va a venir a esta sala a pediros la merced de un momento de charla.
TARTUFO: ¡Ay! Con mucho gusto.
DORINA *(aparte)*: ¡Cómo se suaviza! A fe mía, sigo creyendo lo que ya he dicho.
TARTUFO: ¿Vendrá pronto?
DORINA: Me parece que la oigo. Sí, ella es en persona; os dejo juntos.

Escena III

Elmira y Tartufo

TARTUFO: Que el Cielo os conceda, con su infinita bondad, la salud del alma y del cuerpo y bendiga vuestros días tanto como lo desea el más humilde de los que su amor inspira.
ELMIRA: Os agradezco tan piadoso deseo. Mas tomemos asiento para estar mejor.
TARTUFO *(sentado)*: ¿Cómo os encontráis de vuestra dolencia?
ELMIRA *(sentada)*: Muy bien; ya estoy limpia de fiebre.
TARTUFO: Mis preces no tienen el mérito necesario para haber conseguido esa gracia divina; mas no he hecho al Cielo ninguna súplica piadosa que no haya tenido por objeto vuestra convalecencia.
ELMIRA: Vuestro fervor se ha preocupado por mí en demasía.
TARTUFO: No podría uno querer demasiado a vuestra amada salud, y por restablecerla hubiese dado la mía.

ELMIRA: Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana, y os debo mucho por todas esas bondades.

TARTUFO: Hago por vos mucho menos de lo que merecéis.

ELMIRA: He querido hablaros en secreto de un asunto, y estoy aquí satisfecha de que nadie nos espíe.

TARTUFO: Ello también me encanta, y, sin duda, me es grato, señora, verme a solas con vos. Es ésta una ocasión que he pedido al Cielo, sin que me la haya concedido hasta hoy.

ELMIRA: Por mi parte, lo que deseo es una breve plática, en la que se abra vuestro corazón, sin ocultarme nada. *(Damis, sin que le vean, entreabre la puerta del cuarto en donde se oculta para escuchar la conversación).*

TARTUFO: Y yo no quiero más, como gracia especial, que mostrar ante vuestros ojos mi alma entera, jurándoos que los comentarios que he hecho ante las visitas que vuestros atractivos reciben aquí no los ha motivado ningún odio hacia vos, sino más bien el celoso arrebato que me arrastra y el puro impulso…

ELMIRA: Así los considero yo también, y creo que mi salvación os proporciona esa preocupación.

TARTUFO *(coge la mano de Elmira y le estrecha los dedos)*: Sí, señora; sin duda; y mi fervor es tal…

ELMIRA: ¡Ay! Me apretáis demasiado…

TARTUFO: Es por exceso de celo; no tuve nunca intención de haceros ningún daño, y antes preferiría… (*coloca su mano sobre las rodillas de Elmira*).

ELMIRA: ¿Qué hace ahí vuestra mano?

TARTUFO: Palpo vuestro vestido; es muy suave la tela.

ELMIRA: ¡Ah, cesad, por favor, que soy muy cosquillosa! *(Elmira hace retroceder su sillón, y Tartufo se vuelve a acercar a ella).*

TARTUFO *(tocando la pañoleta de Elmira)*: ¡Dios mío, qué maravilloso es el punto de esta labor! Hoy día se trabaja con manos milagrosas; nunca se ha visto nada igual.

ELMIRA: Es cierto. Mas hablemos un poco de nuestro asunto. Dicen que mi marido quiere devolver su palabra y entregaros su hija. Decidme: ¿es cierto?

TARTUFO: Algo de eso me ha dicho; mas, señora, a decir verdad, no es ésa la dicha por la que suspiro, y veo en otra parte los maravillosos hechizos de la felicidad que constituye todo mi deseo.

ELMIRA: Es que vos no amáis las cosas terrenas.

TARTUFO: Mi pecho no encierra un corazón de piedra.

ELMIRA: Por mi parte, creo que todos vuestros suspiros tienden al Cielo, y que en este mundo no hay nada que suscite vuestros anhelos.

TARTUFO: El amor que nos liga a las bellezas eternas no sofoca en nosotros el amor a las temporales; nuestros sentidos pueden ser fácilmente hechizados por las obras perfectas que ha forjado el Cielo. Sus atractivos, reflejados, brillan en vuestras semejantes; mas en vos ha puesto Él sus más raras maravillas; ha esparcido sobre vuestro rostro bellezas que pasman a los ojos y conmueven los corazones; y no he podido veros, criatura perfecta, sin admirar en vos al Creador de la Naturaleza y sin sentir mi corazón herido por un ardiente amor hacia el más hermoso de los retratos en que Él mismo se retrató. Temí al principio que este fuego secreto fuera una hábil sorpresa del espíritu maligno, e incluso mi corazón se decidió a huir de vuestros ojos, creyéndoos un obstáculo para mi salvación. Mas supe, al fin, ¡oh beldad adorable!,

que esa pasión puede no ser culpable y compaginarse con el pudor, y ello me permite entregarle mi corazón. Es en mí, lo confieso, una gran osadía atreverme a ofrendaros este corazón; mis anhelos lo esperan todo de vuestra bondad, y nada esperan de los vanos esfuerzos de mi insignificancia. En vos están mi esperanza, mi bien, mi tranquilidad; de vos depende mi pesar o mi beatitud; y voy a ser, en fin, por vuestra sola sentencia, feliz si lo queréis, desdichado si os place.

ELMIRA: La declaración es totalmente galante; mas, en verdad, un poco sorprendente. Creo que deberíais fortalecer mejor vuestro pecho y razonar un poco sobre tal deseo. Un devoto como vos, afamado en todas partes…

TARTUFO: ¡Ah! No porque sea devoto dejo de ser hombre; y cuando llega uno a contemplar vuestros celestiales hechizos, el corazón queda prendido en ellos y no razona. Ya sé que tal discurso parece extraño en mí; mas, señora, después de todo, no soy un ángel; y si condenáis la confesión que os hago, culpad de ello a vuestras encantadoras prendas. En cuanto vi brillar su esplendor más que humano, fuisteis la soberana de mi alma; la dulzura inefable de vuestras divinas miradas forzó la resistencia en que mi corazón se obstinaba; todo lo superó: ayunos, rezos y lágrimas, e hizo que mis anhelos se volvieran hacia vuestros encantos. Mis ojos y mis suspiros os lo han dicho mil veces, y para explicarme mejor empleo ahora la voz. Si miráis, con alma algo benévola, las tribulaciones de vuestro indigno esclavo; si vuestras bondades acceden a consolarme y se dignan rebajarse hasta

mi vacío, tendré por vos, ¡oh suave maravilla!, un fervor con ninguno comparable. Vuestro honor no corre conmigo el menor riesgo, ni tiene que temer ninguna desdicha por mi parte. Todos esos galanes cortesanos cuyas mujeres están locas, son ruidosos en sus actos y vanos en sus palabras; se les ve jactarse sin cesar de sus éxitos; van siempre a divulgar los favores logrados, y su lengua indiscreta, en la cual se confía, deshonra el altar en que su corazón se sacrifica. Mas las gentes como yo ardemos con un fuego prudente, con el cual se está siempre seguro del secreto. El cuidado que ponemos en nuestro renombre responde de todo ante el ser amado; y en nosotros se halla al aceptar nuestro corazón, un amor sin escándalo y un placer sin temores.

ELMIRA: Os oigo hablar, y vuestra retórica con términos harto vigorosos se explica ante mi alma. ¿No teméis que sienta yo el capricho de contar a mi esposo ese fuego galante, y que la pronta noticia de un amor de ese género pueda alterar la amistad que él os tiene?

TARTUFO: Sé que sois demasiado benévola, y que perdonaréis mi atrevimiento; que disculparéis la humana flaqueza de los violentos arrebatos de un amor que os ofende, y que tendréis en cuenta, viendo vuestro talante, que uno no es ciego y que el hombre es de carne.

ELMIRA: Otros quizá tomasen esto de modo muy distinto; pero mi discreción quiere revelarse aquí. No contaré el asunto a mi marido; mas deseo, en cambio, una cosa de vos, y es que apresuréis sin rebozo, y sin ningún enredo, la boda de Valerio

con Mariana; que renunciéis vos mismo a la injusta influencia que quiere enriquecer vuestra esperanza con el bien ajeno, y…

Escena IV

Elmira, Damis y Tartufo

DAMIS *(saliendo del aposento donde se ocultaba):* No, señora, no; esto debe divulgarse. Estaba yo en este sitio, desde donde he podido escucharlo todo; y la bondad del Cielo parece haberme llevado allí para confundir el orgullo de un traidor que me ofende, para abrir un camino que me lleve a la venganza de su hipocresía y de su insolencia, y que desengañe a mi padre, mostrándole a la luz del día el alma de un bandido que os ha hablado de amor.

ELMIRA: No, Damis; basta con que él llegue a enmendarse y procure merecer el perdón a que me comprometo. Ya que lo he prometido, no me desmintáis. No está en mi carácter provocar escándalos; una esposa se ríe de tales necedades y no perturba con ellas los oídos de su marido.

DAMIS: Tenéis vuestras razones para hablar así, y yo tengo también las mías para hacer lo contrario. Querer perdonarle es una burla, y el insolente orgullo de su santurronería ha vencido hartas veces mi justa cólera y ha promovido demasiados trastornos en nuestra casa. El bergante ha manejado a mi padre demasiado tiempo, causando perjuicios a mi pasión y a la de Valerio. Es preciso que quede él desengañado del pérfido, y el Cielo me ofrece un medio fácil para ello. Le debo esta ocasión, y es demasiado favorable para no aprovecharla:

tenerla en la mano y no utilizarla, sería merecer que viniese a quitármela.

ELMIRA: ¡Damis!…

DAMIS: No; sólo haré mi voluntad, si os place. Mi alma se siente ahora colmada de contento, y vuestros discursos pretenden en vano obligarme a renunciar al placer de poder vengarme. Voy a despachar el asunto; y he aquí, justamente, con qué darme satisfacción.

Escena V

Orgón, Damis, Tartufo y Elmira

DAMIS: Vamos a festejar, padre, vuestra llegada con un suceso muy reciente que os sorprenderá mucho. Estáis bien compensado de todos vuestros halagos, y el señor estima vuestras ternuras a soberbio precio. Su gran celo por vos acaba de revelarse; llega, nada menos, que a deshonrarnos. Le he sorprendido aquí haciendo a la señora de esta casa la confesión de una pasión culpable. Ella tiene un carácter dulce, y su corazón, harto discreto, quería guardar ese secreto a toda costa; mas yo no puedo tratar con mimo semejante imprudencia, y creo que ocultároslo sería causaros una ofensa.

ELMIRA: Sí; sostengo que no se debe turbar el reposo de un marido con todas esas frases hueras; que no puede depender de eso el honor, y que nos basta con saber defendernos de ellas. Éste es mi parecer, y no hubierais dicho nada, Damis, de haber yo tenido algún ascendiente sobre vos.

Escena VI

Orgón, Damis y Tartufo

ORGÓN: ¿Puedo creer, ¡oh Cielo!, lo que acabo de oír?

TARTUFO: Sí. Hermano; soy malo y culpable; soy un desdichado pecador cargado de iniquidad, el mayor desalmado que ha existido. Cada instante de mi vida está lleno de manchas, y es tan sólo un montón de crímenes e inmundicias; y veo que el Cielo, para castigo mío, quiere mortificarme en esta ocasión; de cualquier gran delito que pueda reprochárseme, no pienso tener el orgullo de defenderme. Creed lo que se os dice, aprestad vuestro enojo y, como a un criminal, arrojadme de aquí: no podrá corresponderme en patrimonio la vergüenza suficiente que no haya merecido con creces.

ORGÓN *(a su hijo)*: ¡Ah, traidor! ¿Y te atreves con esta falsedad a querer empañar la pureza de su virtud?

DAMIS: ¡Cómo! La fingida dulzura de esta alma hipócrita, ¿osará negar…?

ORGÓN: ¡Calla, maldito bicho!

TARTUFO: ¡Ah! Dejadle hablar; le acusáis injustamente. Y haréis mejor en creer su relato. ¿Por qué os mostráis tan favorable a mí ante semejante acción? ¿Sabéis, después de todo, de qué soy capaz? ¿Os fiáis, hermano, de mi aspecto? ¿Y me juzgáis mejor por todo lo que se ve? No, no; os dejáis engañar por la apariencia. Soy todo, menos, ¡ay!, lo que se piensa. Todo el mundo me toma por un hombre de bien; mas la pura verdad es que no valgo nada. *(Dirigiéndose a Damis)* Sí, mi querido hijo, hablad; habladme, pérfido, infame, perdido,

ladrón, homicida; abrumadme con nombres más odiosos aún; no he de contradeciros, lo merezco; y quiero de rodillas sufrir su ignominia, como una afrenta que merecen los crímenes de mi vida.

ORGÓN *(a Tartufo)*: Hermano mío, esto ya es demasiado. *(A su hijo)* ¿Tú corazón no se convence, traidor?

DAMIS: ¡Cómo! Sus discursos os seducirán hasta el punto…

ORGÓN *(ayudando a levantarse a Tartufo)*: ¡Calla, bergante! Hermano, ¡eh! ¡Alzaos, por favor! *(a su hijo)* ¡Infame!

DAMIS: Puede…

ORGÓN: ¡Calla!

DAMIS: Me sofoca la rabia. ¡Cómo! Paso…

ORGÓN: Si dices una sola palabra te romperé los brazos.

TARTUFO: Hermano, en nombre de Dios, ¡no os encolericéis! Preferiría yo sufrir la pena más dura antes que recibiera él, por mi culpa, el menor arañazo.

ORGÓN *(a su hijo)*: ¡Ingrato!

TARTUFO: Dejadle en paz. Si es preciso, de rodillas, pediros su perdón…

ORGÓN *(cayendo también de rodillas y abrazando a Tartufo)*: ¡Ay! ¿Os burláis? *(A su hijo)* ¡Bribón! ¡Contemplad su bondad!

DAMIS: Así, pues…

ORGÓN: ¡Silencio!

DAMIS: ¡Cómo! Yo…

ORGÓN: ¡Silencio, digo! ¡Sé muy bien el motivo que te obliga a atacarle! Le odiáis todos, y hoy veo, esposa, hijos y criados, desatados contra él. Se emplean descaradamente toda clase de cosas para echar de mi casa a este devoto ser; pero cuantos más esfuerzos hacen por expulsarle de aquí, más quiero utilizar para retenerle; voy a apresurarme

a entregarle mi hija, para confundir el orgullo de toda mi familia.

DAMIS: ¡Piensa obligarla a aceptar su mano!

ORGÓN: Sí, traidor; y esta misma noche, para que rabiéis. ¡Ah! Os desafío a todos, y os haré ver que es preciso obedecerme y que soy aquí el amo. Vamos, a retractarse, y a echaros al momento, bergante, a sus pies, pidiendo perdón.

DAMIS: ¿Quién? ¡Yo! Ante este bribón que con sus imposturas…

ORGÓN: ¡Ah, te resistes, miserable, y le diriges injurias! *(a Tartufo)* ¡Un palo! ¡Un palo! ¡No me contengáis! *(A su hijo)* ¡Fuera! ¡Sal ahora mismo de mi casa! Y no tengas la osadía de volver a ella.

DAMIS: Sí, me iré; mas…

ORGÓN: ¡Pronto, abandona este lugar! Te desheredo, truhán, y te lanzo, además, mi maldición.

Escena VII

Orgón y Tartufo

ORGÓN: ¡Ofender así a una persona santa!

TARTUFO: ¡Oh Cielo! ¡Perdónale el dolor que me causa! *(A Orgón)* Si supierais con qué disgusto veo que intentan denigrarme ante mi hermano.

ORGÓN: ¡Ay!

TARTUFO: El solo pensamiento de esta ingratitud hace sufrir a mi alma un suplicio tan duro… El horror que me causa… Tengo tan oprimido el corazón, que no puedo hablar, y creo que eso me matará.

ORGÓN *(corriendo deshecho en lágrimas a la puerta por donde ha expulsado a su hijo)*: ¡Bribón! Me arrepiento de haber contenido mi mano y de no haberte

acogotado en el sitio. *(A Tartufo)* Reponeos, hermano, y no os enojéis.

TARTUFO: Cesemos, cesemos estos penosos debates. Veo los grandes trastornos que ocasiono en esta casa, y creo que es preciso, hermano mío, que salga de ella.

ORGÓN: ¡Cómo! ¿Os chanceáis?

TARTUFO: Aquí me odian, y veo que intentan suscitar vuestras sospechas sobre mi fe.

ORGÓN: ¿Qué importa? ¿Veis acaso que mi corazón los escuche?

TARTUFO: No cejarán, sin duda; y esos mismos cuentos que rechazáis ahora quizá sean escuchados otra vez.

ORGÓN: No, hermano mío; nunca.

TARTUFO: ¡Ah hermano! Una esposa puede sorprender fácilmente el alma de su marido.

ORGÓN: No, no.

TARTUFO: Dejad que, alejándome de aquí, les quite todo motivo para atacarme así.

ORGÓN: No; seguiréis aquí; va en ello mi vida.

TARTUFO: Pues bien: tendré que mortificarme. No obstante, si queréis…

ORGÓN: ¡Ah!

TARTUFO: Sea; no hablemos más de ello. Mas sé cómo hay que conducirse en este asunto. El honor es delicado, y la amistad me obliga a prevenir los rumores y los motivos de sospechas; huiré de vuestra esposa y no me veréis…

ORGÓN: No; la veréis a menudo, pese a todos. Hacer rabiar al mundo es mi mayor placer, y quiero que con ella os vean a todas horas. Y no es esto bastante: para mejor afrentarlos a todos, no quiero tener más heredero que vos; voy al instante a haceros donación entera de mis bienes. Un noble y franco

amigo que tomo por yerno es para mí más querido que un hijo, una esposa y unos padres. ¿No aceptaréis lo que os propongo?

TARTUFO: ¡Hágase la voluntad divina en todo!

ORGÓN: ¡Pobre hombre! Vayamos pronto a redactar la escritura; ¡y que ello haga reventar de despecho a la envidia!

Acto cuarto

Escena primera

Cleanto y Tartufo

CLEANTO: Sí; todo el mundo habla de ello; y el escándalo que promueve ese rumor no os beneficia en nada, podéis creerme. Os he encontrado, señor, muy oportunamente para deciros con claridad mi pensamiento en dos palabras. No examinaré a fondo lo que afirman; paso sobre ello, y tomo la cosa por el lado peor. Supongamos que Damis no haya procedido bien y que se os haya acusado injustamente. ¿No es de cristianos perdonar la ofensa y apagar en el corazón todo deseo de venganza? ¿Vais a tolerar que por vuestros manejos sea expulsado un hijo de la mansión paterna? Os lo repito. Hablándoos con franqueza, no hay grande ni pequeño a quien eso no escandalice; y si queréis hacerme caso, lo apaciguaréis todo y no llevaréis la cuestión al extremo. Sacrificad ante Dios vuestra cólera y reconciliad al hijo con el padre.

TARTUFO: ¡Ay! Eso quisiera yo con todo mi corazón; no le guardo, señor, ningún rencor; se lo perdono todo, no le censuro nada y quisiera servirle con mi alma

entera; mas el interés del Cielo no puede consentirlo; y si él vuelve a entrar aquí, seré yo quien me vaya. Después de su acción, que no ha tenido igual, las relaciones entre nosotros provocarán el escándalo. ¡Dios sabe lo que pensaría todo el mundo! Lo imputarían a mera política, y dirían por todas partes que, sintiéndome culpable, finjo tener, para quien me acusa, un celo compasivo; que mi corazón le teme y quiere perdonarle para poder, bajo cuerda, reducirle al silencio.

CLEANTO: Nos ofrecéis ahora disculpas engañosas, y todas vuestras razones, señor, son harto rebuscadas. ¿Por qué os encargáis de los intereses del Cielo? ¿Necesita él, acaso, de nosotros para castigar al culpable? Dejadle, dejadle que cuide por sí propio de sus venganzas; no penséis más que en el perdón de las ofensas, que él prescribe, y no os fijéis en los juicios humanos cuando cumplís las órdenes soberanas del Cielo! ¡Cómo! ¿La ínfima preocupación del qué dirán ha de impedir la grandeza de una buena acción? No, no; hagamos siempre lo que manda el Cielo, y no perturbemos nuestro espíritu con ningún otro afán.

TARTUFO: Ya os he dicho que mi corazón le perdona; y es hacer, señor, lo que ordena el Cielo; mas, después del escándalo y de la afrenta de hoy, el Cielo no dispone que conviva con él.

CLEANTO: ¿Y os ordena, señor, prestar oídos a lo que un mero capricho aconseja a su padre, y a aceptar el don que se os hace de unos bienes a los que el derecho os obliga a no aspirar total ni parcialmente?

TARTUFO: A los que me conozcan no se les ocurrirá pensar que ello sea efecto de un alma interesada. Todos

los bienes de este mundo tienen para mí poco atractivo; no me deslumbra su esplendor falaz, y si me decido a aceptar del padre esa donación que ha querido hacerme, sólo es, en verdad, por temor a que todo ese caudal vaya a caer en malas manos y halle gentes que, al recibirlo en patrimonio, hagan de él un uso criminal y no lo empleen, como tengo el propósito de hacer, a la mayor gloria del Cielo y en provecho del prójimo.

CLEANTO: ¡Eh, señor! No tengáis esos delicados temores, que pueden provocar las quejas de un legítimo heredero. Soportad, sin querer inquietaros de nada, que, a riesgo suyo, sea poseedor de su peculio; y pensad que es preferible incluso que lo malgaste él a que os acusen de habérselo arrebatado. Me asombra hasta que hayáis tolerado que os lo propusieran sin avergonzaros. Ya que, en fin, ¿es que el verdadero fervor contiene alguna máxima que mande despojar al heredero legítimo? Y si es preciso que el cielo haya levantado en vuestro corazón un infranqueable obstáculo para que viváis con Damis, ¿no sería mejor que, como hombre discreto, os retirareis dignamente de aquí, en lugar de consentir así, contra toda razón, que echen por vos al hijo de la casa? Creedme, señor: es dar de vuestra cordura…

TARTUFO: Son ya, señor, las tres y media; cierto deber piadoso me requiere ahí arriba, y sabréis excusarme por dejaros tan pronto.

CLEANTO *(solo)*: ¡Ah!

Escena II

Elmira, Mariana, Cleanto y Dorina

DORINA *(a Cleanto)*: Por favor, trabajad para ella con nosotros, señor; su alma sufre una pena mortal; y el contrato de esponsales que su padre ha señalado para esta noche la hace estar sumida en constante desesperación. Va a venir. Unamos nuestros esfuerzos, os lo ruego. E intentemos desbaratar, a la fuerza o con maña, ese desdichado propósito que a todos nos trastorna.

Escena III

Orgón, Elmira, Mariana, Cleanto y Dorina

ORGÓN: ¡Ah! ¡Me congratula veros reunidos a todos! *(A Mariana)*. Traigo en este contrato algo que os hará reír, y ya sabéis lo que quiero decir.

MARIANA *(cayendo a los pies de Orgón):* Padre mío, en nombre del Cielo, que sabe mi dolor, y por todo lo que pueda conmover vuestro corazón, ceded un tanto en los derechos paternos y dispensad a mis deseos de esta obediencia. No me forcéis con esa dura ley a tener que lamentarme ante el Cielo de lo que os debo; y esta vida, ¡ay!, que me habéis dado, no la hagáis, padre mío, infortunada. Si contra una dulce esperanza que he podido forjar me prohibís ser de quien me atrevo a amar, salvadme, al menos, con vuestras bondades, que imploro de rodillas, del tormento de ser de un hombre al que aborrezco, y no me impulséis a cualquier acto desesperado, disponiendo de mí con todo vuestro poder.

ORGÓN *(sintiéndose enternecido)*: ¡Vamos, firme, corazón mío; nada de flaqueza humana!

MARIANA: Vuestro afecto por él no me apena; demostradlo, dadle vuestro caudal y, si no fuera bastante, añadidle el mío entero; accedo a ello gustosa, y os lo cedo; mas no lleguéis, al menos, hasta mi persona, y permitid que la austeridad de un convento consuma los tristes días que el Cielo me conceda.

ORGÓN: ¡Ah, ved aquí estas religiosas en cuanto un padre combate su pasión amorosa! ¡En pie! Cuanta más repugnancia sienta vuestro corazón en aceptarle, más mérito alcanzaréis al hacerlo. Mortificad vuestros sentidos con este casamiento y no me deis más quebraderos de cabeza.

DORINA: Pero ¡cómo!

ORGÓN: Vos, callad. Nadie os pide vuestra opinión. Os prohíbo terminantemente que digáis una sola palabra.

ELMIRA *(a Orgón)*: Viendo lo que veo, ya no sé qué decir, y vuestra ceguera me asombra. Es estar muy encaprichado y muy prevenido en su favor para desmentirnos ahora después de lo que ha ocurrido hoy.

ORGÓN: Soy vuestro servidor y creo en las apariencias. Sé vuestras complacencias con el bergante de mi hijo. Y temisteis desaprobar la jugarreta que intentó hacer a este pobre hombre. Estabais demasiado tranquila, en fin, para que se os creyera; de ser cierto, hubierais parecido emocionada de muy distinto modo.

ELMIRA: ¿Es que ante la simple confesión de un arrebato amoroso debe enojarse tan vivamente vuestro

honor? ¿Y no puede responderse a cuanto le concierne más que con fuego en los ojos e injurias en los labios? Por mi parte, me río, sencillamente, de tales palabras. Y no me complace nada el escándalo sobre ello. Prefiero que nos mostremos cuerdos con dulzura; no estoy en absoluto por esas gazmoñas ariscas, cuyo honor, armado de uñas y dientes, quiere a la menor palabra desfigurar a la gente. ¡Que el Cielo me preserve de semejante cordura! Quiero una virtud que no sea una tarascada, y creo que la discreta frialdad de una repulsa no es menos eficaz para desanimar a un corazón.

ORGÓN: En fin, ya conozco el suceso, y no me engaño.

ELMIRA: Me asombra, una vez más, esa extraña flaqueza: mas ¿qué me respondería vuestra incredulidad si os hiciera yo ver que es verdad lo que os dicen?

ORGÓN: ¿Ver?

ELMIRA: Sí.

ORGÓN: ¡Patrañas!

ELMIRA: Pero ¡cómo! ¿Si encontrase manera de hacéroslo ver a plena luz?

ORGÓN: ¡Cuentos!

ELMIRA: ¡Qué hombre! Contestadme, al menos. No os hablo de que no creáis; mas supongamos ahora que, desde un sitio fácilmente ocupable, pudierais ver y oír claramente todo; ¿qué diríais entonces de vuestro hombre de bien?

ORGÓN: En tal caso diría que… No; no diría nada, porque eso es imposible.

ELMIRA: El error dura ya demasiado; basta de acusar a mi boca de impostora. Es preciso que, por diversión y sin más demora, seáis testigo de cuanto os han dicho.

ORGÓN: Sea. Os cojo la palabra. Veremos vuestra maña y cómo cumpliréis esa promesa.

ELMIRA *(a Dorina)*: Hacedle venir.

DORINA *(a Elmira)*: Su espíritu es astuto, y quizá resulte difícil sorprenderlo.

ELMIRA *(a Dorina)*: No; es uno fácilmente engañado por el ser a quien ama, y el amor propio nos incita a engañarnos a nosotros mismos. *(A Cleanto y a Mariana.)* Hacedle bajar. Y vos salid.

Escena IV

Elmira y Orgón

ELMIRA: Acerquemos esta mesa y meteos debajo.

ORGÓN: ¡Cómo!

ELMIRA: Es muy necesario que os escondáis bien.

ORGÓN: ¿Por qué debajo de esta mesa?

ELMIRA: ¡Ah Dios mío! Dejadme hacer; tengo una idea, y ya la juzgaréis. Meteos ahí, os digo, y cuando estéis debajo, cuidad de que no os vean ni os oigan.

ORGÓN: Confieso que hasta ahora me siento satisfecho; mas habrá que ver cómo salís de vuestra empresa.

ELMIRA: No tendréis, creo yo, nada que reprocharme. *(A Orgón, que está debajo de la mesa)* Al menos, voy a tratar de una extraña materia; no os escandalicéis en modo alguno. Diga yo lo que sea, habrá de estarme permitido, pues lo hago para convenceros tal como he prometido. Voy, por medio de mimos, y puesto que a ello se me obliga, a desenmascarar a esa alma hipócrita, a halagar los deseos impúdicos de su amor y a dar campo libre a sus atrevimientos. Como es sólo por vos, y para confundirle mejor, por lo que mi alma va a fingir

que responde a sus deseos, cesaré en cuanto os deis por convencido, y las cosas no llegarán más que hasta donde queráis. Os corresponde a vos detener su insensata pasión cuando creáis que el asunto ha alcanzado su justo límite, evitando mayor sonrojo a vuestra esposa y no exponiéndome más que lo preciso para desengañaros. Son vuestros intereses; cuidadlos como dueño suyo, y... Aquí llega. Permaneced ahí y guardaos de aparecer.

Escena V

Tartufo, Elmira y Orgón, debajo de la mesa

TARTUFO: Me han dicho que queríais hablarme en este sitio.

ELMIRA: Sí. Tengo unos secretos que revelaros. Mas cerrad esa puerta antes de que os lo diga y escudriñadlo todo por miedo a una sorpresa. *(Tartufo va a cerrar la puerta y vuelve)* Un asunto parecido al de hace un rato no es seguramente lo que necesitamos. Jamás se ha visto sorpresa parecida. Damis me ha causado por vos un gran espanto, y, como visteis, hice toda clase de esfuerzos por desbaratar su propósito y calmar su arrebato. Cierto es que he sentido tal turbación, que no se me ha ocurrido desmentirle; mas por lo mismo, gracias a Dios, todo ha resultado mejor y las cosas quedan más seguras. La estima en que os tienen ha disipado la tormenta, y mi marido no puede sospechar de vos. Para afrontar mejor el escándalo de las opiniones malévolas, quiere él que estemos juntos constantemente, y por eso puedo ahora encontrarme aquí sola, encerrada

con vos, sin temor a censuras, y ello me permite abriros mi corazón, quizá un poco pronto en sufrir vuestro ardor.

TARTUFO: Ese lenguaje es bastante difícil de comprender, señora, y hace poco hablabais con otro estilo.

ELMIRA: ¡Ah! Si estáis enojado por esa negativa, ¡qué mal conocéis entonces el corazón de una mujer y qué poco sabéis lo que quiere dar a entender cuando de manera tan débil se la ve defenderse! Nuestro pudor combate siempre en esos momentos los tiernos sentimientos que pueden atribuírsenos. Por firme que sea la razón en que fundemos el amor que nos domina, siempre sentimos cierta vergüenza en confesarlo. Se defiende una de él al principio; mas la propia actitud que adoptamos para ello harto revela que nuestro corazón se rinde; que a nuestros deseos, por respeto al temor, nuestra boca se opone, y que tales negativas lo prometen todo. Es haceros, sin duda, una confesión bastante libre y tener en muy poca consideración mi pudor. Mas ya que la palabra ha sido pronunciada, ¿hubiese yo intentado sostener a Damis; habría, decidme, escuchado con tanta dulzura el ofrecimiento de vuestro corazón, tomando la cosa como lo he hecho, si el ofrecimiento de ese corazón no me complaciera? Y cuando he querido yo misma forzaros a rechazar el casamiento que acababan de anunciar, ¿qué os ha dado a entender esa solicitud sino el interés que por vos existe y el pesar que habría de causar el que ese enlace decidido viniera, cuando menos, a repartir un corazón que alguien quiere por entero para sí?

TARTUFO: Es, sin duda, señora, un goce sumo escuchar esas palabras de una boca amada; su miel en todos mis sentidos derrama una dulzura jamás gustada. La dicha de agradaros es mi supremo afán, y mi corazón halla su éxtasis en vuestros deseos. Pero mi corazón os pide en este instante que le concedáis la libertad de atreverse a dudar un tanto de su felicidad. Podría yo creer que esas palabras son un honesto artificio para obligarme a romper un enlace concertado; y, si he de hablaros con franqueza, no me fiaré de tan dulces frases hasta que me otorguéis ciertos favores por los que suspiro y que vengan a confirmarme en todo cuanto aquéllas han podido expresarme, asentando en mi alma una fe constante en las seductoras bondades que tenéis para mí.

ELMIRA *(después de toser para avisar a su marido)*: ¡Cómo! ¿Queréis ir tan de prisa y agotar desde el primer instante la ternura de un corazón? Me decido a haceros una confesión de las más dulces. ¿No es esto bastante para vos? ¿Y no podéis sentiros satisfecho sin llegar a los últimos favores?

TARTUFO: Cuanto menos se merece un bien, menos se atreve uno a esperarlo. Nuestros anhelos se aseguran difícilmente sobre palabras. Se sienten recelos naturales por una suerte llena toda de gloria, y quiere uno gozarla antes de darle crédito. Por mi parte, me creo tan poco merecedor de vuestras bondades, que dudo de la dicha de mis osadías, y no creeré nada hasta que hayáis, señora, sabido convencer mi pasión con realidades.

ELMIRA: ¡Dios mío! ¡Vuestro amor procede como un verdadero tirano! ¡Y en qué extraño desorden

deja a mi espíritu! ¡Qué furioso imperio ejerce sobre los corazones! ¡Con qué violencia exige lo que desea! ¡Cómo! ¿No es posible defenderse de vuestra persecución, y ni siquiera dais tiempo a respirar? ¿Es decoroso mantener tan extremado rigor, querer las cosas que se piden sin cuartel y abusar de este modo, con vuestros apremiantes esfuerzos, del flaco que por vos tiene la gente?

TARTUFO: Mas si veis con mirada benévola mis homenajes, ¿por qué habréis de negarme unas pruebas reales?

ELMIRA: Mas ¿cómo acceder a lo que deseáis sin ofender al Cielo, del que habláis siempre?

TARTUFO: Si es tan sólo el Cielo el que se opone a mis deseos, apartar tal obstáculo es fácil para mí, y esto no debe contener vuestro corazón.

ELMIRA: ¡Mas nos atemorizan tanto con los secretos de la Providencia!

TARTUFO: Puedo desvanecer esos temores ridículos, señora; conozco el arte de acallar los escrúpulos. El Cielo prohíbe, en verdad, ciertos goces; mas se pueden hallar avenencias con él. Conforme a las diversas necesidades, existe la ciencia de ensanchar los lazos de nuestra conciencia y de rectificar la maldad de los actos con la pureza de nuestra intención. Ya se os revelarán, señora, esos secretos; no tenéis más que dejaros guiar; satisfaced mi deseo y no sintáis temor; os respondo de todo y asumo por entero la culpa. *(Elmira tose con más fuerza)* Mucho toséis, señora.

ELMIRA: Sí; estoy en un potro.

TARTUFO: ¿Queréis un trozo de este regaliz?

ELMIRA: Es un catarro tenaz, sin duda; y bien veo que no servirán de nada todos los regalices del mundo.

TARTUFO: Es realmente molesto.

ELMIRA: Sí; más de lo que puede decirse.

TARTUFO: En fin: vuestros escrúpulos son fáciles de disipar. Podéis estar segura del secreto absoluto, y el mal está siempre tan sólo en la resonancia que ocasiona. El escándalo social es el que origina la ofensa, y pecar en silencio no es pecar.

ELMIRA *(después de toser nuevamente y de golpear sobre la mesa)*: En fin: ya veo que hay que decidirse a ceder; que debo consentir en concedéroslo todo; que sin eso no puedo pretender que estéis contento y que queráis rendiros; es, sin duda, enojoso llegar a tal extremo, y con gran pesar mío traspasaré ese límite; mas ya que os obstináis en querer obligarme a ello y deseáis unas pruebas que sean más convincentes, no hay más que decidirse y contentaros. Si este contento lleva en sí algún pecado, tanto peor para quien me fuerza a tal violencia; la culpa, evidentemente, no será mía.

TARTUFO: Sí, señora; yo la asumo, y la cosa en sí…

ELMIRA: Abrid un poco la puerta y ved, os lo ruego, si mi marido no está en esa galería.

TARTUFO: ¿Qué necesidad hay de que os toméis por él ese cuidado? Es un hombre, aquí entre nosotros, al que se lleva como un cordero. Se gloria de todas nuestras pláticas, y le he puesto en trance de verlo todo y de no creer nada.

ELMIRA: No importa. Salid, os lo ruego, un momento, y mirad atentamente ahí afuera por todas partes.

Escena VI

Orgón y Elmira

ORGÓN *(saliendo de debajo de la mesa)*: ¡Vaya un hombre abominable, lo confieso! No puedo convencerme, y todo esto me mata.

ELMIRA: ¡Cómo! ¡Salís tan pronto! Os burláis de la gente. Volved a vuestro sitio; no es tiempo aún; esperad hasta el final para ver cosas ciertas, y no os fiéis de simples conjeturas.

ORGÓN: No; nada peor ha brotado del infierno.

ELMIRA: ¡Dios mío! No se debe creer tan de ligero. Dejaos convencer bien antes de rendiros; no os apresuréis, por temor a engañaros. *(Elmira hace que Orgón se coloque detrás de ella.)*

Escena VII

Tartufo, Elmira y Orgón

TARTUFO *(sin ver a Orgón)*: Todo conspira, señora, en favor de mi dicha. He escudriñado toda esa estancia; no hay nadie en ella, y mi alma extasiada… *(al avanzar Tartufo con los brazos abiertos para abrazar a Elmira, ésta se retira y Tartufo ve a Orgón).*

ORGÓN *(deteniendo a Tartufo)*: ¡Despacio! Os dejáis arrastrar demasiado por vuestra ansia amorosa y no debéis apasionaros tanto. ¡Ah, ah! ¡El hombre de bien quiere engañarme! ¡Cómo se entrega vuestra alma a las tentaciones! ¡Os casáis con mi hija y codiciáis a mi esposa! He dudado largo tiempo que esto fuera cierto, pero no hace falta llevar la prueba más adelante; me atengo a ella, y, por mi parte, me basta.

ELMIRA *(a Tartufo)*: He hecho todo esto contra mi voluntad; pero me han puesto en el trance de trataros así.

TARTUFO *(a Orgón)*: ¡Cómo! ¿Vos creéis…?

ORGÓN: Vamos, menos ruido, os lo ruego… Levantad el campo sin más ceremonias.

TARTUFO: Mi propósito…

ORGÓN: Esos discursos no son ya oportunos; tenéis que salir ahora mismo de esta casa.

TARTUFO: Sois vos el que habréis de salir, vos, que habláis como dueño; la casa me pertenece, lo haré valer y ya os demostraré que en vano se recurre, para buscarme quimera, a estos cobardes subterfugios; no creáis conseguir nada injuriándome; tengo medios de confundir y de castigar la impostura, de vengar al Cielo, a quien se ofende, y de hacer que se arrepientan los que quieren ahora hacerme salir de aquí.

Escena VIII

Elmira y Orgón

ELMIRA: ¿Qué lenguaje es ése? ¿y qué quiere decir?

ORGÓN: Estoy confuso, a fe mía, y no siento ganas de reír.

ELMIRA: ¿Cómo?

ORGÓN: Veo mi culpa en lo que dice, y la donación turba mi espíritu.

ELMIRA: ¡La donación!

ORGÓN: Sí. Es asunto hecho. Mas tengo aún otra cosa que me inquieta.

ELMIRA: ¿Qué?

ORGÓN: Ya lo sabréis todo. Pero veamos cuanto antes si sigue ahí arriba cierta arqueta.

Acto quinto

Escena primera

Orgón y Cleanto

CLEANTO: ¿Adónde queréis correr?

ORGÓN: ¡Ay! ¿Qué se yo?

CLEANTO: Paréceme que debemos empezar por considerar juntos las cosas que pueden hacerse en este caso.

ORGÓN: Esa arqueta me trastorna por completo. Me desespera más que todo lo demás.

CLEANTO: ¿Esa arqueta es, entonces, un misterio importante?

ORGÓN: Es un depósito que Argas, ese amigo a quien compadezco, me confió por sí mismo con gran secreto. Quiso elegirme para ello cuando huyó, y son unos papeles, por lo que me dijo, a los que van unidas su vida y su fortuna.

CLEANTO: ¿Por qué los trasladasteis a otras manos?

ORGÓN: Ello se debió a un caso de conciencia. Fui derechamente a revelárselo a ese traidor, y su razonamiento me persuadió de que era preferible que le diera a guardar esa arqueta, a fin de que, para negar en el caso de cualquier pesquisa, tuviera yo preparada la ayuda de un subterfugio, merced al cual mi conciencia pudiese, con plena seguridad, formular juramentos contra la verdad.

CLEANTO: Mal os veo, a juzgar por las apariencias; la donación y esa confidencia son, hablándoos con arreglo a mi juicio, pasos que habéis dado con ligereza. Pueden llevaros lejos con semejantes prendas; y al tener ese hombre sobre vos estas ventajas, atacarle es también una gran imprudencia en vos; deberíais buscar algún medio más suave.

ORGÓN: ¡Cómo! ¡Ocultar bajo la hermosa apariencia de un fervor tan impresionante un corazón tan falso, un alma tan perversa! Y yo que le acogí, andrajoso y sin nada... Se acabó; renuncio a todos los hombres de bien, hacia los cuales sentiré desde

ahora un horror espantoso; voy a ser para ellos peor que un demonio.

CLEANTO: ¡Vaya, qué arrebatos los vuestros! No tenéis en ningún aprecio a los temperamentos nobles. Con el criterio recto no quiere nada el vuestro, y os lanzáis siempre de un exceso a otro. Veis vuestro error y os convencéis ahora de que estabais seducido por un fervor fingido; mas para corregiros, ¿qué motivo os obliga a caer en otro error más grande y a confundir el corazón de un pérfido bergante con los corazones de toda la gente de bien? ¡Cómo! Porque un bribón os engaña audazmente bajo el pomposo lustre de una expresión austera, ¿queréis que todos los hombres sean como él y que no exista ningún verdadero devoto? Dejad a los libertinos esas necias consecuencias; separad la verdad de sus apariencias; no arriesguéis nunca vuestro aprecio con demasiada premura, y manteneos para eso en el justo medio. Guardaos, si es posible, de honrar a la impostura; mas no vayáis a injuriar al verdadero fervor; y si tenéis que caer en algún extremo, inclinaos más bien de ese otro lado.

Escena II

Orgón, Cleanto y Damis

DAMIS: ¡Cómo! Padre mío, ¿es cierto que un bergante os amenaza, que no hay beneficio que no borre de su corazón, y que su cobarde orgullo, harto signo de enojo, se forja con vuestras bondades unas armas contra vos?

ORGÓN: Sí, hijo mío; y siento un peso sin igual.

DAMIS: Dejadme; voy a cortarle las orejas. No hay que titubear frente a su insolencia; me corresponde a mí libraros de ella de una vez, y, para zanjar el asunto, tengo que acogotarle.

CLEANTO: Eso es hablar justamente como un verdadero joven. Refrenad, si os place, esos impulsos vehementes. Vivimos bajo un reinado y estamos en una época en que se arreglan mal los asuntos con la violencia.

Escena III

Señora Pernelle, Orgón, Elmira, Cleanto, Mariana, Damis y Dorina

SEÑORA PERNELLE: ¿Qué es eso? ¡Acabo de enterarme de terribles misterios!

ORGÓN: Son unas novedades que atestiguan mis ojos, y ya veis el precio con que se pagan mis afanes. Recojo con fervor a un hombre en la miseria; le aposento y le trato como a mi propio hermano; le colmo a diario de beneficios; le doy mi hija y todo mi caudal, y en ese mismo tiempo, el pérfido, el infame, concibe el negro designio de seducir a mi mujer, y no contento aún con tan cobarde intento, se atreve a amenazarme con mis propios beneficios, y quiere, para arruinarme, abusar de las ventajas con que acaban de proveerle mis bondades tan poco sagaces, y arrojarme de mis posesiones, a las que le he traído, ¡reduciéndome al extremo de donde le he sacado!

DORINA: ¡Pobre hombre!

SEÑORA PERNELLE: Hijo mío, no puedo creer en absoluto que haya querido cometer tan negra acción.

ORGÓN: ¿Cómo?

SEÑORA PERNELLE: Las gentes de bien son siempre envidiadas.

ORGÓN: ¿Qué queréis decir, madre, con vuestras palabras?

SEÑORA PERNELLE: Que en vuestra casa se vive de un modo extraño, y que demasiado sabemos el odio que le profesan.

ORGÓN: ¿Qué tiene que ver ese odio con lo que se os relata?

SEÑORA PERNELLE: Ya os he dicho cien veces, cuando erais niño: "La virtud, en el mundo, es siempre perseguida; morirán los envidiosos; pero la envidia, nunca".

ORGÓN: Mas ¿qué relación guarda ese discurso con las cosas actuales?

SEÑORA PERNELLE: Os habrán inventado cien necios cuentos sobre él.

ORGÓN: Os repito que lo he visto todo por mí mismo.

SEÑORA PERNELLE: Es grande la malicia de los espíritus maldicientes.

ORGÓN: Haréis que me condene, madre mía. Os digo que he visto con mis ojos tan osado crimen.

SEÑORA PERNELLE: Las lenguas tienen siempre veneno que soltar, y no hay nada en este mundo que de ello pueda defenderse.

ORGÓN: ¡Eso es decir una cosa sin sentido! Lo he visto, os digo; lo he visto con mis propios ojos, lo que se llama verlo. ¿Tendré que repetirlo cien veces en vuestros oídos y gritar como cuatro?

SEÑORA PERNELLE: ¡Dios mío! Las apariencias engañan la mayoría de las veces; no siempre hay que juzgar por lo que se ve.

ORGÓN: ¡Me sofoco de rabia!

SEÑORA PERNELLE: La naturaleza es propensa a las falsas sospechas, y el bien se interpreta torcidamente a menudo.

ORGÓN: ¿Debo interpretar como un afán piadoso el deseo de abrazar a mi mujer?

SEÑORA PERNELLE: Es preciso tener justos motivos para acusar a las gentes, y deberíais esperar a tener seguridad en las cosas.

ORGÓN: ¡Ah, diantre! ¿Qué medio tengo para asegurarme mejor? ¿Debí entonces, madre mía, esperar a que ante mis ojos la hubiese...? Haréis que diga alguna tontería.

SEÑORA PERNELLE: En fin; se ve su alma abrasada por un fervor demasiado puro; no puedo concebir en absoluto que haya querido intentar las cosas que dicen.

ORGÓN: Vamos; no sé lo que os diría si no fuerais mi madre: ¡tan enojado estoy!

DORINA *(a Orgón)*: Justa compensación, señor, de las cosas del mundo: no queríais creer, y ahora no os creen.

CLEANTO: Perdemos los instantes en puras bagatelas, que habría que emplear en adoptar medidas. No hay que dormirse ante las amenazas del bribón.

DAMIS: ¡Cómo! ¿Llegaría su descaro hasta ese punto?

ELMIRA: No creo, por mi parte, ese caso posible, y su ingratitud es harto clara.

CLEANTO *(a Orgón)*: No os fiéis; dispondrá de ardides para dar un motivo a sus esfuerzos; y, por menos de eso, el peso de una intriga enreda a la gente en un enojoso laberinto. Os lo repito; tal como está preparado, no debierais llevar el asunto hasta ese extremo.

ORGÓN: Es cierto; mas ¿qué hacer? No he podido reprimir mi enojo ante el orgullo de ese felón.

CLEANTO: Yo querría, de todo corazón, que se pudieran restablecer los lazos entre vosotros dos bajo una sombra de paz.

ELMIRA: De haber sabido que él poseía tales armas, no hubiera yo dado lugar a tantas alarmas. Y mis...

ORGÓN *(a Dorina, viendo entrar al señor Leal)*: ¿Qué quiere este hombre? Id pronto a informaros. ¡En buen estado me encuentro para que vengan a verme!

Escena IV

Orgón, Señora Pernelle, Elmira, Mariana, Cleanto, Damis, Dorina y señor Leal

SEÑOR LEAL *(a Dorina, al fondo de la escena)*: Buenos días, mi querida hermana; haced, os lo ruego, que hable con el señor.

DORINA: Tiene visitas, y dudo de que pueda ahora recibir a nadie.

SEÑOR LEAL: No he venido aquí a ser importuno. Mi presentación no tendrá nada, creo yo, que le desagrade. Vengo para algo que le complacerá.

DORINA: ¿Vuestro nombre?

SEÑOR LEAL: Decidle solamente que vengo de parte del señor Tartufo, en relación con sus bienes.

DORINA *(a Orgón)*: Es un hombre que viene, con amables maneras, de parte del señor Tartufo para un asunto que, según dice, os complacerá.

CLEANTO *(a Orgón)*: Debéis ver quién es ese hombre y qué puede querer.

ORGÓN *(a Cleanto)*: Viene, quizá, para reconciliarnos. ¿Qué actitud he de mostrar con él?

Señor Leal *(a Orgón)*: Salud señor. ¡Condene el Cielo a quien quiera ofenderos, y os sea Él tan propicio como yo deseo!

Orgón *(bajo, a Cleanto)*: Este amable principio concuerda con mi opinión y presagia ya algún arreglo.

Señor Leal: Toda vuestra casa ha sido siempre dilecta para mí, y era yo servidor de vuestro padre.

Orgón: Señor, me avergüenza no conoceros ni saber vuestro nombre, y os pido perdón por ello.

Señor Leal: Me llamo Leal, oriundo de Normandía, y soy alguacil de vara, pese a la envidia. Tengo la dicha, hace cuarenta años, y gracias al Cielo, de ejercer este puesto a mucha honra, y vengo, señor, con vuestra venia, a notificaros cierto mandamiento.

Orgón: ¡Cómo! ¿Venís aquí…?

Señor Leal: Sin ninguna pasión, señor. Es tan sólo un requerimiento, una orden de que desalojéis esto, vos y vuestros familiares; de que saquéis vuestros muebles, dejando el sitio para otros, sin demora ni remisión, tal como se requiere.

Orgón: ¿Salir yo de aquí?

Señor Leal: Sí, señor, si ello os place. La casa ahora, como ya sabéis, pertenece, indiscutiblemente, al buen señor Tartufo. Es desde ahora dueño y señor de vuestros bienes, en virtud de un contrato del que soy portador. Está en debida forma, y nada hay que oponer.

Damis *(al Señor Leal)*: Realmente, es grande tal descaro, y me asombra.

Señor Leal *(a Damis)*: Señor, nada tengo que ver con vos *(señalando a Orgón),* sino con el señor; es sensato y afable, y conoce por demás el deber de todo hombre de bien para intentar la menor oposición a la justicia.

Orgón: Pero…

Señor Leal: Sí, señor; ya sé que ni por un millón querríais rebelaros, y que toleraréis, cual honrado ciudadano, que ejecute yo aquí las órdenes de que soy portador.

Damis: Señor alguacil de vara, podríais ganaros un palo sobre vuestro negro guardapiés.

Señor Leal *(a Orgón)*: Haced que vuestro hijo calle o se retire, señor. Sentiría tener que anotarlo y verlo consignado en el acta que debo levantar.

Dorina *(aparte)*: Este señor Leal tiene un aspecto muy desleal.

Señor Leal: Siento mis mayores afectos por las gentes de bien, y no he querido encargarme de la pieza de autos más que para complaceros, por evitar así que eligieran a quienes, no teniendo por vos el celo que me mueve, hubiesen podido actuar de un modo menos suave.

Orgón: ¿Hay algo peor que obligar a la gente a salir de su casa?

Señor Leal: Se os da un plazo, y suspenderé la ejecución del mandato hasta mañana. Vendré tan sólo a pernoctar aquí, con diez de mis hombres, sin escándalo ni ruido. Por mero formulismo, tendrán que traerme, si os place, antes de acostarme, las llaves de vuestra puerta. Pondré buen cuidado en no turbar vuestro reposo y en no tolerar nada que no sea adecuado. Mas mañana, en cuanto apunte el día, habréis de sacar de aquí hasta el menor utensilio; mis hombres os ayudarán, y los he escogido fuertes para que os secunden en la tarea de trasladarlo todo afuera. No se puede proceder con mayor miramiento, creo yo; y como os trato con gran indulgencia, os

emplazo, señor, a comportaros bien y a que nadie me perturbe en mi cometido legal.

ORGÓN *(aparte)*: Daría yo ahora mismo de todo corazón los cien luises más hermosos que me quedan por poder atizar a placer, sobre esos morros, el mayor puñetazo que pueda darse.

CLEANTO *(bajo, a Orgón)*: Dejad, no lo echemos a perder.

DAMIS: Ante esta extraña osadía no puedo apenas contenerme, y se me van las manos.

DORINA: Señor Leal, a fe mía, a una espalda tan buena no le sentarían mal unos cuantos palos.

SEÑOR LEAL: Podrían castigarse esas palabras insolentes, amiga mía, pues también se empapela a las mujeres.

CLEANTO *(al Señor Leal)*: Acabemos todo esto, señor; es ya suficiente. Dadme pronto ese papel, por favor, y largaos.

SEÑOR LEAL: Hasta la vista. ¡Que el Cielo os conserve satisfecho!

ORGÓN: Pueda Él confundiros a ti y al que te manda.

Escena V

Orgón, Señora Pernelle, Elmira, Cleanto, Mariana, Damis y Dorina

ORGÓN: ¿Qué? Ya veis, madre, si tengo razón para quejarme; y podéis juzgar de lo demás por esta hazaña. ¿Os convencéis ahora de sus traiciones?

SEÑORA PERNELLE: ¡Me he quedado pasmada, y caigo de las nubes!

DORINA *(a Orgón)*: Hacéis mal en quejaros y en censurarle; sus piadosos deseos con esto se confirman. Su virtud se consume en el amor al prójimo; sabe que, con frecuencia, los bienes corrompen al hombre,

y quiere, por caridad tan sólo, arrebataros todo cuanto puede oponerse a vuestra salvación.

ORGÓN: Callaos. Es la palabra que hay que deciros siempre.

CLEANTO *(a Orgón)*: Veamos qué consejo podemos daros a elegir.

ELMIRA: Id a hacer estallar la audacia del ingrato. Este comportamiento anula la virtud del contrato, y su deslealtad va a mostrarse harto negra para tolerar que obtenga el éxito esperado.

Escena VI

Valerio, Orgón, Señora Pernelle, Elmira, Cleanto, Mariana, Damis y Dorina

VALERIO: Lamento, señor, venir a apenaros; mas me veo obligado a ello por un peligro urgente. Un amigo, unido a mí por muy tierna amistad y que sabe el interés que me merecéis, ha violado por mí, con una gestión delicada, el secreto debido a un asunto de Estado, y acaba de enviarme un aviso cuyas resultas os obligan a una huida repentina. El bribón que durante largo tiempo ha podido embaucaros hace una hora ha sabido acusaros ante el soberano, poniendo en sus manos, con uno de los dardos que os arroja, la importante arqueta de un reo del Estado, cuyo secreto culpable habéis guardado, con desprecio, según dice, del deber de todo súbdito. Ignoro los detalles del delito que os atribuyen; mas se ha dado una orden contra vuestra persona; y él mismo está encargado, para su mejor ejecución, de acompañar al que debe deteneros.

CLEANTO: Ya están asegurados sus derechos, y con eso pretende el traidor adueñarse de vuestros bienes, que codicia.

ORGÓN: ¡El hombre, os lo confieso, es un animal perverso!
VALERIO: La menor dilación puede seros fatal. Tengo, para llevaros, mi carroza a la puerta, con mil luises que aquí os traigo. No perdamos el tiempo: el ataque ha de ser fulminante; y es uno de esos golpes que hay que parar huyendo. Me brindo a conduciros a un lugar seguro, y quiero acompañaros hasta el final de vuestra fuga.
ORGÓN: ¡Ay! ¡Qué no deberé a vuestros cuidados solícitos! Para agradecéroslo habrá que esperar a otro momento; y pido al Cielo que me sea lo bastante propicio para agradecer algún día este generoso servicio. Adiós; cuidad vosotros de...
CLEANTO: Marchad pronto; procuraremos, hermano mío, hacer lo necesario.

Escena VII

Tartufo, Un Exento, Señora Pernelle, Orgón, Elmira, Cleanto, Mariana, Valerio, Damis y Dorina

TARTUFO *(deteniendo a Orgón)*: Despacio, señor, despacio; no corráis tanto: no llegaréis muy lejos para encontrar albergue; daos preso en nombre del rey.
ORGÓN: ¡Traidor! Me reservas este último dardo; es el golpe, bandido, con que acabas de perderme; así rematas tus perfidias.
TARTUFO: Vuestras injurias no me irritarán; he aprendido a sufrir todo por el Cielo.
CLEANTO: Confieso que es grande vuestra moderación.
DAMIS: ¡Cómo se burla, imprudente, este infame, del Cielo!
TARTUFO: Todos vuestros arrebatos no lograrán conmoverme. Pienso únicamente en cumplir mi deber.
MARIANA: Gran gloria obtendréis con ello, y es un cargo muy honroso para vos.

TARTUFO: Un cargo tiene forzosamente que ser honroso cuando proviene del poder que aquí me envía.
ORGÓN: ¿Y no has recordado, ingrato, que mi mano caritativa te sacó de un estado miserable?
TARTUFO: Sí; ya sé las ayudas que me ha prestado; mas el interés del monarca es el primero de mis deberes. La justa violencia de este deber sagrado ahoga en mi corazón todo agradecimiento, y yo sacrificaría a tan potentes lazos amigo, esposa, padres y a mí mismo con ellos.
ELMIRA: ¡Impostor!
DORINA: ¡Cómo sabe, con traidora actitud, utilizar, cual un hermoso manto, todo cuanto se venera!
CLEANTO: Mas, si es tan perfecto como afirmáis ese celo que os impulsa y con el que os adornáis, ¿a qué se debe que para practicarlo se os ocurra esperar a que os sorprenda persiguiendo a su esposa, y penséis en ir a denunciarle sólo cuando su honor le obliga a echaros? No me refiero, para disuadiros de vuestra mala acción, a la donación de toda su fortuna que acaba de haceros; mas si le queréis tachar hoy de culpable, ¿por qué consentíais ayer en aceptar nada de él?
TARTUFO *(al Exento)*: Libradme, señor, de esta algarabía; y dignaos cumplir vuestra orden, os lo ruego.
EL EXENTO: Sí; es ya harto demorar, sin duda, su cumplimiento; vuestra boca me invita oportunamente a ello; y para realizarlo, seguidme ahora mismo a la prisión que van a daros por morada.
TARTUFO: ¿A quién? ¿A mí, señor?
EL EXENTO: Sí, a vos.
TARTUFO: ¿Y por qué la prisión?
EL EXENTO: No es a vos a quien quiero explicarlo. *(A Orgón)*. Tranquilizaos, señor, de tan viva inquietud.

Vivimos bajo el signo de un monarca enemigo del fraude, de un príncipe cuyos ojos traspasan los corazones, y al que no puede engañar todo el arte de los impostores. Su alma elevada posee un sagaz discernimiento y observa siempre las cosas con una recta mirada: nada hay que tenga a ella un acceso demasiado fácil, y su firme razón no cae nunca en ninguna demasía. Concede a las gentes de bien una gloria inmortal; mas hace brillar tal celo sin ofuscamiento, y el amor hacia los veraces no cierra su corazón a todo el horror que deben producir los falsos. Éste no era capaz de sorprenderle, ya que a él se le ve defenderse de más hábiles celadas. Penetró prontamente con sus sagaces luces todas las felonías ocultas en ese corazón. Al venir a acusaros, él mismo se ha traicionado, y por un justo acto de la equidad suprema se ha revelado al príncipe como un bellaco famoso, al que conocía ya mi señor bajo otro nombre; tiene una larga lista de negras acciones, que podían formar varios volúmenes de fechorías. Ese monarca, en una palabra, ha detestado su cobarde ingratitud y su deslealtad para con vos; ha añadido esta serie a sus otras de horrores, y me ha encargado que le acompañe aquí tan solo para ver cómo llegaba hasta el final en su desfachatez y para compensaros de todo por él mismo. Sí; quiere que despoje yo al traidor de todos vuestros documentos, de los que se dice dueño. Con soberano poder rompe los lazos del contrato en que le hacíais donación de todos vuestros bienes, y os perdona, finalmente, esa ofensa secreta en que os hizo incurrir la huida de un amigo; y ésta es la recompensa que otorga mi

señor al celo que manifestasteis antaño en apoyo de sus derechos, para demostrar que su corazón sabe, cuando menos se piensa, otorgar el premio a una buena acción, que con él no pierde nunca nada el mérito y que más que del mal se acuerda siempre del bien.

DORINA: ¡Alabado sea el Cielo!

SEÑORA PERNELLE: ¡Ahora respiro!

ELMIRA: ¡Favorable final!

MARIANA: ¿Quién se hubiera atrevido a pensarlo?

ORGÓN *(a Tartufo, a quien se lleva El Exento)*: ¡Ea, traidor!

Escena VIII

Señora Pernelle, Orgón, Elmira, Mariana, Cleanto, Valerio, Damis y Dorina

CLEANTO: ¡Ah, deteneos, hermano! No os rebajéis a una indignidad. Abandonad a ese miserable a su mala suerte y no aumentéis el remordimiento que le abruma. Desead más bien que su corazón, en este día, vuelva felizmente al seno de la virtud; que enmiende su vida aborreciendo su vicio y pueda atenuar la justicia del gran rey, en tanto que vos iréis a caer de rodillas ante su clemencia para agradecer lo que reclama tan afectuoso trato.

ORGÓN: Sí, decís bien. Vayamos a sus plantas, gozosos, a alabar las bondades que su corazón nos concede; y luego, libres ya de ese deber primordial, habremos de cumplir otro, premiando en Valerio con un dulce himeneo la pasión de un amante generoso y sincero.

Fin de *Tartufo o El impostor*

El avaro

Personajes

Harpagón, padre de Cleanto
y de Elisa y enamorado de Mariana ..... Molière

Cleanto, hijo de Harpagón,
amante de Mariana ..... La Grange

Elisa, hija de Harpagón,
amante de Valerio ..... Señorita Molière

Valerio, hijo de Anselmo
y amante de Elisa ..... Du Croisy

Mariana, amante de Cleanto
y amada por Harpagón ..... Señorita De Brie

Anselmo, padre de Valerio
y de Mariana ..... Sin nombre

Frosina, mujer intrigante ..... Magdalena Béjart

Maese Simón, corredor ..... Sin nombre

Maese Santiago, cocinero
y cochero de Harpagón ..... Hubert

Flecha, criado de Cleanto ..... Béjart, el menor

Doña Claudia, sirvienta de Harpagón ..... Sin nombre

Miajavena, lacayo de Harpagón ..... Sin nombre

Merluza, lacayo de Harpagón ..... Sin nombre

El Comisario y su Escribiente ..... Sin nombre

La escena, en París, en casa de Harpagón

Acto primero

Escena primera

Valerio y Elisa

VALERIO: ¡Cómo, encantadora Elisa, os sentís melancólica después de las amables seguridades que habéis tenido la bondad de darme sobre vuestra felicidad! Os veo suspirar, ¡ay!, en medio de mi alegría. ¿Es que acaso lamentáis, decidme, haberme hecho dichoso? ¿Y os arrepentís de esta promesa, a la que mi pasión ha podido obligaros?

ELISA: No, Valerio; no puedo arrepentirme de todo cuanto hago por vos. Me siento movida a ello por un poder demasiado dulce, y no tengo siquiera fuerza para desear que las cosas no sucedieran así. Mas, a deciros verdad, el buen fin me causa inquietud, y temo grandemente amaros algo más de lo que debiera.

VALERIO: ¡Eh! ¿Qué podéis temer, Elisa, de las bondades que habéis tenido conmigo?

ELISA: ¡Ah! Cien cosas a la vez; el arrebato de un padre, los reproches de una familia, las censuras del mundo; pero más que nada, Valerio, la mudanza de vuestro corazón y esa frialdad criminal con la que los de vuestro sexo pagan las más de las veces los testimonios demasiado ardientes de un amor inocente.

VALERIO: ¡Ah, no me hagáis el agravio de juzgarme por los demás! Creedme capaz de todo, Elisa, menos de faltar a lo que os debo. Os amo en demasía para eso, y mi amor por vos durará tanto como mi vida.

ELISA: ¡Ah, Valerio! ¡Todos dicen lo mismo! Todos los hombres son semejantes por sus palabras; y son tan sólo sus acciones las que los muestran diferentes.

VALERIO: Puesto que únicamente las acciones revelan lo que somos, esperad entonces, al menos, a juzgar de mi corazón por ellas, y no queráis buscar crímenes en los injustos temores de una enojosa previsión. No me asesinéis, os lo ruego, con las sensibles acometidas de una sospecha ultrajante, y dadme tiempo para convenceros, con mil y mil pruebas, de la honradez de mi pasión.

ELISA: ¡Ay! ¡Con qué facilidad se deja una persuadir por las personas a quienes ama! Sí, Valerio; juzgo a vuestro corazón incapaz de engañarme. Creo que me amáis con verdadero amor y que me seréis fiel; no quiero dudar de ello en modo alguno, y limito mi pesar al temor de las censuras que puedan hacerme.

VALERIO: Mas ¿por qué esa inquietud?

ELISA: No tendría nada que temer si todo el mundo os viera con los ojos con que os miro; y encuentro en

vuestra persona motivos para hacer las cosas que por vos hago. Mi corazón tiene en su defensa todo vuestro mérito, fortalecido por la gratitud a que el Cielo me empeña con vos. Me represento en todo momento ese peligro extraño que comenzó por enfrentarnos a nuestras mutuas miradas; esa generosidad sorprendente que os hizo arriesgar la vida para salvar la mía del furor de las ondas; esos tiernos cuidados que me prodigasteis después de haberme sacado del agua, y los homenajes asiduos de este ardiente amor que ni el tiempo ni las dificultades han entibiado y que, haciéndoos olvidar padres y patria, detiene vuestros pasos en estos lugares, mantiene aquí, en favor mío, vuestra fortuna encubierta, y os obliga, para verme, a ocupar el puesto de criado de mi padre. Todo esto produce en mí, sin duda, un efecto maravilloso, y ello basta a mis ojos para justificar la promesa a que he consentido; mas no es suficiente, tal vez, para justificarla ante los demás, y no estoy segura de que no intervengan en mis sentimientos.

VALERIO: De todo cuanto habéis dicho, tan sólo por mi amor pretendo, con vos, merecer algo; y en cuanto a los escrúpulos que sentís, vuestro propio padre os justifica sobradamente ante todo el mundo; su excesiva avaricia y el modo austero de vivir con sus hijos podrían autorizar cosas más extrañas. Perdonadme, encantadora Elisa, si hablo así ante vos. Ya sabéis que a ese respecto no se puede decir nada bueno. Mas, en fin, si puedo, como espero, encontrar a mis padres, no nos costará mucho trabajo hacérnosle propicio. Espero, y yo mismo iré a buscarlos si tardan en llegar.

ELISA: ¡Ah Valerio! No os mováis de aquí, os lo ruego, y pensad tan sólo en situaros favorablemente en el ánimo de mi padre.

VALERIO: Ya veis cómo me las compongo y las hábiles complacencias que he debido emplear para introducirme en su servidumbre; bajo qué máscara de simpatía y de sentimientos adecuados me disfrazo para agradarle, y qué personaje represento a diario con él a fin de lograr su afecto. Hago en ello progresos admirables, y veo que, para conquistar a los hombres, no hay mejor camino que adornarse, a sus ojos, con sus inclinaciones, convenir en sus máximas, ensalzar sus defectos y aplaudir cuanto hacen. Por mucho que se exagere la complacencia y por visible que sea la manera de engañarlos, los más ladinos son grandes incautos ante el halago, y no hay nada tan impertinente y tan ridículo que no se haga tragar cuando se lo sazona con alabanzas. La sinceridad padece un poco con el oficio que realizo; mas cuando necesita uno a los hombres, hay que adaptarse a ellos, y ya que no puede conquistárselos más que por ese medio, no es culpa de los que adulan, sino de los que quieren ser adulados.

ELISA: Mas ¿por qué intentáis conseguir también el apoyo de mi hermano, en caso de que a la sirvienta se le ocurriera revelar nuestro secreto?

VALERIO: No se puede contentar a uno y a otro; y el espíritu del padre y del hijo son tan opuestos, que es difícil concertar esas dos confianzas. Mas vos, por vuestra parte, influid sobre vuestro hermano y servíos de la amistad que hay entre vosotros dos para ponerle de nuestra parte. Aquí viene. Me retiro. Emplead este tiempo en hablarle, y no le reveléis de nuestro negocio sino lo que os parezca oportuno.

ELISA: No sé si tendré fuerzas para hacerle esa confesión.

Escena II

Cleanto y Elisa

CLEANTO: Me complace mucho encontraros sola, hermana mía, y ardía en deseos de hablaros para descubriros un secreto.

ELISA: Heme dispuesta a escucharos, hermano. ¿Qué tenéis que decirme?

CLEANTO: Muchas cosas, hermana mía, envueltas en una palabra: amo.

ELISA: ¿Amáis?

CLEANTO: Sí, amo. Mas, antes de seguir, ya sé que dependo de un padre y que el nombre de hijo me somete a sus voluntades; que no debemos empeñar nuestra palabra sin el consentimiento de los que nos dieron la vida; que el Cielo les ha hecho dueños de nuestros deseos, y que nos está ordenado no disponer de ellos sino por su gobierno; que, al no hallarse influidos por ningún loco ardor, están en disposición de errar bastante menos que nosotros y de ver mucho mejor lo que nos conviene; que debe prestarse más crédito a las luces de su prudencia que a la ceguera de nuestra pasión, y que el arrebato de la juventud nos arrastra, con frecuencia, a enojosos precipicios. Os digo todo esto, hermana mía, para que no os toméis el trabajo de decírmelo, ya que, en fin, mi amor no quiere oír nada, y os ruego que no me reprendáis.

ELISA: ¿Os habéis comprometido, hermano mío, con la que amáis?

CLEANTO: No; mas estoy decidido a hacerlo, y os emplazo, una vez más, a que no aleguéis razones para disuadirme de ello.

ELISA: ¿Soy, hermano, una persona tan rara?

CLEANTO: No, hermana mía; mas no amáis. Desconocéis la dulce violencia que ejerce un tierno amor sobre nuestros corazones, y temo a vuestra cordura.

ELISA: ¡Ah hermano mío! No hablemos de mi cordura; no hay nadie que no la tenga, por lo menos, una vez en su vida; y si os abro mi corazón, quizá sea a vuestros ojos mucho menos cuerda que vos.

CLEANTO: ¡Ah! Pluguiese al Cielo que vuestra alma, como la mía…

ELISA: Terminemos antes vuestro negocio y decidme quién es la que amáis.

CLEANTO: Una joven que habita desde hace poco en estos arrabales, y que parece haber sido creada para enamorar a todos cuantos la ven. La naturaleza, hermana mía, no ha hecho nada más adorable, y me sentí embelesado desde el momento en que la vi. Llámase Mariana y vive bajo el gobierno de una buena madre, que está casi siempre enferma y por quien esta amable joven experimenta unos sentimientos de cariño inimaginables. La sirve, la compadece y la consuela con una ternura que conmovería vuestra alma. Se dedica con el aire más encantador del mundo a las cosas que hace, y se ven brillar mil gracias en todas sus acciones, una dulzura llena de hechizos, una bondad muy atrayente, una honestidad adorable, una… ¡Ah hermana mía, quisiera que la hubierais visto!

ELISA: Mucho veo ya, hermano mío, en las cosas que me decís; y para comprender lo que es, me basta con que la améis.

CLEANTO: He descubierto secretamente que no están en muy buena posición, y que a su discreta manera de vivir le es difícil atender a todas las necesidades con el peculio que puedan tener. Figuraos, hermana mía, la dicha que puede existir en rehacer la fortuna del ser amado, en aportar hábilmente algún pequeño socorro a las modestas necesidades de una virtuosa familia, e imaginad el disgusto que para mí representa ver que, por la avaricia de un padre, estoy en la imposibilidad de gozar esa dicha y de dar a esta beldad alguna prueba de mi amor.

ELISA: Sí; me imagino con bastante claridad cuál debe ser vuestro pesar.

CLEANTO: ¡Ah, hermana mía! Es mayor de lo que pudiera creerse, ya que…, en fin, ¿cabe nada más cruel que ese riguroso ahorro que se realiza a costa nuestra, que esta extraña sequedad en que se nos hace languidecer? ¡Eh! ¿De qué nos servirá tener un caudal si no ha de llegar a nosotros hasta la época en que no estemos ya en edad de gozar de él, y si hasta para mantenerme tengo ahora que entramparme por todos lados, si me veo obligado, lo mismo que vos, a recurrir diariamente a los mercaderes para poder llevar unas ropas decentes? En fin, he querido hablaros para que me ayudéis a sondear a mi padre sobre estos sentimientos que me embargan, y si le encuentro opuesto a ellos, he decidido marchar a otros lugares con esa amable persona a gozar de la suerte que el Cielo quiera ofrecernos. Y con tal propósito hago buscar por

todas partes dinero a préstamo; y si vuestros negocios, hermana mía, son parecidos a los míos y ha de oponerse nuestro padre a nuestros deseos, le abandonaremos ambos sin dilación y nos libertaremos de esta tiranía en que nos tiene desde hace tanto tiempo su avaricia insoportable.

ELISA: Verdad es que todos los días nos da más y más motivos para deplorar la muerte de nuestra madre, y que...

CLEANTO: Oigo su voz; alejémonos un poco para terminar nuestra confidencia, y uniremos después nuestras fuerzas para venir a atacar la crueldad de su ánimo.

Escena III

Harpagón y Flecha

HARPAGÓN: ¡Fuera de aquí al momento y que no se me replique! Vamos, toma el pendingue de mi casa, gran maese fullero, verdadera carne de horca.

FLECHA *(aparte)*: No he visto nunca nada tan perverso como este maldito viejo; y creo, con perdón, que tiene el demonio en el cuerpo.

HARPAGÓN: ¿Refunfuñas entre dientes?

FLECHA: ¿Por qué me echáis?

HARPAGÓN: ¿Vas a pedirme explicaciones tú, so bigardo? Sal de prisa, antes de que te acogote.

FLECHA: ¿Qué os he hecho?

HARPAGÓN: Pues me has hecho... desear que te marches.

FLECHA: Mi amo, vuestro hijo me ha ordenado esperarle.

HARPAGÓN: Vete a esperarle a la calle y no permanezcas en mi casa, plantado como un poste, observando lo que pasa y aprovechándote de todo. No quiero tener delante sin cesar un espía de mis negocios,

un traidor cuyos condenados ojos asedian todos mis actos, devoran lo que poseo y huronean por todos lados para ver si hay algo que robar.

FLECHA: ¿Cómo diantre queréis que se las componga para robaros? ¿Se puede robar a un hombre que lo tiene todo encerrado y que está de centinela día y noche?

HARPAGÓN: Quiero encerrar lo que se me antoja y estar de centinela como me plazca. ¿No hay soplones que se preocupan de lo que uno hace? *(bajo, aparte)* Tiemblo por si habrá sospechado algo de mi dinero. (*Alto*) ¿No eres tú de esos hombres que corren el rumor de que tengo dinero en mi casa?

FLECHA: ¿Tenéis dinero escondido?

HARPAGÓN: No, pillo, no; no digo eso. *(Aparte)* ¡Me sofoca la rabia. *(En voz alta)* Pregunto si no vas por ahí haciendo correr maliciosamente el rumor de que lo tengo.

FLECHA: ¡Eh! ¿Qué nos importa que lo tengáis o que no lo tengáis, si para nosotros es lo mismo?

HARPAGÓN *(levantando la mano para dar un bofetón a Flecha)*: ¡Te las echas de razonador! Ya te daré yo razonamiento en las orejas. Sal de aquí, repito.

FLECHA: ¡Bueno! Me marcharé.

HARPAGÓN: Espera. ¿No te llevas nada?

FLECHA: ¿Qué voy a llevarme?

HARPAGÓN: Anda, ven aquí que lo vea. Enséñame las manos.

FLECHA: Aquí están.

HARPAGÓN: Las otras.

FLECHA: ¿Las otras?

HARPAGÓN: Sí.

FLECHA: Aquí están.

HARPAGÓN *(señalando las calzas de Flecha)*: ¿No has metido nada ahí dentro?

FLECHA: Vedlo vos mismo.

HARPAGÓN *(palpando las calzas de Flecha)*: Estas anchas calzas son apropiadas para convertirse en ocultadoras de las cosas robadas, y quisiera yo que hubieran ahorcado a alguien por eso.

FLECHA *(aparte)*: ¡Ah, cómo se merecería un hombre así lo que teme! ¡Y qué gozo tendría yo en robarle!

HARPAGÓN: ¿Eh?

FLECHA: ¿Cómo?

HARPAGÓN: ¿Qué hablas de robar?

FLECHA: Os decía que registraseis bien por atodas partes para ver si os he robado.

HARPAGÓN: Eso es lo que quiero hacer. *(Harpagón registra los bolsillos de Flecha)*

FLECHA *(aparte)*: ¡Mal haya la avaricia y los avarientos!

HARPAGÓN: ¿Cómo? ¿Qué dices?

FLECHA: ¿Qué digo?

HARPAGÓN: Sí. ¿Qué dices de avaricia y de avarientos?

FLECHA: Digo que mal haya la avaricia y los avarientos.

HARPAGÓN: ¿A quién te refieres?

FLECHA: A los avarientos.

HARPAGÓN: ¿Y quiénes son esos avarientos?

FLECHA: Unos ruines y unos miserables.

HARPAGÓN: Mas ¿a quién te refieres?

FLECHA: ¿Por que os preocupáis de ellos?

HARPAGÓN: Me preocupo de lo que debo.

FLECHA: ¿Creéis, acaso, que me refiero a vos?

HARPAGÓN: Creo lo que creo; mas quiero que me digas a quién hablas al decir eso.

FLECHA: Pues hablo… hablo para mi capote.

HARPAGÓN: Y yo podría hablar para tu gorro.

FLECHA: ¿Vais a impedir que maldiga a los avarientos?

HARPAGÓN: No; mas te impediré cotorrear y ser insolente. Cállate.

FLECHA: Yo no nombro a nadie.

HARPAGÓN: Te apalearé si hablas.

FLECHA: A quien le pique, que se rasque.

HARPAGÓN: ¿Te callarás?

FLECHA: Sí, aunque me pese.

HARPAGÓN: ¡Ja, ja!

FLECHA *(mostrando a Harpagón uno de los bolsillos de su ropa)*: Mirad: aquí hay otro bolsillo. ¿Estáis satisfecho?

HARPAGÓN: Vamos, devuélvemelo sin registrarte.

FLECHA: ¿El qué?

HARPAGÓN: Lo que me has quitado.

FLECHA: Yo no os he quitado nada absolutamente.

HARPAGÓN: ¿De veras?

FLECHA: De veras.

HARPAGÓN: Adiós. Vete al diablo.

FLECHA *(aparte)*: Buena despedida.

HARPAGÓN: ¡A tu conciencia lo dejo cuando menos!

Escena IV

Harpagón *(solo)*

HARPAGÓN: Este bigardo de criado me molesta mucho; no me gusta nada ver a este condenado cojitranco. En verdad, no es poco trabajo el de guardar en casa una gran suma de dinero, y bienaventurados aquellos que tienen su caudal bien colocado ¡y no conservan más que lo necesario para su gasto! Bastante trastorno es este de tener que inventar, en toda una casa, un escondite fiel; pues, por mi

parte, las cajas fuertes me resultan sospechosas, y no quiero nunca fiarme de ellas. Me parece realmente un claro cebo para los ladrones, y es siempre lo primero que éstos van a atacar.

Escena V

Harpagón, Elisa y Cleanto *(hablando juntos permanecen en el fondo de la escena)*

HARPAGÓN *(creyéndose solo)*: Sin embargo, no sé si habré hecho bien enterrando en mi jardín los diez mil escudos que me devolvieron ayer. Diez mil escudos en oro en casa de uno son una suma bastante... *(Aparte, al ver a Elisa y a Cleanto)* ¡Oh cielos! ¿Me habré traicionado a mí mismo? ¡Arrebatado por el furor, creo que he hablado en voz alta al razonar a solas! *(a Cleanto y a Elisa)* ¿Qué pasa?

CLEANTO: Nada, padre.

HARPAGÓN: ¿Hace mucho que estáis ahí?

ELISA: Acabamos de llegar.

HARPAGÓN: ¿Habéis oído...?

CLEANTO: ¿El qué, padre mío?

HARPAGÓN: Eso...

ELISA: ¿Qué?

HARPAGÓN: Lo que acabo de decir.

CLEANTO: No.

HARPAGÓN: Sí tal.

ELISA: Perdonadme

HARPAGÓN: Ya veo que habéis oído algunas palabras. Es que pensaba, en mi interior, lo difícil que es hoy día encontrar dinero, y decía que dichoso el que puede tener diez mil escudos en su casa.

CLEANTO: Vacilábamos en abordaros, temiendo interrumpiros.

HARPAGÓN: Me satisface deciros esto, para que no vayáis a tomar las cosas al revés y a imaginaros que decía yo que tengo diez mil escudos.

CLEANTO: No nos metemos en vuestros negocios.

HARPAGÓN: ¡Pluguiera al Cielo que tuviese yo esos diez mil escudos!

CLEANTO: No creo.

HARPAGÓN: Sería un buen negocio para mí...

ELISA: Son cosas...

HARPAGÓN: Buena falta me harían.

CLEANTO: Yo creo que...

HARPAGÓN: Eso me arreglaría, en verdad.

ELISA: Sois...

HARPAGÓN: Y no me quejaría, como ahora, de que los tiempos son míseros.

CLEANTO: ¡Dios mío! ¡Padre, no tenéis motivo para quejaros, y ya se sabe que poseéis bastante caudal!

HARPAGÓN: ¡Cómo! ¿Que tengo bastante caudal? Quienes lo digan mienten. No hay nada más falso, y son unos bribones los que hacen correr todos esos rumores.

ELISA: No os encolericéis.

HARPAGÓN: Es singular que mis propios hijos me traicionen y se conviertan en enemigos míos.

CLEANTO: ¿Es ser enemigo vuestro el decir que tenéis caudal?

HARPAGÓN: Sí. Tales discursos y los gastos que hacéis serán la causa de que uno de estos días vengan a mi casa a cortarme el cuello, con la idea de que estoy forrado de doblones.

CLEANTO: ¿Qué gran gasto hago yo?

HARPAGÓN: ¿Cuál? ¿Hay nada más escandaloso que ese suntuoso boato que paseáis por la ciudad? Reñía ayer a vuestra hermana; mas hay algo peor. Esto sí que clama al Cielo; y si se os despojase desde los pies a la cabeza, habría con ello para constituir una buena renta. Ya os he dicho veinte veces, hijo mío, que todas vuestras maneras me desagradan grandemente; sentís una afición desmedida a echároslas de marqués, y para ir vestido así, preciso es que me robéis.

CLEANTO: ¡Eh! ¿Y cómo robaros?

HARPAGÓN: ¡Y qué sé yo! ¿De dónde sacáis para sostener el vestuario que lleváis?

CLEANTO: ¿Yo, padre mío? Es que juego, y, como soy muy afortunado, gasto en mí todo el dinero que gano.

HARPAGÓN: Muy mal hecho. Si sois afortunado en el juego, deberíais sacar provecho de ello y colocar a un interés decente el dinero que ganáis, a fin de encontrároslo algún día. Quisiera yo saber, para no referirme a los demás, de qué sirven todas esas cintas con que vais cubierto de pies a cabeza y si media docena de agujetas no bastan para sostener unas calzas. ¿Es muy necesario gastar dinero en pelucas cuando pueden llevarse cabellos propios, que no cuestan nada? Apostaría a que en pelucas y cintas, hay, por lo menos, veinte pistolas, y veinte pistolas rentan al año dieciocho libras, seis sueldos y ocho denarios con sólo colocarlas al doce por ciento.

CLEANTO: Tenéis razón.

HARPAGÓN: Dejemos eso y hablemos de otra cosa. *(Sorprendiendo a Cleanto y a Elisa, que se hacen señas)* ¡Eh! *(bajo, aparte)* Me parece que se hacen señas

uno a otro para robarme mi bolsa. *(Alto)* ¿Qué quieren decir esos gestos?

ELISA: Dudamos mi hermano y yo en quién hablará primero; los dos tenemos algo que deciros.

HARPAGÓN: Yo también tengo que deciros algo a los dos.

CLEANTO: Deseamos hablaros de matrimonio, padre.

HARPAGÓN: Y yo también quiero hablaros de matrimonio.

ELISA: ¡Ah, padre mío!

HARPAGÓN: ¿Por qué es ese grito? ¿Es la palabra o la cosa lo que os atemoriza, hija mía?

CLEANTO: El matrimonio puede atemorizarnos a los dos, de la manera que podéis entenderlo, y tememos que nuestros sentimientos no estén de acuerdo con vuestra elección.

HARPAGÓN: Un poco de paciencia; no os alarméis. Sé lo que os es necesario a los dos, y no tendréis, ni uno ni otra, motivo de queja con lo que pretendo hacer; y para empezar por este lado *(a Cleanto)* ¿habéis visto, decidme, a una joven llamada Mariana, que habita no lejos de aquí?

CLEANTO: Sí, padre mío.

HARPAGÓN: ¿Y vos?

ELISA: He oído hablar de ella.

HARPAGÓN: ¿Cómo encontráis a esa joven, hijo mío?

CLEANTO: La encuentro encantadora.

HARPAGÓN: ¿Y su fisonomía?

CLEANTO: Muy honesta y llena de talento.

HARPAGÓN: ¿Su aspecto y sus maneras?

CLEANTO: Admirables, sin duda.

HARPAGÓN: ¿No creéis que una joven así merecería que se pensase en ella?

CLEANTO: Sí, padre mío.

HARPAGÓN: ¿Y que sería un partido deseable?

CLEANTO: Muy deseable.
HARPAGÓN: ¿Que tiene aspecto de ser una buena esposa?
CLEANTO: Sin duda.
HARPAGÓN: ¿Y que se hallaría satisfecho con ella un marido?
CLEANTO: Seguramente.
HARPAGÓN: Hay una pequeña dificultad, y es que tengo miedo de que no se consiga con ella todo el caudal que podría pretenderse.
CLEANTO: ¡Ah, padre mío! ¡No debe considerarse el caudal cuando se trata de casarse con una persona honrada!
HARPAGÓN: Perdonadme, perdonadme. Mas lo que hay que decir es que si no se encuentra con ella todo el caudal que se desea, puede uno intentar resarcirse en otra cosa.
CLEANTO: Se comprende.
HARPAGÓN: En fin, me satisface ver que compartís mi opinión, pues su honesta apostura y su bondad han conquistado mi alma, y estoy resuelto a casarme con ella, con tal de que posea algún caudal.
CLEANTO: ¿Eh?
HARPAGÓN: ¿Cómo?
CLEANTO: ¿Estáis resuelto, decís, a...?
HARPAGÓN: A casarme con Mariana.
CLEANTO: ¿Quién? ¿Vos, vos?
HARPAGÓN: ¡Sí, yo, yo, yo! ¿Qué quiere decir esto?
CLEANTO: Me acomete de pronto un vahído, y me retiro de aquí.
HARPAGÓN: No será nada; id pronto a beber un vaso de agua clara a la cocina.

Escena VI

Harpagón y Elisa

HARPAGÓN: Ved estos donceles alfeñiques, que tienen el vigor de unas gallinas. Esto es lo que he resuelto, hija mía, por mi parte. Respecto a tu hermano, le destino cierta viuda de la que han venido a hablarme esta mañana, y en cuanto a ti, te destino al señor Anselmo.
ELISA: ¿Al señor Anselmo?
HARPAGÓN: Sí; un hombre maduro, cuerdo y prudente, que no tiene más de cincuenta años y cuyo caudal es muy alabado.
ELISA *(haciendo una reverencia)*: No quiero casarme, padre mío, si os place.
HARPAGÓN *(imitando a Elisa)*: Y yo, hijita mía querida, quiero que os caséis, si os place.
ELISA *(haciendo una reverencia)*: Os pido perdón, padre mío.
HARPAGÓN *(imitando a Elisa)*: Os pido perdón, hija mía.
ELISA: Soy la humildísima servidora del señor Anselmo pero *(haciendo otra reverencia)* con vuestro permiso, no me casaré con él.
HARPAGÓN: Soy vuestro humildísimo servidor, pero *(imitando a Elisa)* os casaréis con él esta noche.
ELISA: ¿Esta noche?
HARPAGÓN: Esta noche.
ELISA *(haciendo otra reverencia)*: No sucederá tal, padre mío.
HARPAGÓN *(imitando a Elisa)*: Sí sucederá tal, hija mía.
ELISA: No.
HARPAGÓN: Sí.
ELISA: Os digo que no.
HARPAGÓN: Os digo que sí.
ELISA: Es una cosa a la que no me obligaréis.

HARPAGÓN: Es una cosa a la que te obligaré.
ELISA: Me mataré antes que casarme con semejante marido.
HARPAGÓN: No te matarás y será tu marido. ¡Qué osadía! ¿Se ha visto nunca a una hija hablar así a su padre?
ELISA: ¿Y se ha visto nunca a un padre casar así a su hija?
HARPAGÓN: Es un partido del que no hay nada que decir, y apuesto a que todo el mundo aprobará mi elección.
ELISA: Y yo apuesto a que no puede aprobarlo ninguna persona razonable.
HARPAGÓN *(viendo a Valerio, desde lejos)*: Aquí está Valerio. ¿Quieres que le hagamos juez de este negocio?
ELISA: Accedo a ello.
HARPAGÓN: ¿Te atendrás a su juicio?
ELISA: Sí; pasaré por lo que él diga.
HARPAGÓN: Pues hecho.

Escena VII

Valerio, Harpagón y Elisa

HARPAGÓN: Ven aquí, Valerio. Te hemos elegido para que nos digas quién tiene razón, si mi hija o yo.
VALERIO: Vos, señor, sin disputa.
HARPAGÓN: ¿Sabes de lo que hablamos?
VALERIO: No. Mas no podéis equivocaros, y toda la razón será vuestra.
HARPAGÓN: Quiero esta noche darle por esposo un hombre tan rico como probo, y la pícara me dice en mis narices que no lo acepta. ¿Qué te parece?
VALERIO: ¿Qué me parece?
HARPAGÓN: Sí.
VALERIO: ¡Vaya, vaya!
HARPAGÓN: ¿Cómo?

VALERIO: Digo que, en el fondo, soy de vuestro parecer, y es imposible que no tengáis razón. Aunque también no es ella culpable del todo y…
HARPAGÓN: ¿Cómo? El señor Anselmo es un partido notable; es un caballero noble, tierno, sentado, probo, muy rico y a quien no le queda ningún hijo de su primer matrimonio. ¿Qué mejor podría ella encontrar?
VALERIO: Eso es cierto. Mas ella podría deciros que es precipitar un poco las cosas y que sería necesario cierto tiempo, al menos, para ver si su inclinación puede avenirse con…
HARPAGÓN: Es una ocasión que hay que coger por los pelos. Encuentro en esto unas ventajas que no encontraría por otra parte; y se compromete a tomarla sin dote…
VALERIO: ¿Sin dote?
HARPAGÓN: Sí.
VALERIO: ¡Ah! Entonces no digo nada. ¿Veis? Ésa es una razón absolutamente convincente; hay que inclinarse ante ello.
HARPAGÓN: Es para mí un ahorro considerable.
VALERIO: Seguramente; es innegable. Verdad es que vuestra hija puede alegar que el matrimonio es un negocio mucho más importante de lo que puede creerse; que va en él la felicidad o la desdicha para toda la vida, y que un compromiso que ha de durar hasta la muerte no debe efectuarse nunca sino con grandes precauciones.
HARPAGÓN: ¡Sin dote!
VALERIO: Tenéis razón. Eso lo decide todo, ya se comprende. Hay gentes que podrían deciros que, en tales ocasiones, el amor de una joven es cosa que

debe tenerse en cuenta y que esa gran diferencia de edad, de carácter y de sentimientos hace un matrimonio propenso a incidentes muy enojosos.

HARPAGÓN: ¡Sin dote!

VALERIO: ¡Ah! Bien sabemos que eso no admite réplica. ¿Quién diantres puede oponerse a ello? No quiero decir que no existan muchos padres que prefieran atender a la satisfacción de sus hijas más que al dinero que pudieran entregar; que no quieren sacrificarlas al interés, y que procuran, más que nada, crear en un matrimonio esa tierna conformidad que mantiene en él sin cesar el honor, la tranquilidad y la alegría, y que…

HARPAGÓN: ¡Sin dote!

VALERIO: Es cierto; eso cierra la boca en absoluto. ¡Sin dote! ¡No hay modo de resistir a tal razón!

HARPAGÓN *(mirando hacia el jardín y aparte)*: ¡Hola! Paréceme oír el ladrido de un perro. ¿No estará amenazado mi dinero? *(a Valerio)*. No os mováis; vuelvo al instante. *(Vase)*

Escena VIII

Elisa y Valerio

ELISA: ¿Queréis chancearos, Valerio, hablándole así?

VALERIO: Era para no enojarle y por lograr mejor éxito. Chocar de frente con su criterio sería el medio de echarlo todo a perder, y existen ciertos espíritus que sólo deben atacarse con rodeos; temperamentos enemigos de toda resistencia; caracteres reacios a los que encocora la verdad, que se rebelan siempre contra el camino recto de la razón y a los que sólo se puede llevar con rodeos a donde quiere uno conducirlos. Fingid que accedéis a lo que él quiere; conseguiréis mejor vuestro fin, y…

ELISA: Pero ¿y ese casamiento, Valerio?

VALERIO: Ya buscaremos medios para desbaratarlo.

ELISA: Mas ¿qué inventaremos, si ha de efectuarse esta noche?

VALERIO: Hay que solicitar un aplazamiento y fingir alguna enfermedad.

ELISA: Pero descubrirían el engaño si llaman a los médicos.

VALERIO: ¿Os chanceáis? ¿Es que los galenos saben algo? Vamos, vamos; con ellos podéis tener la dolencia que os plazca; encontrarán razones para deciros de qué proviene.

Escena IX

Harpagón, Elisa y Valerio

HARPAGÓN *(aparte, al fondo de la escena)*: No era nada, a Dios gracias.

VALERIO *(sin ver a Harpagón)*: En fin, nuestro último recurso es que la fuga puede ponernos a cubierto de todo; y si vuestro amor, bella Elisa, es capaz de tener entereza… *(viendo a Harpagón)* Sí; una hija tiene que obedecer a su padre. No debe mirar cómo está hecho un marido; y cuando la gran razón de sin dote coincide en ello, debe estar dispuesta a aceptar cuanto le den.

HARPAGÓN: ¡Bueno! ¡Eso es hablar bien!

VALERIO: Señor, os pido perdón si me acaloro un poco y tengo la osadía de hablarle así.

HARPAGÓN: ¡Cómo! ¡Si eso me encanta y deseo que adquieras un influjo absoluto sobre ella. *(A Elisa)* Sí; aunque intentes huir, le concedo la autoridad

que el Cielo me da sobre ti y quiero que hagas todo cuanto él te diga.

VALERIO *(a Elisa)*: Después de esto, ¡resistíos a mis amonestaciones!

Escena X

Harpagón y Valerio

VALERIO: Señor, voy a seguirla, para continuar con ella las lecciones que le estaba dando.

HARPAGÓN: Sí; te quedaré agradecido. Realmente…

VALERIO: Es conveniente tirarle un poco de la brida.

HARPAGÓN: Ciertamente. Es preciso…

VALERIO: No os preocupéis. Creo que conseguiré dominarla.

HARPAGÓN: Hazlo, hazlo. Voy a dar una vueltecita por la ciudad y vuelvo en seguida.

VALERIO *(dirigiéndose a Elisa y marchándose por donde ella salió)*: Sí; el dinero es lo más preciado del mundo, y debéis dar gracias al Cielo por el digno padre que os ha concedido. Él sabe lo que es vivir. Cuando se ofrece uno a tomar una joven sin dote, no se debe mirar más allá. Todo se encierra en eso; y sin dote equivale a belleza, juventud, alcurnia, honor, sapiencia y probidad.

HARPAGÓN: ¡Ah, qué buen mozo! Eso es hablar como un oráculo. ¡Dichoso aquel que puede tener un criado de este género!

Acto segundo

Escena primera

Cleanto y Flecha

CLEANTO: ¡Ah, felón! ¿Dónde te has metido? ¿No te había yo mandado…?

FLECHA: Sí, señor, y he venido aquí para esperaros a pie firme; pero vuestro señor padre, el más incivil de los hombres, me ha echado a la fuerza y he corrido el riesgo de ser apaleado.

CLEANTO: ¿Cómo va nuestro negocio? Las cosas urgen más que nunca, y, después de haberte visto, he descubierto que mi padre es mi rival.

FLECHA: ¿Vuestro padre enamorado?

CLEANTO: Sí, y me ha costado gran trabajo ocultarle la turbación que me ha producido esa noticia.

FLECHA: ¡Él, dedicarse a amar! ¿En qué diablos piensa? ¿Se burla del mundo? ¿Y se ha hecho el amor para gentes como él?

CLEANTO: Para castigo mío, se le ha metido en la cabeza esta pasión.

FLECHA: Mas, ¿por qué razón le ocultáis vuestro amor?

CLEANTO: Para no suscitar sus sospechas y reservarme, en caso necesario, medios más fáciles con los cuales desbaratar ese matrimonio. ¿Qué respuesta te han dado?

FLECHA: A fe mía, señor, los que piden prestado son muy desgraciados; y hay que soportar cosas extrañas. cuando se ve uno obligado, como vos, a pasar por las manos de unos usureros sin entrañas.

CLEANTO: ¿No se realizará el negocio?

FLECHA: Perdonad. Nuestro maese Simón, el corredor que nos han dado, hombre activo y lleno de celo,

dice que os ha tomado muy a pecho, y asegura que vuestra sola cara ha conquistado su corazón.

CLEANTO: ¿Tendré los quince mil francos que pide?

FLECHA: Sí; mas con algunas pequeñas condiciones, que habréis de aceptar si deseáis que las cosas se lleven a efecto.

CLEANTO: ¿Te ha hecho hablar con el que debe prestar el dinero?

FLECHA: ¡Ah! Realmente, no es así. Pone él aún más cuidado que vos en ocultarse, y son estos misterios mayores de lo que pensáis. No quiere en modo alguno decir su nombre, y debe hoy reunirse con vos en una casa prestada, para informarse por vuestra propia boca sobre vuestro caudal y vuestra familia; y no dudo que el solo nombre de vuestro padre facilitará las cosas.

CLEANTO: Y, sobre todo, habiendo muerto nuestra madre, cuya herencia no pueden quitarme.

FLECHA: He aquí algunas cláusulas que él mismo ha dictado a nuestro intermediario para que os sean enseñadas antes de hacer nada: "Supuesto que el prestamista confirme todas sus garantías y que el prestatario sea mayor de edad y de una familia con caudal amplio, sólido, asegurado, claro y libre de toda traba, se extenderá un acta auténtica y exacta ante un notario que sea lo más honrado posible, y el cual, para esos efectos, será escogido por el prestamista, a quien interesa más que esa acta esté debidamente redactada".

CLEANTO: Nada hay que decir a esto.

FLECHA: "El prestamista, para no cargar su conciencia con ningún escrúpulo, pretende no dar su dinero más que al cinco y medio por ciento".

CLEANTO: ¿Al cinco y medio? ¡Pardiez! Eso es honrado. No puede uno quejarse.

FLECHA: Es cierto. "Mas como el mencionado prestamista no tiene en su casa la suma de que se trata, y, para complacer al prestatario, se ve obligado él también a pedirla prestada a otro, sobre la base del veinte por ciento, convendrá que el referido primero prestatario abone ese interés, sin perjuicio del resto, considerando que sólo por complacerle el susodicho prestamista se compromete a ese préstamo".

CLEANTO: ¡Cómo, diablo! ¡Vaya, judío! ¿Quién es ese árabe? Así resulta más del veinticinco por ciento.

FLECHA: Es cierto, y así lo he dicho. Tenéis que pensarlo.

CLEANTO: ¿Qué quieres que piense? Necesito dinero, y tengo que acceder a todo.

FLECHA: Esa ha sido mi respuesta.

CLEANTO: ¿Hay algo más?

FLECHA: Escuchad. Se trata sólo de una pequeña cláusula: "De los quince mil francos solicitados, el prestamista no podrá entregar en dinero más que unas doce mil libras; y para los mil escudos restantes tendrá el prestatario que aceptar las ropas de vestir y de la casa, y las joyas, cuyo inventario va a continuación, y que el referido prestamista ha justipreciado, de buena fe, en el precio más módico que le ha sido posible".

CLEANTO: ¿Qué quiere decir eso?

FLECHA: Escuchad el inventario: "Primeramente, un lecho de cuatro patas con cenefas de punto de Hungría, sobrepuestas con gran primor sobre una sábana color aceituna, con seis sillas y el cobertor de lo mismo; todo ello bien dispuesto y forrado de tafetán tornasolado rojo y azul. Más un dosel de

cola, de buena sarga de Aumale, rosa seco, con el fleco y los galones de seda."

CLEANTO: ¿Qué quiere decir eso?

FLECHA: Esperad: "Más un tapiz de los amores de Gombaud y Macea. Más una gran mesa de nogal, de doce columnas o pilares torneados, que se alarga por los dos extremos, provista, además, de sus seis escabeles".

CLEANTO: ¿Con quién trato, pardiez?

FLECHA: Tened paciencia. "Más tres grandes mosquetes guarnecidos de nácar de perlas, con las horquillas correspondientes haciendo juego. Más un horno de ladrillo, con dos retortas y tres recipientes, muy útiles para los aficionados a destilar".

CLEANTO: ¡Me sofoca la rabia!

FLECHA: Calma. "Más un laúd de Bolonia, provisto de todas sus cuerdas o poco menos... Más un juego de boliches y un tablero para damas con un juego de la oca, modernizado desde los griegos, muy apropiado para pasar el tiempo cuando no se tiene nada que hacer. Más una piel de lagarto de tres pies y medio, rellena de heno, curiosidad agradable para colgar del techo de una estancia. Todo lo mencionado anteriormente vale honradamente más de cuatro mil quinientas libras, y queda rebajado a la suma de mil escudos, por consideración del prestamista".

CLEANTO: ¡Que se lleve el diablo con su consideración a ese traidor y verdugo! ¿Hase visto jamás usura semejante? Y no contento con el enorme interés que exige, ¿quiere aún obligarme a aceptar por tres mil libras las inútiles antiguallas que ha

recogido? No sacaré ni doscientos escudos por todo eso, y, sin embargo, tengo que pasar por lo que quiere, pues está en situación de hacérmelo aceptar todo y me pone, el bandido, el puñal en el cuello.

FLECHA: Os veo, señor, aunque ello os desagrade, tomar el mismo camino que seguía Panurgo para arruinarse, tomando dinero anticipado, comprando caro, vendiendo barato y dilapidando su hacienda por adelantado.

CLEANTO: ¿Y qué quieres que le haga? A esto se ven reducidos los jóvenes de hoy por la maldita avaricia de los padres, ¡y luego se extrañan de que los hijos deseen su muerte!

FLECHA: Hay que confesar que el vuestro irritaría con su ruindad al hombre más prudente del mundo. No tengo, a Dios gracias, inclinaciones muy patibularias, y entre mis compañeros, a los que veo entremeterse en muchos pequeños comercios, sé zafarme hábilmente y apartarme de tedas las galanterías que huelen levemente a horca; mas, a deciros verdad, me daría, con sus procedimientos, tentaciones de robarle; y creería, al hacerlo, que realizaba una acción meritoria.

CLEANTO: Trae acá ese inventario, que lo vuelva a leer.

Escena II

Harpagón, Maese Simón, Cleanto y Flecha
al fondo de la escena

MAESE SIMÓN: Sí, señor; es un joven que necesita dinero; sus negocios le apremian a encontrarlo, y pasará por todo cuanto le prescribáis.

HARPAGÓN: Pero, ¿creéis, maese Simón, que no se corre ningún riesgo? ¿Y sabéis el nombre, los bienes y la familia de ese por quien habláis?

MAESE SIMÓN: No; no puedo informaros de ello muy a fondo, y sólo por casualidad me han dirigido a él; mas él mismo os lo aclarará todo, y su presentador me ha asegurado que os satisfará conocerle. Todo cuanto puedo deciros es que su familia es muy rica, que él no tiene ya madre y que os garantiza, si queréis, que su padre morirá antes de ocho meses.

HARPAGÓN: Eso ya es algo. La caridad, maese Simón, nos obliga a complacer a las personas cuando nos es posible.

MAESE SIMÓN: Eso ya se sabe.

Flecha *(bajo, a Cleanto, al reconocer a maese Simón)*: ¿Qué quiere decir esto?, ¡nuestro maese Simón hablando con vuestro padre!

Cleanto *(bajo, a Flecha)*: ¿Le habrán dicho quién soy? ¿Y estarás tú aquí para traicionarme?

MAESE SIMÓN: ¡Ah, ah! ¡Buena prisa tenéis! ¿Quién os ha dicho que era aquí? *(A Harpagón)* No he sido yo, señor, al menos, quien les ha revelado vuestro nombre y casa; mas, a mi juicio, no hay gran daño en esto; son personas discretas, y podéis explicaros aquí reunidos.

HARPAGÓN: ¡Cómo!

MAESE SIMÓN *(señalando a Cleanto)*: El señor es la persona que quiere pediros prestadas las quince mil libras de que os he hablado.

HARPAGÓN: ¡Cómo, bigardo! ¿Eres tú quien te entregas a estos ocultos extremos?

CLEANTO: ¡Cómo, padre mío! ¿Sois vos quien realizáis estas acciones vergonzosas? *(maese Simón huye y Flecha va a esconderse).*

Escena III

Harpagón y Cleanto

HARPAGÓN: ¿Y eres tú el que quiere arruinarse con préstamos tan condenables?

CLEANTO: ¿Y sois vos el que procuráis enriqueceros con tan criminales usuras?

HARPAGÓN: ¿Te atreves, después de esto, a aparecer ante mí?

CLEANTO: ¿Y vos os atrevéis, después de esto, a presentaros ante los ojos del mundo?

HARPAGÓN: ¿No te avergüenza, di, llegar a estos excesos, lanzarte a gastos espantosos y llevar a cabo un afrentoso derroche del caudal que tus padres te han reunido con tantos sudores?

CLEANTO: ¿Y no os sonroja deshonrar vuestro linaje con las especulaciones que hacéis, sacrificar gloria y reputación al deseo insaciable de amontonar escudo sobre escudo, superando, en lo tocante a interés, las más infames sutilezas que hayan inventado nunca los más famosos usureros?

HARPAGÓN: ¡Quítate de mi vista, bergante; quítate de mi vista!

CLEANTO: ¿Quién es más criminal a vuestro juicio: el que compra un dinero que necesita o el que roba un dinero que no le hace falta?

HARPAGÓN: Vete, te digo, y no me hagas perder los estribos. *(Solo)* No me enoja esta aventura, y me servirá de advertencia para estar más alerta que nunca ante todos sus actos.

Escena IV

Frosina y Harpagón

FROSINA: Señor…

HARPAGÓN: Esperad un momento. Volveré para hablaros. *(Aparte)* Es conveniente que dé una vueltecita en torno a mi dinero.

Escena V

Flecha y Frosina

FLECHA *(sin ver a Frosina)*: ¡Es muy chusca le aventura! Debe de tener en alguna parte un gran almacén de ropas, pues no hemos reconocido nada en el inventario que tenemos.

FROSINA: ¡Ah, pobre Flecha! ¿A qué se debe este encuentro?

FLECHA: ¡Ah, ah! ¿Eres tú, Frosina? ¿Qué vienes a hacer aquí?

FROSINA: Lo que hago en todas partes: entremeterme en asuntos, hacerme servicial a la gente y sacar el mejor provecho que me es posible de las pequeñas aptitudes que pueda yo poseer. Ya sabes que en este mundo hay que vivir con habilidad, y que a las personas como yo el Cielo no nos ha dado más rentas que la intriga y el ingenio.

FLECHA: ¿Tienes algún negocio con el amo de la casa?

FROSINA: Sí. Intervengo por él en cierto negocio, del que espero lograr una recompensa.

FLECHA: ¿A él? ¡Ah! A fe mía, bien lista serás si le sacas algo; y te advierto que el dinero, aquí dentro, es carísimo.

FROSINA: Hay ciertos servicios que se pagan maravillosamente.

FLECHA: Soy criado suyo, y no conoces todavía al señor Harpagón. El señor Harpagón es, de todos los humanos, el menos humano; de todos los mortales, el más duro y el más avaro. No hay servicio que incite su gratitud hasta hacerle abrir la mano. Alabanzas, aprecio, benevolencia de palabra y amistad, todo lo que queráis; mas dinero, en absoluto. No hay nada más seco y más árido que su buena acogida y sus arrumacos, y dar es una palabra por la que siente tal aversión, que no dice nunca: os doy, sino os presto los buenos días.

FROSINA: ¡Dios mío! Conozco el arte de sonsacar dinero a los hombres; poseo el secreto de lograr su cariño, cosquillear sus corazones y encontrar los puntos por donde son vulnerables.

FLECHA: ¡Bagatelas en este caso! Te desafío a que enternezcas, por el lado del dinero, al hombre de que se trata. Es un ser inflexible en eso; de una dureza que desespera a todo el mundo; y ya puede uno reventar, que él no se conmueve. En una palabra: ama al dinero más que a la reputación, al honor y a la virtud, y sólo la vista de un pedigüeño le produce convulsiones. Es herirle en su sitio mortal; es atravesarle el corazón, arrancarle las entrañas; y si… Mas aquí vuelve; me retiro.

Escena VI

Harpagón y Frosina

HARPAGÓN *(bajo)*: Todo marcha como es debido. *(Alto)* ¿Qué hay, Frosina?

FROSINA: ¡Ah, Dios mío! ¡Qué bien estáis y qué cara más saludable tenéis!

HARPAGÓN: ¿Quién, yo?

FROSINA: No he visto nunca un cutis tan lozano y saludable.

HARPAGÓN: ¿De veras?

FROSINA: ¡Cómo! No habéis estado jamás en vuestra vida tan joven como ahora, y veo mozos de veinticinco años más viejos que vos.

HARPAGÓN: Sin embargo, Frosina, tengo sesenta bien cumplidos.

FROSINA: ¿Y qué? ¿Qué son sesenta años? ¡Vaya una cosa! Es la flor de la edad, y entráis ahora en la más bella época del hombre.

HARPAGÓN: Es cierto; pero veinte años menos, sin embargo, no me perjudicarían, creo yo.

FROSINA: ¿Os chanceáis? No necesitáis eso, y sois de una madera como para vivir hasta los cien años.

HARPAGÓN: ¿Lo creéis así?

FROSINA: Con seguridad. Tenéis todos los indicios de ello. Erguíos. ¡Oh! Ahí está, entre vuestros ojos, una señal de larga vida.

HARPAGÓN: ¿Eres entendida en eso?

FROSINA: Sin duda. Mostradme vuestra mano. ¡Ah, Dios mío, qué línea de vida!

HARPAGÓN: ¿Cómo?

FROSINA: ¿No veis hasta dónde llega esta línea?

HARPAGÓN: ¿Y qué quiere decir eso?

FROSINA: A fe mía, he dicho cien años; pero ¡si vais a pasar de los ciento veinte!

HARPAGÓN: ¿Es posible?

FROSINA: Habrá que mataros, os digo, y enterraréis a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos.

HARPAGÓN: ¡Tanto mejor!... ¿Cómo marcha nuestro negocio?

FROSINA: ¿Es necesario preguntarlo? ¿E intervengo yo en algo que no alcance éxito? Tengo, para los casamientos sobre todo, un talento especial; no hay partido en el mundo que no encuentre yo medio

de emparejar en poco tiempo, y creo que, si se me metiera en la cabeza, casaría al Gran Turco con la República de Venecia. No habría, indudablemente, grandes dificultades en este negocio. Como tengo trato con ellas, les he hablado a ambas a fondo de vos, y he dicho a la madre la pasión que habéis concebido por Mariana al verla pasar por la calle y tomar el aire en su ventana.

HARPAGÓN: ¿Y qué ha contestado?

FROSINA: Ha recibido la proposición con alegría, y cuando le he manifestado que deseabais grandemente que su hija asistiera esta noche al contrato de esponsales que debe firmarse para la vuestra, ha accedido ella gustosa y me la ha confiado para eso.

HARPAGÓN: Es que me veo obligado, Frosina, a dar de cenar al señor Anselmo, y me alegraría mucho que participase ella del festín.

FROSINA: Tenéis razón. Debe ella, después de comer, visitar a vuestra hija, y desde aquí tiene el propósito de ir a dar una vuelta por la feria, para venir luego a la cena.

HARPAGÓN: Pues bien: irán juntas en mi carroza, que les prestaré.

FROSINA: Eso le parecerá muy bien.

HARPAGÓN: Pero, Frosina, ¿has hablado a la madre respecto a la dote que pueda dar a su hija? ¿Le has dicho que era necesario que ayudase un poco, que hiciese algún esfuerzo, que se exprimiera en una ocasión como ésta? Porque, eso sí, no se puede uno casar con una joven sin que aporte algo.

FROSINA: ¡Cómo! Es una joven que os aportará doce mil libras de renta.

HARPAGÓN: ¡Doce mil libras de renta!

FROSINA: Sí. Ante todo, está alimentada y educada con un gran ahorro de estómago. Es una joven acostumbrada a vivir de ensalada, de leche, de queso y manzanas, y que no necesitará, por consiguiente, ni mesa bien servida, ni caldos exquisitos, ni cebadas mondadas constantes, ni las demás delicadas frusleríias que requeriría cualquier otra mujer; y esto no representa tan poco que no ascienda todos los años a tres mil francos, por lo menos. Aparte de esto, sólo le preocupa un aseo muy sencillo y no le gustan los vestidos costosos, ni las ricas joyas, ni los muebles suntuosos, a los que tan apasionadamente aficionadas son las de su sexo; y este capítulo equivale a más de cuatro mil libras al año. Además, siente una aversión horrible por el juego, lo cual no es corriente en las mujeres de hoy; y conozco a una de nuestro barrio que ha perdido hasta veinte mil francos este año. Mas no contemos sino la cuarta parte. Cinco mil francos al juego, por año, y cuatro mil en vestidos y joyas, suman nueve mil libras; y poniendo mil escudos para la comida, ¿no tenéis ahora los doce mil francos, contantes y sonantes, al año?

HARPAGÓN: Sí; no está mal; mas esa cuenta no tiene nada de real.

FROSINA: Perdonadme. ¿No es algo real aportaros en matrimonio una gran sobriedad, la herencia de un gran afán por la sencillez del atavío y la adquisición de un gran caudal de odio al juego?

HARPAGÓN: Es una chanza querer formar su dote con todos los gastos que ella no hará. No voy a dar recibo de lo que no me han dado, y tengo que percibir algo.

FROSINA: ¡Dios mío! Ya percibiréis bastante; y ellas me han hablado de cierto lugar donde tienen bienes, que pasarán a ser vuestros.

HARPAGÓN: Habrá que verlo. Pero queda, Frosina, otra cosa que me inquieta. La moza es joven, como ves, y las jóvenes, generalmente, sólo aman a los de su edad y buscan únicamente su compañía; temo que un hombre de mi edad no sea de su gusto y que esto ocasione en mi casa ciertos pequeños desórdenes que no me convendrían.

FROSINA: ¡Ah, qué mal la conocéis! Ésa es otra particularidad que pensaba deciros. Tiene una aversión espantosa por todos los jóvenes, y sólo siente amor por los viejos.

HARPAGÓN: ¿Ella?

FROSINA: Sí, ella. Quisiera que la hubierais oído hablar acerca de eso. No puede soportar en absoluto la vista de un joven, pero siente el mayor encanto, dice ella, cuando logra ver a un apuesto viejo con una barba majestuosa. Los más viejos son para ella los más seductores, y os aconsejo que no os hagáis con ella más joven de lo que sois. Quiere, cuando menos, que sea uno sexagenario; y no hace todavía cuatro meses, estando a punto de casarse, rompió el compromiso matrimonial porque descubrió que su amante sólo contaba cincuenta y seis años y no usó antiparras para firmar el contrato.

HARPAGÓN: ¿Por eso tan sólo?

FROSINA: Sí. Dijo que a ella no le satisfacían cincuenta y seis años solamente, y que le agradaban, sobre todo, las narices que sostenían anteojos.

HARPAGÓN: En verdad, me dices una cosa muy nueva.

FROSINA: Eso va más allá de lo que os pudiera decir. Tiene en su cuarto algunos cuadros y estampas; mas, ¿creéis que son Adonis, Céfalo, Paris y Apolo? No. Bellos retratos de Saturno, del rey Príamo,

del anciano Néstor y del buen padre Anquises, a hombros de su hijo.

HARPAGÓN: ¡Es admirable! No lo hubiera imaginado nunca; y me satisface mucho saber que es así su carácter. En efecto: de haber sido yo mujer, no me hubieran gustado los jóvenes.

FROSINA: Lo creo. ¡Linda cosa para amarlos! ¡Son unos mocosos, unos presumidos, para sentir antojo por ellos! ¡Y me gustaría saber qué atractivo pueden ofrecer!

HARPAGÓN: Yo, por mi parte, no los comprendo en absoluto, y no sé cómo hay mujeres que los aman tanto.

FROSINA: Hay que estar loca de remate. Encontrar amable a la juventud, ¿es tener juicio? ¿Son hombres unos boquirrubios y puede sentirse apego por esos animales?

HARPAGÓN: Es lo que digo yo todos los días: ¡con su voz feble, sus tres pelos de barba levantados como los de un gato, sus pelucas de estopa, sus calzas caídas y sus estómagos desarreglados!

FROSINA: ¡Eh! ¡Bien formados resultan junto a una persona como vos! Vos sois un hombre de verdad, que recrea la vista, y hay que estar hecho y vestido así para engendrar amor.

HARPAGÓN: ¿Me encuentras bien?

FROSINA: ¡Cómo! Embelesáis, y vuestro rostro es digno de ser pintado. Volveos un poco, por favor. No puede haber nada mejor. Que os vea andar. He aquí un cuerpo modelado, libre y desenvuelto como es debido y que no altera dolencia alguna.

HARPAGÓN: No padezco ninguna grave, a Dios gracias. Tan sólo mi fluxión me ataca de cuando en cuando.

FROSINA: ¡Ah, eso no es nada! Vuestra fluxión no os sienta mal, y toséis con gracia.

HARPAGÓN: Y, dime: ¿Mariana no me ha visto aún? ¿No se ha fijado en mí al pasar?

FROSINA: No; mas hemos hablado mucho de vos. Le he hecho un retrato de vuestra persona, y no he dejado de alabarle vuestro mérito y lo beneficioso que para ella sería tener un marido como vos.

HARPAGÓN: Has hecho bien, y te lo agradezco.

FROSINA: Quisiera, señor, haceros un pequeño ruego. Tengo un pleito que estoy a punto de perder por falta de algún dinero *(Harpagón adopta un aire serio),* y podríais fácilmente proporcionarme la ganancia de este pleito si tuvierais alguna bondad conmigo. No os podéis imaginar el placer que tendrá ella en veros. *(Harpagón recobra su aire alegre)* ¡Ah, cómo le gustaréis! ¡Vuestra gorguera a la antigua producirá un efecto admirable sobre su ánimo! Mas, sobre todo, le encantarán vuestras calzas atadas a la ropilla con cordones. Es para volverla loca por vos; y un amante acordonado así será para ella un incentivo maravilloso.

HARPAGÓN: En verdad, me encantas diciéndome eso.

FROSINA: Os aseguro, señor, que el resultado de ese pleito es para mí decisivo. *(Harpagón recobra su aire serio)* Estoy arruinada si lo pierdo; y una pequeña ayuda reharía mis negocios. Quisiera yo que hubierais visto el embeleso en que se hallaba oyéndome hablar de vos. *(Harpagón recobra su aire alegre)* La dicha estalla en sus ojos ante el relato de vuestras cualidades; y la he dejado con una impaciencia suma al ver ese casamiento enteramente concertado.

HARPAGÓN: Me has dado un gran placer, Frosina, y te debo, lo confieso, todas las gratitudes del mundo.

FROSINA: Os ruego, señor, que me entreguéis el pequeño socorro que os pido. *(Harpagón recobra de nuevo su aire serio)* Esto me repondrá y os quedaré eternamente agradecida.

HARPAGÓN: Adiós, voy a terminar mi correspondencia.

FROSINA: Os aseguro, señor, que no podrías socorrerme en una mayor necesidad.

HARPAGÓN: Ordenaré que mi carroza esté preparada para llevaros a la feria.

FROSINA: No os importunaría si no me viese obligada a ello por la necesidad.

HARPAGÓN: Y cuidaré de que se cene temprano para que no os sintáis desfallecidas.

FROSINA: No me neguéis el favor que os pido. No podéis imaginar, señor, el gran placer que…

HARPAGÓN: Me voy, ahora me llaman, hasta luego.

FROSINA *(sola)*: ¡Que te den unas fiebres, maldito perro de todos los diablos! El muy avaro se ha cerrado a todos mis ataques; mas no hay que abandonar, sin embargo, la negociación; me queda la otra parte, en último caso, de donde estoy segura que sacaré una buena recompensa.

Acto tercero

Escena primera

Harpagón, Cleanto, Elisa, Valerio, doña Claudia, con una escoba; maese Santiago, Merluza y Miajavena

HARPAGÓN: Vamos, venid aquí todos que os comunique mis órdenes para luego y señale a cada cual su

cometido. Acercaos, doña Claudia, y empecemos por vos. Bien; héteos ya con las armas en la mano. Os recomiendo el trabajo de limpiar por todas partes, y, sobre todo, tened cuidado de no frotar los muebles con demasiada fuerza, por miedo a desgastarlos. Además de eso, os encargo que administréis las botellas durante la cena; y si se extravía alguna o se rompe algo, os haré responsables de ello y lo descontaré de vuestro salario.

MAESE SANTIAGO *(aparte)*: Hábil castigo.

HARPAGÓN *(a doña Claudia)*: Idos.

Escena II

Los mismos, menos doña Claudia

HARPAGÓN: A vos, Miajavena, y a vos, Merluza, os encargo de lavar los vasos y de servir de beber: mas sólo cuando tengan sed y no siguiendo la costumbre de ciertos lacayos impertinentes, que van a provocar a las gentes avisándoles de que beban cuando no pensaban hacerlo. Esperad a que os lo pidan más de una vez y acordaos de servir siempre mucha agua.

MAESE SANTIAGO *(aparte)*: Sí; el vino puro se sube a la cabeza.

MERLUZA: ¿Nos quitamos nuestros casacones de cuadra?

HARPAGÓN: Sí; cuando veáis llegar a las personas, y guardaos mucho de deteriorar vuestros trajes.

MIAJAVENA: Ya sabéis, señor, que uno de los delanteros de mi ropilla tiene una gran mancha de aceite de la lámpara.

MERLUZA: Y que yo, señor, tengo mis calzas rotas por detrás y que se me ve, dicho sea con vuestra licencia…

HARPAGÓN *(a Merluza)*: ¡Basta! Colocaos hábilmente contra la pared y mostraos siempre de frente. *(A Miajavena, enseñándole cómo debe colocar su sombrero delante de su ropilla para tapar la mancha de aceite):* Y vos, sostened así vuestro sombrero cuando sirváis.

Escena III

Harpagón, Cleanto, Elisa, Valerio y maese Santiago

HARPAGÓN: En cuanto a vos, hija mía, no perdáis de vista lo que se retire de la mesa y tened cuidado de que no haya ningún estropicio. Esto corresponde a las hijas. Mas, entre tanto, preparaos a recibir bien a mi dueña, que debe venir a visitaros y a llevaros con ella a la feria. ¿Entendéis lo que os digo?

ELISA: Sí, padre.

Escena IV

Harpagón, Cleanto, Valerio y maese Santiago

HARPAGÓN: Y vos, hijo mío, el galancete a quien tengo la bondad de perdonar la historia reciente, no vayáis tampoco a ponerle mala cara.

CLEANTO: ¿Yo, padre mío? ¡Mala cara! ¿Y por qué razón?

HARPAGÓN: ¡Dios mío! Ya sabemos la disposición de los hijos cuyos padres se vuelven a casar y con qué ojos acostumbran mirar la que se denomina madrastra. Mas si deseáis que olvide vuestra última ventolera, os recomiendo, sobre todo, que festejéis con buen talante a esa persona y que le dispenséis, en fin, la mejor acogida que os sea posible.

CLEANTO: A deciros verdad, padre, no puedo prometeros sentirme muy satisfecho de que llegue ella a ser mi madrastra. Mentiría, si os lo dijera, pero en lo que se refiere a recibirla bien y a ponerle buena cara os prometo obedeceros puntualmente en tal capítulo.

HARPAGÓN: Poned atención en ello, al menos.

CLEANTO: Ya veréis cómo no tendréis ocasión de quejaros.

HARPAGÓN: Haréis bien.

Escena V

Harpagón, Valerio y maese Santiago

HARPAGÓN: Valerio, ayudadme en esto. Veamos, maese Santiago; os he dejado para el último.

MAESE SANTIAGO: ¿Es a vuestro cochero, señor, o a vuestro cocinero?, ¿a quien queréis hablar? Pues yo soy lo uno y lo otro.

HARPAGÓN: Es a los dos.

MAESE SANTIAGO: Mas ¿a cuál de los dos primero?

HARPAGÓN: Al cocinero.

MAESE SANTIAGO: Esperad entonces, por favor. *(Maese Santiago se quita su casaca de cochero y aparece vestido de cocinero.)*

HARPAGÓN: ¿Qué diantre de ceremonia es ésta?

MAESE SANTIAGO: No tenéis más que hablar.

HARPAGÓN: Me he comprometido, maese Santiago, a dar una cena esta noche.

MAESE SANTIAGO *(aparte)*: ¡Gran maravilla!

HARPAGÓN: Dime: ¿nos darás bien de comer?

MAESE SANTIAGO: Sí; si me facilitáis dinero.

HARPAGÓN: ¡Qué diablo, siempre dinero! Parece que no saben decir otra cosa: ¡dinero, dinero, dinero! ¡Ah!

¡Sólo tienen esa palabra en la boca: dinero! ¡Hablar siempre de dinero! El dinero es su muletilla.

VALERIO *(A maese Santiago)*: No he oído nunca una respuesta más impertinente que ésta. ¡Vaya una maravilla dar una buena comida con mucho dinero! Es la cosa más fácil del mundo, y no hay mísero ingenio que no haga otro tanto; mas para obrar como un hombre hábil hay que saber ofrecer una buena comida con poco dinero.

MAESE SANTIAGO: ¡Buena comida con poco dinero!

VALERIO: Sí.

MAESE SANTIAGO *(a Valerio)*: A fe mía, señor intendente, os quedaremos muy agradecidos si nos reveláis ese secreto y ocupáis mi puesto de cocinero; así seréis dentro el *factoton*.

HARPAGÓN: Callaos. ¿Qué necesitaremos?

MAESE SANTIAGO: Aquí tenéis a vuestro señor intendente, que os dará bien de comer por poco dinero.

HARPAGÓN: ¡Arre! Quiero que me respondas.

MAESE SANTIAGO: ¿Cuántas personas seréis en la mesa?

HARPAGÓN: Seremos ocho o diez; mas sólo hay que contar ocho. Donde comen ocho pueden comer muy bien diez.

VALERIO: Eso por descontado.

MAESE SANTIAGO: ¡Pues bien! Se necesitarán cuatro grandes ollas de sopa y cinco platos... Sopas... Principios...

HARPAGÓN: ¡Diablo! Eso es para dar de comer a una ciudad entera.

MAESE SANTIAGO: El asado...

HARPAGÓN *(tapando la boca de maese Santiago con la mano)*: ¡Ah traidor! Te comerás mi fortuna.

MAESE SANTIAGO: Entremeses...

HARPAGÓN *(volviendo a poner su mano sobre la boca de Maese Santiago)*: ¿Más aún?

VALERIO *(a Maese Santiago)*: ¿Es que pensáis atiborrar a todo el mundo? ¿Y el señor ha invitado a unas personas para asesinarlas a fuerza de condumio? Id a leer un rato los preceptos de la salud y a preguntar a los médicos si hay algo más perjudicial para el hombre que comer con exceso.

HARPAGÓN: Tiene razón.

VALERIO: Sabed, maese Santiago, vos y vuestros compañeros, que resulta una ladronera una mesa llena de viandas en demasía; que para mostrarse verdaderamente amigo de los que uno invita es preciso que la frugalidad reine en las comidas que se den, y que, según el dicho antiguo, "hay que comer para vivir y no vivir para comer" .

HARPAGÓN: ¡Ah, qué bien dicho está eso! Acércate a que te abrace por esa frase. Ésta es la más hermosa sentencia que he oído en mi vida: Hay que vivir para comer y no comer para vi... No; no es eso. ¿Cómo has dicho?

VALERIO: Que hay que comer para vivir y no vivir para comer.

HARPAGÓN *(a maese Santiago)*: Sí. ¿Lo oyes? *(a Valerio)* ¿Quién es el gran hombre que ha dicho eso?

VALERIO: No recuerdo ahora su nombre.

HARPAGÓN: Acuérdate de escribirme esas palabras: quiero hacerlas grabar en letras de oro sobre la chimenea de mi estancia.

VALERIO: No dejaré de hacerlo. Y en cuanto a vuestra cena, no tenéis más que dejarme hacer; yo lo dispondré todo como es debido.

HARPAGÓN: Hazlo, pues.

MAESE SANTIAGO: ¡Tanto mejor! Menos trabajo tendré.

HARPAGÓN *(a Valerio)*: Harán falta cosas de esas que se comen apenas y que hartan en seguida; unas buenas judías magras con algún pastel en olla, bien provisto de castañas.

VALERIO: Confiad en mí.

HARPAGÓN: Y ahora, maese Santiago, hay que limpiar mi carroza.

MAESE SANTIAGO: Esperad; esto va dirigido al cochero. *(Maese Santiago se vuelve a poner su casaca)* ¿Decíais…?

HARPAGÓN: Que hay que limpiar mi carroza y tener preparados mis caballos para llevar a la feria…

MAESE SANTIAGO: Vuestros caballos, señor, ¡pardiez!, no se encuentran en estado de caminar. No os diré que estén echados en su cama pues los pobres animales no la tienen, y sería mentir; mas los hacéis observar unos ayunos tan severos, que ya no son más que ideas, fantasmas o figuraciones de caballos.

HARPAGÓN: ¡Van a estar muy enfermos no haciendo nada!

MAESE SANTIAGO: Y, aunque no se haga nada, señor, ¿es que no se necesita comer? Mejor les valdría a las pobres bestias trabajar mucho y comer lo mismo. Me parte el corazón verlos así, extenuados. Pues, en fin: siento tal cariño por mis caballos, que me parece que soy yo mismo, cuando los veo sufrir. Me quito para ellos, todos los días, las cosas de la boca; y es tener, señor, un temple muy duro no sentir piedad alguna por el prójimo.

HARPAGÓN: No será un trabajo grande ir hasta la feria.

MAESE SANTIAGO: No, señor; no tengo valor para llevarlos, ni podría darles latigazos; en el estado en que se

hallan, ¿cómo queréis que arrastren la carroza? ¡Si no pueden tirar de ellos mismos!

VALERIO: Señor, rogaré al vecino Picard que se encargue de guiarlos, y de este modo podremos contar con éste aquí para preparar la cena.

MAESE SANTIAGO: Sea. ¡Prefiero que se mueran bajo la mano de otro que bajo la mía!

VALERIO: Maese Santiago es muy sensato.

MAESE SANTIAGO: Y el señor intendente muy dispuesto y decidido.

HARPAGÓN: ¡Haya paz!

MAESE SANTIAGO: Señor, no puedo soportar a los aduladores; y veo que lo que él hace, sus continuas requisas sobre el pan y el vino, la leña, la sal y las velas son únicamente para halagaros y haceros la corte. Eso me enfurece, y me enoja oír a diario lo que se dice de vos, pues, en fin, os tengo afecto a mi pesar. Y, después de mis caballos, sois la persona a la que quiero más.

HARPAGÓN: ¿Podría yo saber de vuestros labios, maese Santiago, lo que se dice de mí?

MAESE SANTIAGO: Sí, señor, si tuviera la seguridad de que eso no os iba a enojar.

HARPAGÓN: No; en modo alguno.

MAESE SANTIAGO: Perdonadme; sé muy bien que os encolerizaría.

HARPAGÓN: En absoluto. Al contrario, es darme gusto, y me complace saber cómo hablan de mí.

MAESE SANTIAGO: Señor, ya que lo deseáis, os diré francamente que se burlan en todas partes de vos, que nos lanzan cien pullas a cuenta vuestra y que nada los embelesa tanto como morderos y estar murmurando siempre sobre vuestra tacañería. El uno dice

que mandáis imprimir almanaques especiales, en los que hacéis duplicar las Témporas y las Vigilias, a fin de aprovecharos de los ayunos a que obligáis a vuestra gente; el otro, que siempre tenéis preparada una riña con vuestros criados en época de aguinaldos, o cuando salen de vuestra casa, para tener así un motivo de no darles nada. Aquel cuenta que una vez hicisteis emplazar judicialmente al gato de vuestro vecino por haberse comido en vuestra cocina los restos de una pierna de cordero. Éste, que se ha sorprendido una noche sustrayendo vos mismo la avena a vuestros caballos, y que vuestro cochero, mi antecesor en el puesto, os dio en la oscuridad no sé cuántos palos, lo cual no quisisteis divulgar. En fin: ¿queréis que os lo diga? No se puede ir a ningún sitio donde no se oiga haceros trizas. Sois el tema de irrisión de todo el mundo, y siempre se os designa bajo los nombres de avaro, roñoso, ruin y usurero.

HARPAGÓN *(golpeando a maese Santiago)*: Sois un necio, un bergante, un pícaro y un descarado.

MAESE SANTIAGO: ¿Lo veis? ¿No lo había yo adivinado? No quisisteis creerme. Ya os dije que os enojaríais al deciros la verdad.

HARPAGÓN: Aprended a hablar.

Escena VI

Valerio y maese Santiago

VALERIO *(riendo)*: Por lo que puedo ver, maese Santiago, pagan mal vuestra franqueza.

MAESE SANTIAGO: ¡Pardiez!, señor recién llegado, que os las echáis de importante, eso no es cuenta vuestra.

Reíos de los palos que os den, y no vengáis a reíros de los míos.

VALERIO: ¡Ah, maese Santiago, no os enojéis, por favor!

MAESE SANTIAGO *(aparte)*: Se amilana. Voy a echarlas de bravucón, y si es lo bastante necio para tenerme miedo, le vapulearé un poco. *(Alto)* ¿No sabéis, señor risueño, que yo no me río y que si me calentáis la cabeza os haré reír de otro modo? *(maese Santiago empuja a Valerio hasta el fondo de la escena, amenazándole).*

VALERIO: ¡Eh! ¡Poco a poco!

MAESE SANTIAGO: ¡Cómo! ¿Poco a poco? ¡No me da la gana!

VALERIO: ¡Por favor!

MAESE SANTIAGO: Sois un impertinente.

VALERIO: Señor maese Santiago…

MAESE SANTIAGO: ¡Nada de señor maese Santiago! ¡Si cojo un palo, os voy a zurrar de lo lindo!

VALERIO: ¡Cómo! ¿Un palo? *(Valerio hace retroceder a maese Santiago a su vez).*

MAESE SANTIAGO: ¡Eh! No hablaba de eso.

VALERIO: ¿No sabéis, señor fatuo, que soy lo bastante hombre para zurraros a mi vez?

MAESE SANTIAGO: No lo dudo.

VALERIO: ¿Y que no sois, en resumidas cuentas, más que un cocinero bergante?

MAESE SANTIAGO: Ya lo sé.

VALERIO: ¿Y que no me conocéis todavía?

MAESE SANTIAGO: Perdonadme.

VALERIO: ¿Me vais a zurrar?

MAESE SANTIAGO: Lo decía en chanza.

VALERIO: Pues a mí no me gustan vuestras chanzas. *(Dando de palos a maese Santiago)* Así sabréis que sois un mal chancero.

MAESE SANTIAGO *(solo)*: ¡Mal haya sea la sinceridad! Condenado oficio es. De aquí en adelante, renuncio a él, y no volveré a decir la verdad. Pase aún en mi amo; tiene cierto derecho a pegarme; mas en cuanto a este señor intendente, me vengaré de él si puedo.

Escena VII

Mariana, Frosina y maese Santiago

FROSINA: ¿Sabéis, maese Santiago, si vuestro amo está en casa?

MAESE SANTIAGO: Sí; en verdad; allí está. ¡Demasiado lo sé!

FROSINA: Decidle, por favor, que estamos aquí.

Escena VIII

Mariana y Frosina

MARIANA: ¡Ah, Frosina! En qué extraño estado me encuentro, y, si he de decir lo que siento, ¡tengo miedo a esta presentación!

FROSINA: Pero, ¿por qué? ¿Cuál es vuestra inquietud?

MARIANA: ¡Ay! ¿Y me lo preguntáis? ¿No os figuráis las zozobras de una persona enteramente preparada a ver el suplicio al que quieren atarla?

FROSINA: Bien veo que, para morir agradablemente, Harpagón no es el suplicio al que quisierais entregaros, y conozco en vuestra cara que ese mozo rubio de que me habéis hablado os viene algunas veces a la memoria.

MARIANA: Sí. Es una cosa, Frosina, de la que no quiero defenderme; y las respetuosas visitas que ha hecho a nuestra casa han causado, os lo confieso, cierto afecto en mi alma.

FROSINA: Mas, ¿habéis sabido quién es…?

MARIANA: No; no sé quién es. Mas sé que su aspecto le hace digno de ser amado; que si pudiera dejar las cosas a mi elección, le escogería mejor que a otro, y que contribuye, y no poco, a hacerme encontrar un tormento atroz en el esposo que quieren darme.

FROSINA: ¡Dios mío! Todos esos boquirrubios son agradables y recitan bien su papel; mas la mayoría son pobres como ratas, y es preferible para vos escoger un marido viejo que os aporte un buen caudal. Os confieso que los sentimientos no hallan tan buena satisfacción por el lado que digo, y que habréis de soportar algunas pequeñas repugnancias con tal esposo; mas esto no durará mucho, y su muerte, creedme, os pondrá muy pronto en situación de tomar otro más agradable, que lo enmendará todo.

MARIANA: ¡Dios mío, Frosina! Extraño negocio éste, en el que, para ser feliz, hay que desear o esperar el fallecimiento de alguien; y la muerte no sigue siempre a los proyectos que forjamos.

FROSINA: ¿Queréis chancearos? Os casáis con él a condición tan sólo de que os deje viuda pronto, y ésta habrá de ser una de las cláusulas del contrato. Sería muy impertinente si no muriese a los tres meses. Aquí llega en persona.

MARIANA: ¡Ah, Frosina, qué cara!

Escena IX

Harpagón, Mariana y Frosina

HARPAGÓN *(a Mariana)*: No os ofendáis, encanto mío, si os recibo con anteojos. Sé que vuestros hechizos

saltan harto a la vista, son lo bastante visibles por sí mismos y que no se necesitan anteojos para verlos; mas, en fin: con anteojos se observan los astros, y yo sostengo y garantizo que sois un astro, pero un astro que es el más bello del país de los astros. *(A Frosina)* Frosina, no me contesta nada; no demuestra, al parecer, ninguna alegría al verme.

FROSINA: Es que está sobrecogida de sorpresa, y, además, a las doncellas les sonroja siempre revelar en seguida lo que encierra su alma.

HARPAGÓN *(a Frosina)*: Tienes razón. *(A Mariana)* Aquí, esta linda niña, mi hija, que viene a saludaros.

Escena X

Harpagón, Mariana, Elisa y Frosina

MARIANA: Efectúo, señora, tardíamente esta visita.

ELISA: Habéis hecho, señora, lo que debí yo hacer, y me correspondía anticiparme.

HARPAGÓN: Como veis, es muy alta, pero la mala hierba crece sin cesar.

MARIANA *(bajo, a Frosina)*: ¡Oh, qué hombre más desagradable!

HARPAGÓN *(bajo, a Frosina)*: ¿Qué dice la beldad?

FROSINA: Que os encuentra admirable.

HARPAGÓN: Me hacéis demasiado honor, admirable encanto.

MARIANA *(aparte)*: ¡Qué animal!

HARPAGÓN: Os quedo muy agradecido por esos sentimientos.

MARIANA *(aparte):* Yo no puedo resistir más.

Escena XI

Harpagón, Mariana, Cleanto, Elisa,
Valerio, Frosina y Miajavena

HARPAGÓN: Aquí está también mi hijo, que viene a cumplimentaros.

MARIANA *(bajo, a Frosina)*: ¡Ah, Frosina, qué encuentro! Es precisamente el joven de quien te hablé.

FROSINA *(a Mariana)*: La aventura es maravillosa.

HARPAGÓN: Veo que os extraña ver que tengo unos hijos tan mayores; mas dentro de poco me desharé de ambos.

CLEANTO *(a Mariana)*: Señora, a deciros verdad, es ésta una aventura que no me esperaba, sin duda, y mi padre me ha sorprendido bastante al decirme hace un rato el propósito que había forjado.

MARIANA: Yo puedo decir lo mismo. Es un encuentro imprevisto que me asombra tanto como a vos, y no estaba preparada a semejante aventura.

CLEANTO: Cierto es, señora, que mi padre no puede hacer mejor elección y que representa para mí una gran alegría sensible el veros; mas, con todo, no os aseguro que me regocije el deseo que podéis sentir de convertiros en mi madrastra. El parabién, os lo confieso, resulta harto difícil para mí y es un título, con vuestra licencia, que no os deseo en modo alguno. Este discurso parecerá brutal a los ojos de ciertas personas; mas estoy seguro de que vos lo tomaréis como es debido; éste es un casamiento, señora, que, como os imaginaréis, me causa aversión; no ignoráis, sabiendo lo que soy, que ofende mis intereses; y tendré, en fin, que

deciros, con permiso de mi padre, que, si las cosas dependiesen de mí, este himeneo no se celebraría.

HARPAGÓN: ¡Vaya un cumplido impertinente! ¡Linda confesión le hacéis!

MARIANA: Y yo, para contestaros, debo deciros que las cosas son muy semejantes y que, si os causa aversión considerarme como vuestra madrastra, no la sentiré yo menor, sin duda, considerándoos como hijastro mío. No creáis, os lo ruego, que soy yo quien intenta produciros esa inquietud. Me disgustaría grandemente ocasionaros enojo, y, de no verme obligada a ello por una fuerza irresistible, os doy mi palabra de que no accederé en modo alguno al casamiento que os apesadumbra.

HARPAGÓN: Tiene razón. A cumplido necio debe darse una respuesta a tono. Os pido perdón, encanto mío, por la impertinencia de mi hijo; es tan joven necio que no conoce todavía el alcance de las palabras que pronuncia.

MARIANA: Os aseguro que lo que me ha dicho no me ha ofendido en absoluto; al contrario, me complace que me explique así sus verdaderos sentimientos. Me agrada en él semejante confesión, y si hubiese hablado de otro modo, le estimaría mucho menos.

HARPAGÓN: Es harta bondad en vos querer disculpar así sus faltas. El tiempo le hará más cuerdo, y ya veréis cómo cambia de sentimientos.

CLEANTO: No, padre mío; no soy capaz de cambiar, y ruego encarecidamente a esta señora que me crea.

HARPAGÓN: ¿Hase visto semejante extravagancia? Eleva aún más el tono.

CLEANTO: ¿Queréis que traicione mi corazón?

HARPAGÓN: ¡Y dale! ¿Vais a cambiar de discurso?

CLEANTO: ¡Pues bien! Ya que deseáis que hable de otra manera, permitid, señora, que me coloque en el lugar de mi padre y que os confiese que no he visto nada en el mundo tan encantador como vos; que no concibo nada igual a la dicha de agradaros, y que el título de esposo vuestro es una gloria, una felicidad que yo preferiría al destino de los más grandes príncipes de la Tierra… Sí, señora; la aventura de poseeros, es, a mis ojos, la más bella de todas las fortunas; en ella cifro toda mi ambición. Nada hay que no sea yo capaz de hacer por tan preciada conquista; y los más poderosos obstáculos…

HARPAGÓN: Poco a poco, hijo mío, por favor.

CLEANTO: Es un cumplido que hago a esta señora en nombre vuestro.

HARPAGÓN: ¡Dios mío! Tengo lengua para explicarme por mí mismo, y no necesito un intermediario como vos. Vamos, traed sillas.

FROSINA: No; es mejor que vayamos ahora a la feria, a fin de volver antes y tener todo el tiempo después para conversar.

HARPAGÓN *(a Miajavena):* Que enganchen entonces los caballos a la carroza.

Escena XII

Harpagón, Mariana, Elisa, Cleanto, Valerio y Frosina

HARPAGÓN *(a Mariana)*: Os ruego que me disculpéis, amor mío, por no haberos hecho servir una ligera colación antes de partir.

CLEANTO: Ya me he ocupado de eso, padre mío, y he mandado traer aquí unas fuentes con naranjas de la China, limones y confituras, que he enviado a buscar de parte vuestra.

HARPAGÓN *(bajo, a Valerio)*: ¡Valerio!

VALERIO *(a Harpagón)*: Ha perdido la cabeza.

CLEANTO: ¿Acaso os parece, padre mío, que no es bastante? Señora, tened la bondad de disculparnos, por favor.

MARIANA: No era necesario.

CLEANTO: ¿Habéis visto nunca, señora, un diamante con más destellos que ese que lleva mi padre en el dedo?

MARIANA: En verdad, rebrilla mucho.

CLEANTO *(quitando el diamante del dedo de su padre y dándoselo a Mariana)*: Tenéis que verlo de cerca.

MARIANA: Es bellísimo, sin duda, y despide innumerables destellos.

CLEANTO *(poniéndose delante de Mariana, que quiere devolverle el diamante)*: De ningún modo, señora; está en unas manos harto bellas. Es un regalo que os hace mi padre.

HARPAGÓN: ¿Yo?

CLEANTO: ¿No es cierto, padre mío, que queréis que esta señora lo conserve como prenda de vuestro amor?

HARPAGÓN *(bajo, a su hijo)*: ¿Cómo?

CLEANTO *(a Mariana)*: ¡Linda pregunta! Me hace señas de que os lo haga aceptar.

MARIANA: No quiero.

CLEANTO *(a Mariana)*: ¿Os burláis? No piensa volver a tomarlo.

HARPAGÓN *(aparte)*: ¡Me sofoca el furor!

MARIANA: Sería…

CLEANTO *(impidiendo siempre a Mariana que devuelva el diamante):* No, os digo; lo tomaría como una ofensa.

MARIANA: Por favor…

CLEANTO: De ningún modo.

HARPAGÓN *(aparte)*: ¡Maldito sea!

CLEANTO: Mirad cómo le escandaliza vuestra negativa.

HARPAGÓN *(bajo, a su hijo)*: ¡Ah, traidor!

CLEANTO *(a Mariana)*: Vedle desesperado.

HARPAGÓN *(bajo, a su hijo, amenazándole):* ¡Qué verdugo eres!

CLEANTO: Padre, no es mía la culpa. Hago lo que puedo para obligarla a quedarse con él; mas es tenaz.

HARPAGÓN *(bajo, a su hijo, amenazándole)*: ¡Bergante!

CLEANTO: Señora, sois causa de que mi padre me reprenda.

HARPAGÓN *(bajo, a su hijo, con los mismos gestos)*: ¡Bigardo!

CLEANTO *(a Mariana)*: Haréis que caiga enfermo. Por favor, señora, no lo rechacéis más.

FROSINA *(a Mariana)*: ¡Dios mío, qué de melindres! ¡Quedaos con la sortija, puesto que el señor lo desea.

MARIANA *(a Harpagón)*: Por no encolerizaros, me quedo con ella ahora, y ya buscaré ocasión de devolvérosla.

Escena XIII

Harpagón, Mariana, Elisa, Cleanto, Valerio, Frosina y Miajavena

MIAJAVENA: Señor, ahí está un hombre que quiere hablaros.

HARPAGÓN: Decidle que estoy ocupado y que vuelva otra vez.

MIAJAVENA: Dice que os trae dinero.

HARPAGÓN *(a Mariana)*: Os pido perdón; vuelvo al instante.

Escena XIV

Harpagón, Mariana, Cleanto, Elisa,
Valerio, Frosina y Merluza

MERLUZA *(corriendo y derribando a Harpagón)*: Señor…

HARPAGÓN: ¡Ah, yo muero!

CLEANTO: ¿Qué ocurre, padre mío? ¡Oh!, ¿os habéis hecho daño?

HARPAGÓN: Al traidor le habrán dado seguramente dinero mis deudores para que me rompiese el cuello.

VALERIO *(a Harpagón)*: No será nada…

MERZLUZA *(a Harpagón)*: Os pido perdón, señor; creí obrar bien acudiendo de prisa.

HARPAGÓN: ¿Qué vienes a hacer aquí, verdugo?

MERLUZA: A deciros que vuestros dos caballos están desherrados.

HARPAGÓN: Que los lleven pronto al herrador.

CLEANTO: Mientras los hierran, voy a hacer por vos, padre mío, los honores de la casa y a acompañar a la señora al jardín, adonde diré que lleven la colación.

Escena XV

Harpagón y Valerio

HARPAGÓN: Valerio, echa un vistazo a todo esto, y ten cuidado, por favor, de salvarme lo más que puedas, para devolvérselo al mercader.

VALERIO: No digáis más.

HARPAGÓN *(solo)*: ¡Oh, hijo impertinente! ¿Quieres arruinarme?

Acto cuarto

Escena primera

Cleanto, Mariana, Elisa y Frosina

CLEANTO: Volvamos aquí; estaremos mucho mejor. No hay ya a nuestro alrededor ninguna persona sospechosa, y podemos hablar libremente.

ELISA: Sí, señora; mi hermano me ha confesado la pasión que siente por vos. Sé las penas y disgustos que son capaces de causar tales reveses, y os aseguro que me intereso por vuestra aventura con sumo afecto.

MARIANA: Es un dulce consuelo ver que una persona como vos toma parte en nuestros intereses, y os suplico, señora, que me conservéis siempre esa generosa amistad, tan capaz de suavizar la crueldad de la fortuna.

FROSINA: Sois, a fe mía, gentes desdichadas unos y otros por no haberme enterado, antes de ocurrir todo esto, de vuestra aventura. Os hubiera, sin duda, evitado esta inquietud, y no habría dejado llegar las cosas al punto en que están.

CLEANTO: ¿Qué queréis? Es mi mala fortuna la que lo ha querido así. Mas, ¿cuál es vuestra decisión, bella Mariana?

MARIANA: ¡Ay! ¿Estoy yo, acaso, en situación de tomar decisiones? Y en la subordinación en que me veo, ¿puedo forjar otra cosa que no sean anhelos?

CLEANTO: ¿Y no hay otro apoyo para mí en vuestro corazón que esos simples anhelos? ¿Ninguna piedad oficiosa? ¿Ninguna bondad compasiva? ¿Ningún afecto activo?

MARIANA: ¿Qué podría deciros? Poneos en mi lugar y ved qué puedo hacer. Pensad, ordenad vos mismo: en vuestras manos me pongo; y os creo harto razonable para querer exigir de mí tan sólo lo que pueda estarme permitido por el honor y el decoro.

CLEANTO: ¡Ay! ¡A qué me reducís al remitirme a lo que quieran permitir los enojosos sentimientos de un rígido honor y de un escrupuloso decoro!

MARIANA: Mas, ¿qué queréis que haga? Aunque saltase por encima de numerosos miramientos a que está obligado nuestro sexo, tengo respeto a mi madre. Me ha educado siempre con suma ternura, y no podría decidirme a ocasionarle ningún disgusto. Haced, actuad cerca de ella; emplead todos vuestros afanes en ganar su ánimo. Podéis hacer y decir todo cuanto queráis, os lo permito; y si sólo estriba en declararme en vuestro favor, accedo gustosa a hacerle yo misma una confesión de todo cuanto por vos siento.

CLEANTO: Frosina, mi pobre Frosina, ¿querrías ayudarnos?

FROSINA: A fe mía, ¿es necesario preguntarlo? Quisiera hacerlo de todo corazón. Ya sabéis que soy, por naturaleza, bastante humanitaria. El Cielo no me ha dado un alma de bronce, y siento tan sólo harta ternura en prestar pequeños servicios cuando veo a personas que se aman con toda rectitud y honor. ¿Qué podríamos hacer en esto?

CLEANTO: Piensa un poco, te lo ruego.

MARIANA: Iluminadnos.

ELISA: Busca alguna invención para desbaratar lo que has hecho.

FROSINA: Esto es bastante difícil. *(A Mariana)* Vuestra madre no es del todo irrazonable, y tal vez se la

podría convencer y decidirla a que traspasara al hijo el don que quiere hacer al padre. *(A Cleanto)* Mas lo malo de esto es que vuestro padre es vuestro padre.

CLEANTO: Eso, por descontado.

FROSINA: Quiero decir que sentirá despecho si ve que le rechazan y que luego no estará de humor para dar su consentimiento a vuestro casamiento. Sería preciso, obrando hábilmente, que la negativa partiese de él mismo, intentando con algún medio que se sintiera defraudado de vuestra persona.

CLEANTO: Tienes razón.

FROSINA: Sí; tengo razón, ya lo sé. Eso es lo que habría que hacer; mas el diantre es poder encontrar los medios para ello. Esperad; si contásemos con alguna mujer de cierta edad que tuviera mi talento y supiese representar lo suficientemente bien para imitar a una dama de alcurnia, con ayuda de un boato prontamente preparado y de un raro título de marquesa o vizcondesa que supondríamos oriundo de la Baja Bretaña, tendría yo la suficiente habilidad para hacer creer a vuestro padre que era ésa una personalidad poseedora, además de dos casas, de cien mil escudos en dinero contante y sonante; que estaba locamente enamorada de él, y deseaba ser su esposa hasta el punto de entregarle todo su caudal por contrato de esponsales; es para mí indudable que prestaría oídos a la proposición, puesto que, en fin, os ama mucho, ya lo sé; pero ama un poco más al dinero; y cuando, deslumbrado por esa añagaza, hubiera consentido ya en lo que os interesa, poco importaría después que se desengañase, al descubrir claramente los bienes de vuestra marquesa.

CLEANTO: Todo eso está muy bien pensado.

FROSINA: Dejarme hacer. Acabo de acordarme de una amiga mía, que es la que nos conviene.

CLEANTO: Ten por segura, Frosina, mi gratitud, si logras éxito en la cosa. Pero, encantadora Mariana, empecemos, os lo ruego, por ganarnos a vuestra madre; sería ya mucho que consiguiéramos romper el casamiento. Emplead en ello, por vuestra parte, os lo suplico, todos los esfuerzos que podáis. Servíos de todo el ascendiente que sobre ella os da ese afecto que os tiene. Desplegad, sin reserva, las gracias elocuentes, los encantos todopoderosos que el Cielo ha puesto en vuestros ojos y en vuestra boca, y no olvidéis, por favor, ninguna de esas tiernas palabras, de esas dulces súplicas, de esas caricias conmovedoras a las que estoy seguro no podría negarse nada.

MARIANA: Haré todo cuanto pueda, y no olvidaré nada.

Escena II

Harpagón, Cleanto, Mariana, Elisa y Frosina

HARPAGÓN *(aparte, sin que lo vean)*: ¡Cómo! Mi hijo besa la mano de su presunta madrastra, ¡y su presunta madrastra lo tolera sin demasiada repulsa! ¿Habrá algún misterio en esto?

ELISA: Aquí está mi padre.

HARPAGÓN: La carroza está dispuesta; podéis partir cuando queráis.

CLEANTO: Puesto que vos no vais, padre mío, las acompañaré yo.

HARPAGÓN: No; quedaos. Irán ellas solas; os necesito.

Escena III

Harpagón y Cleanto

HARPAGÓN: Veamos, interés de madrastra aparte: ¿qué te parece a ti esa persona?

CLEANTO: ¿Qué me parece?

HARPAGÓN: Sí; su aire, su talle, su belleza, su ingenio…

CLEANTO: Así, así…

HARPAGÓN: ¿Y qué más?

CLEANTO: Hablándoos con franqueza, no me ha parecido aquí lo que la había creído. Su aire es el de una indudable coqueta, su talle bastante basto, su belleza muy mediana y su ingenio de lo más vulgar. No creáis, padre mío, que lo digo para apartaros de ella, pues, madrastra por madrastra, tanto se me da ésta como otra.

HARPAGÓN: Sin embargo, hace poco le decías…

CLEANTO: Le he dicho unas cuantas galanterías en vuestro nombre; mas era por agradaros.

HARPAGÓN: ¿No sientes entonces inclinación hacia ella?

CLEANTO: ¿Yo? En absoluto.

HARPAGÓN: Eso me disgusta, pues echa por tierra una idea que se me había ocurrido. Contemplándola así, he reflexionado sobre mi edad, y he pensado que podrían murmurar viendo que me casaba con tan juvenil persona. Esta consideración me ha hecho renunciar a tal propósito, y como la he hecho pedir y estoy comprometido de palabra con ella, te la hubiera cedido, de no haber confesado tú esa aversión.

CLEANTO: ¿A mí?

HARPAGÓN: A ti.

CLEANTO: ¿En matrimonio?

HARPAGÓN: En matrimonio.

CLEANTO: Escuchad. Verdad es que no resulta muy de mi gusto; mas, por complaceros, padre mío, estoy decidido a casarme con ella, si queréis.

HARPAGÓN: Yo soy más razonable de lo que crees. No pienso en modo alguno forzar tu inclinación.

CLEANTO: Perdonadme; haré ese esfuerzo por afecto a vos.

HARPAGÓN: No, no. Un matrimonio no puede ser feliz si no existe inclinación.

CLEANTO: Esa es una cosa, padre mío, que tal vez venga después; y, según dicen, el amor es con frecuencia fruto del matrimonio.

HARPAGÓN: No. Por el lado del hombre, no debe correr riesgo el negocio: y hay consecuencias enojosas, a las que no quiero exponerme. Si hubieras sentido alguna inclinación hacia ella, enhorabuena te habrías casado en mi lugar; mas, no siendo así, seguiré mi primer propósito, y seré yo quien me case con ella.

CLEANTO: Pues bien, padre mío; ya que las cosas se ponen así, es preciso descubriros mi corazón y revelaros nuestro secreto. La verdad es que la amo desde el día en que la vi en un paseo; que mi deseo era, hace poco, pedírosla por esposa, y que tan sólo me ha contenido la declaración de vuestros sentimientos y el temor a enojaros.

HARPAGÓN: ¿La habéis ido a visitar?

CLEANTO: Sí, padre mío.

HARPAGÓN: ¿Muchas veces?

CLEANTO: Bastantes para el tiempo transcurrido.

HARPAGÓN: ¿Os ha recibido bien?

CLEANTO: Muy bien; mas sin saber quién era yo, y esto es lo que ha producido, hace un momento, esa sorpresa a Mariana.

HARPAGÓN: ¿Le habéis declarado vuestra pasión y el deseo que sentíais de casaros con ella?

CLEANTO: Sin duda; e incluso algo había ya dejado traslucir a su madre.

HARPAGÓN: ¿Y la hija corresponde fogosamente a vuestro amor?

CLEANTO: Si he de creer en las apariencias, estoy convencido, padre, de que siente cierta debilidad por mí.

HARPAGÓN *(bajo, aparte)*: Me satisface haber sabido este secreto, y esto era precisamente lo que yo ansiaba. *(Alto)* Vaya, hijo mío, ¿sabéis lo que pasa? Pues que debéis pensar, si os parece, en desprenderos de vuestro amor, en cesar todas vuestras persecuciones a una persona que deseo para mí y en casaros dentro de poco con la mujer que os destino.

CLEANTO: Sí, padre mío; ¡así es como me engañáis! ¡Pues bien! Ya que las cosas han llegado a este punto, os declaro que no abandonaré la pasión que siento por Mariana; que no habrá extremo al que no me entregue para disputaros su conquista, y que, si tenéis de vuestra parte el consentimiento de una madre, yo tendré, quizá, otras ayudas, que lucharán por mí.

HARPAGÓN: ¡Cómo, bergante! ¿Tienes la osadía de entrar en rivalidad conmigo?

CLEANTO: Sois vos el que lo hace conmigo; soy el primero conforme a fecha.

HARPAGÓN: ¿No soy tu padre y no me debes respeto?

CLEANTO: Éstas no son cosas en que los hijos estén obligados a ceder ante los padres, y el amor no conoce a nadie.

HARPAGÓN: Ya te haré conocerme bien, merced a unos buenos palos.

CLEANTO: Todas vuestras amenazas no servirán de nada.
HARPAGÓN: ¿Renunciarás a Mariana?
CLEANTO: En modo alguno.
HARPAGÓN: ¡Traedme un palo en seguida!

Escena IV

Harpagón, Cleanto y maese Santiago

MAESE SANTIAGO: ¡Eh, eh, señores! ¿Qué es esto? ¿En qué pensáis?
CLEANTO: Me río de eso.
MAESE SANTIAGO *(a Cleanto)*: ¡Ah, señor! ¡Cuidado!
HARPAGÓN: ¡Hablarme con ese descaro!
MAESE SANTIAGO *(a Harpagón)*: ¡Ah, señor, por favor!
CLEANTO: No desistiré nunca.
MAESE SANTIAGO *(a Cleanto)*: ¡Eh! ¿Cómo? ¿A vuestro padre…?
HARPAGÓN: Déjame hacer.
MAESE SANTIAGO *(a Harpagón)*: ¡Eh! ¿Cómo? ¿A vuestro hijo…? Conmigo pase todavía.
HARPAGÓN: Quiero hacerte a ti, maese Santiago, juez en este asunto, para demostrar que tengo razón.
MAESE SANTIAGO: Accedo a ello. *(A Cleanto)* Alejaos un poco.
HARPAGÓN: Amo a una joven con la que quiero casarme, y este bergante tiene la insolencia de amarla también y de pretenderla, pese a mis órdenes.
MAESE SANTIAGO: ¡Ah! Hace mal.
HARPAGÓN: ¿No es cosa horrenda el que un hijo quiera entrar en rivalidad con su padre? ¿Y no debe él, por respeto, abstenerse de enfrentarse con mis inclinaciones?
MAESE SANTIAGO: Tenéis razón. Dejadme hablarle, y quedaos aquí.

CLEANTO *(a Maese Santiago, que se acerca a él)*: ¡Pues bien, sí! Ya que quiere escogerte como juez, no retrocedo; no me importa, quienquiera que sea; y deseo también remitirme a ti, maese Santiago, en nuestro litigio.
MAESE SANTIAGO: Es mucho honor el que me hacéis.
CLEANTO: Estoy enamorado de una joven que corresponde a mis afanes y recibe con ternura las ofrendas de mi fidelidad, y a mi padre se le ocurre venir a trastornar nuestro amor con esa petición que ha mandado hacer.
MAESE SANTIAGO: Hace mal, seguramente.
CLEANTO: ¿No le avergüenza, a su edad, pensar en casarse? ¿Resulta propio en él sentirse aún enamorado? ¿Y no debería dejar semejante ocupación a los jóvenes?
MAESE SANTIAGO: Tenéis razón. Se está burlando. Dejadme que le diga dos palabras. *(A Harpagón)* ¡Pues bien! Vuestro hijo no es tan raro como decís, y se pone en razón. Dice que sabe el respeto que os debe. Que se ha acalorado en el primer impulso, y que no se niega a someterse a lo que os plazca, con tal de que le tratéis mejor que hasta ahora y le deis una persona en matrimonio con la que se sienta satisfecho.
HARPAGÓN: ¡Ah! Dile, maese Santiago, que, siendo así, podrá esperarlo todo de mí y que, excepto a Mariana, le dejo en libertad para elegir la que quiera.
MAESE SANTIAGO: Dejadme hacer. *(A Cleanto)* ¡Pues bien! Vuestro padre es más razonable de lo que decís, y me ha demostrado que son vuestros arrebatos los que le han encolerizado; que sólo encuentra mal vuestra manera de obrar, y que está enteramente

dispuesto a concederos lo que deseáis, con tal de que lo solicitéis por las buenas, guardándole las deferencias, los respetos y las sumisiones que debe un hijo a su padre.

CLEANTO: ¡Ah, maese Santiago! Puedes asegurarle que si me concede a Mariana, encontrará siempre en mí al más sumiso de todos los hombres, y que no haré nunca nada contrario a sus deseos.

MAESE SANTIAGO *(a Harpagón):* Hecho. Consiento en lo que decís.

HARPAGÓN: Esto marcha lo mejor del mundo.

MAESE SANTIAGO *(a Cleanto):* Todo está arreglado; le satisfacen vuestras promesas.

CLEANTO: ¡Alabado sea el Cielo!

MAESE SANTIAGO: Señores, no tenéis ya más que poneros a hablar; héteos ahora de acuerdo, e ibais a reñir por no saber entenderos.

CLEANTO: Mi pobre maese Santiago, te estaré agradecido toda mi vida.

MAESE SANTIAGO: No hay de qué, señor.

HARPAGÓN: Me has dado una alegría, maese Santiago, y esto merece una recompensa. *(Harpagón se registra el bolsillo; maese Santiago alarga la mano, pero Harpagón saca tan sólo su pañuelo, diciendo):* Vete, no lo olvidaré, te lo aseguro.

MAESE SANTIAGO: Os beso las manos.

Escena V

Harpagón y Cleanto

CLEANTO: Os pido perdón, padre mío, por el arrebato que he padecido.

HARPAGÓN: Eso no es nada.

CLEANTO: Os aseguro que lo lamento profundamente.

HARPAGÓN: Y yo siento el mayor gozo del mundo viéndote razonable.

CLEANTO: ¡Qué bondad la vuestra olvidando tan pronto mi falta!

HARPAGÓN: Se olvidan fácilmente las faltas de los hijos cuando éstos vuelven a sus deberes.

CLEANTO: ¡Cómo! ¿Sin guardar ningún resentimiento a todas mis extravagancias?

HARPAGÓN: Es una cosa a la que me obligas con la sumisión y el respeto en que te colocas.

CLEANTO: Os prometo, padre mío, que conservaré hasta la tumba en mi corazón el recuerdo de vuestras bondades.

HARPAGÓN: Y yo te prometo que no habrá cosa alguna que no logres de mí.

CLEANTO: ¡Ah, padre mío! Ya no os pido nada; y es haberme ya dado bastante el concederme a Mariana.

HARPAGÓN: ¿Cómo?

CLEANTO: Digo, padre mío, que estoy harto contento de vos y que lo encuentro todo en vuestra bondad concediéndome a Mariana.

HARPAGÓN: ¿Quién habla de concederte a Mariana?

CLEANTO: Vos, padre mío.

HARPAGÓN: ¿Yo?

CLEANTO: Sin duda.

HARPAGÓN: ¿Cómo? Eres tú quien ha prometido renunciar a ella.

CLEANTO: ¿Yo renunciar a ella?

HARPAGÓN: Sí.

CLEANTO: En modo alguno.

HARPAGÓN: ¿No has desistido de tu pretensión?

CLEANTO: Al contrario, estoy más decidido que nunca a realizarla.
HARPAGÓN: ¡Cómo, bergante! ¿Otra vez?
CLEANTO: Nada podrá hacerme variar.
HARPAGÓN: ¡Déjame hacer, traidor!
CLEANTO: Haced cuanto os plazca.
HARPAGÓN: Te prohíbo que vuelvas jamás a verme.
CLEANTO: Bien está.
HARPAGÓN: Te abandono…
CLEANTO: Abandonadme.
HARPAGÓN: Te repudio como hijo.
CLEANTO: Sea.
HARPAGÓN: Te desheredo.
CLEANTO: Todo cuanto queráis.
HARPAGÓN: Y lanzo sobre ti mi maldición.
CLEANTO: No me importan vuestros dones.

Escena VI

Cleanto y Flecha

FLECHA *(saliendo del jardín con una arquilla)*: ¡Ah, señor, qué oportunamente os encuentro! Seguidme de prisa.
CLEANTO: ¿Qué sucede?
FLECHA: Seguidme, os digo: estamos de suerte.
CLEANTO: ¿Cómo?
FLECHA: Aquí está vuestra solución.
CLEANTO: ¿Qué?
FLECHA: He estado echándole el ojo a esto todo el día.
CLEANTO: ¿Qué es esto?
FLECHA: El tesoro de vuestro padre, que he birlado.
CLEANTO: ¿Cómo te las has compuesto?…
FLECHA: Lo sabréis todo. Huyamos; le oigo gritar.

Escena VII

HARPAGÓN *(solo)*

HARPAGÓN *(llega gritando desde el jardín y sin sombrero)*: ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al criminal! ¡Justicia, justo Cielo! ¡Estoy perdido! ¡Asesinado! ¡Me han cortado el cuello! ¡Me han robado mi dinero! ¿Quién podrá ser? ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¿Dónde se esconde? ¿Qué haré para encontrarlo? ¿Adónde corre? ¿Adónde no corre? ¿No está ahí? ¿No está aquí? ¿Quién es? ¡Detente! ¡Devuélveme mi dinero, bandido!… *(A sí mismo, cogiéndose del brazo)* ¡Ah, soy yo! Mi ánimo está trastornado; no sé dónde me encuentro, ni quién soy, ni lo que hago. ¡Ay! ¡Mi pobre! ¡Mi pobre dinero! ¡Mi más querido amigo! Me han privado de ti, y, puesto que me has sido arrebatado, he perdido mi sostén, mi consuelo, mi alegría; se ha acabado todo para mí, y ya no tengo nada que hacer en el mundo. Sin ti no puedo vivir. Se acabó; ya no puedo más; me muero; estoy muerto; estoy enterrado. ¿No hay nadie que quiera resucitarme, devolviéndome mi dinero o diciéndome quién lo ha cogido? ¡Eh! ¿Qué decís? No hay nadie. Es preciso que quienquiera que sea que ha dado el golpe haya acechado el momento con mucho cuidado, y han escogido precisamente el rato en que hablaba yo con el traidor de mi hijo. Salgamos. Voy en busca de la Justicia, y haré que den tormento a todos los de mi casa: a sirvientas, a criados, al hijo, a la hija y también a mí. ¡Cuánta gente reunida! No pongo

la mirada en nadie que no suscite mis sospechas, y todos me parecen ser el ladrón. ¡Eh! ¿De qué han hablado ahí? ¿Del que me ha robado? ¿Qué ruido hacen arriba? ¿Está ahí mi ladrón? Por favor, si saben noticias de mi ladrón, suplico que me las digan. ¿No está escondido entre vosotros? Todos me miran y se echan a reír. Ya veréis cómo han tomado parte, sin duda, en el robo de que he sido víctima. ¡Vamos, de prisa, comisarios, alguaciles, prebostes, jueces, tormentos, horcas y verdugos! Quiero hacer colgar a todo el mundo, y si no encuentro mi dinero, me ahorcaré yo mismo después.

Acto quinto

Escena primera

Harpagón, El Comisario y su escribiente

COMISARIO: Dejadme hacer; conozco mi oficio, a Dios gracias. No es hoy la primera vez que intervengo para descubrir robos, y quisiera yo tener tantos sacos de mil francos como personas he mandado ahorcar.

HARPAGÓN: Todos los magistrados están interesados en llevar este asunto; y si no me hacen recuperar mi dinero, pediré justicia de la Justicia.

COMISARIO: Hay que efectuar todas las indagaciones requeridas. ¿Decías que había en esa arquilla…?

HARPAGÓN: Diez mil escudos bien contados.

COMISARIO: ¡Diez mil escudos!

HARPAGÓN: Diez mil escudos.

COMISARIO: ¡El robo es importante!

HARPAGÓN: No existe suplicio bastante grande para la enormidad de ese crimen, y si queda impune, las cosas más sagradas no estarán ya seguras.

COMISARIO: ¿Y en qué monedas estaba esa suma?

HARPAGÓN: En buenos luises de oro y en pistolas de peso corrido.

COMISARIO: ¿Quién sospecháis que pueda ser el autor de este robo?

HARPAGÓN: Todo el mundo; y quiero que encarceléis a la ciudad y los arrabales.

COMISARIO: Es necesario, creedme, no asustar a nadie y procurar atrapar con cautela algunas pruebas, a fin de proceder luego con todo rigor a recuperar las monedas que os han sido robadas.

Escena II

Harpagón, el Comisario, su Escribiente y maese Santiago

MAESE SANTIAGO *(al fondo de la escena, volviéndose hacia el lado por donde ha salido)*: Ahora vuelvo. Que lo degüellen en seguida, que le tuesten los pies, que lo pongan en agua hirviendo y que lo cuelguen del techo.

HARPAGÓN *(a maese Santiago)*: ¿A quién? ¿Al que me ha robado?

MAESE SANTIAGO: Hablo de un lechoncillo que acaba de enviarme vuestro intendente y que voy a aderezar a mi manera.

HARPAGÓN: No se trata de eso, y aquí está el señor a quien hay que hablar de otra cosa.

COMISARIO *(a maese Santiago)*: No os asustéis. No soy hombre que os difame, y las cosas marcharán sin tropiezos.

MAESE SANTIAGO: ¿El señor está invitado a cenar?

COMISARIO: Es preciso, mi querido amigo, no ocultar nada a vuestro amo.

MAESE SANTIAGO: A fe mía, señor, mostraré todo cuanto sé hacer y os trataré lo mejor que sea posible.

HARPAGÓN: No se trata de eso.

MAESE SANTIAGO: Si no os obsequio como quisiera, es culpa del señor intendente, que me ha recortado las alas con las tijeras de su economía.

HARPAGÓN: ¡Traidor! No se trata ahora de la cena, y quiero que me des noticias del dinero que me han quitado.

MAESE SANTIAGO: ¿Os han quitado dinero?

HARPAGÓN: Sí, truhán; y voy a hacer que te ahorquen si no me lo devuelves.

COMISARIO *(a Harpagón)*: ¡Dios mío! No le maltratéis. Veo por su cara que es un hombre honrado, y que, sin necesidad de meterlo en la cárcel, os descubrirá lo que queréis saber. Sí, amigo mío; si nos confesáis la cosa, no se os hará ningún daño y seréis recompensado como es debido por vuestro amo. Le han quitado hoy su dinero, y tenéis que saber alguna noticia de ese asunto.

MAESE SANTIAGO *(bajo, aparte)*: He aquí justamente lo que necesito para vengarme de nuestro intendente. Desde que ha entrado aquí es el favorito; sólo se escuchan sus consejos, y tengo también contra él el agravio de los palos recientes.

HARPAGÓN: ¿Qué estás rumiando?

COMISARIO *(a Harpagón)*: Dejadme hacer. Se dispone a complaceros, y ya os he dicho que era un hombre honrado.

MAESE SANTIAGO: Señor, si queréis que os diga las cosas, creo que es vuestro querido intendente quien ha dado el golpe.

HARPAGÓN: ¿Valerio?

MAESE SANTIAGO: Sí.

HARPAGÓN: ¡El que me parecía tan fiel!

MAESE SANTIAGO: Sí; él mismo. Creo que ha sido quien os ha robado.

HARPAGÓN: ¿Y por qué lo crees?

MAESE SANTIAGO: ¿Por qué?

HARPAGÓN: Sí…

MAESE SANTIAGO: Lo creo… porque lo creo.

COMISARIO: Mas es preciso decir los indicios que tenéis.

HARPAGÓN: ¿Le has visto merodear alrededor del sitio donde había yo puesto mi dinero?

MAESE SANTIAGO: Sí, en verdad. ¿Dónde estaba vuestro dinero?

HARPAGÓN: En el jardín.

MAESE SANTIAGO: Justamente; le he visto merodear por el jardín. ¿Y dónde estaba guardado ese dinero?

HARPAGÓN: En una arquilla.

MAESE SANTIAGO: Ahí está el asunto. Lo he visto con una arquilla.

HARPAGÓN: ¿Y cómo era esa arquilla? Veré si es la mía.

MAESE SANTIAGO: ¿Cómo es?

HARPAGÓN: Sí.

MAESE SANTIAGO: Es…, es como una arquilla.

COMISARIO: Por supuesto. Mas describidla un poco para que veamos…

MAESE SANTIAGO: Es una arquilla grande.

HARPAGÓN: La que me han robado es pequeña.

MAESE SANTIAGO: ¡Ah, sí! Es pequeña si se quiere tomarlo por ahí; mas yo la llamo grande por lo que contiene.

COMISARIO: ¿Y de qué color es?
MAESE SANTIAGO: ¿De qué color?
COMISARIO: Sí.
MAESE SANTIAGO: Es de color…; eso es, de cierto color… ¿No podríais ayudarme a hablar?
HARPAGÓN: ¡Pchs!
MAESE SANTIAGO: ¿No es roja?
HARPAGÓN: No; gris.
MAESE SANTIAGO: ¡Ah, sí! Roja-gris; eso es lo que quería decir.
HARPAGÓN: No hay duda alguna; es ella evidentemente. Escribid, señor, escribid su declaración. ¡Cielos! ¿De quién fiarse en lo sucesivo? No hay que decir nunca de esta agua no beberé; creo, después de esto, que acabaré por robarme a mí mismo.
MAESE SANTIAGO *(a Harpagón)*: Señor, aquí vuelve. No vayáis a decirle, por lo menos, que soy yo quien os ha descubierto eso.

Escena III

Harpagón, el Comisario, su Escribiente, Valerio y Maese Santiago

HARPAGÓN: Acércate; ven a confesar la más negra acción, el atentado más horrible que se haya cometido nunca.
VALERIO: ¿Qué queréis, señor?
HARPAGÓN: ¡Cómo, traidor! ¿No te avergüenzas de tu crimen?
VALERIO: ¿De qué crimen queréis hablar?
HARPAGÓN: ¿De qué crimen quiero hablar, infame? ¡Como si no supieras lo que quiero decir! Es inútil que pretendas encubrirlo; está descubierto el asunto

y acaban de contármelo todo. ¡Cómo! ¡Abusar así de mi bondad, introducirte deliberadamente en mi casa para traicionarme y hacerme una jugarreta de esta naturaleza!
VALERIO: Señor, puesto que os han descubierto todo, no quiero emplear rodeos ni negaros la acción.
MAESE SANTIAGO *(aparte)*: ¡Oh, oh! ¿Habré yo adivinado sin saberlo?
VALERIO: Era propósito mío hablaros de ello, y quería esperar para hacerlo a unas circunstancias favorables: mas puesto que es así, os ruego que no os enojéis y que accedáis a escuchar mis razones.
HARPAGÓN: ¿Y qué lindas razones puedes darme, infame, ladrón?
VALERIO: ¡Ah, señor! No merezco esos nombres. Cierto es que he cometido una ofensa contra vos; mas, después de todo, ¡mi culpa es perdonable!
HARPAGÓN: ¡Cómo…! ¿Perdonable? ¿Una traición, un asesinato de este género…?
VALERIO: Por favor, no os encolericéis. Cuando me hayáis oído, veréis que el daño no es tan grande como creéis.
HARPAGÓN: ¡Que no es tan grande el daño como creo! ¡Cómo! ¡Mi sangre, mis entrañas, bergante!
VALERIO: Vuestra sangre, señor, no ha caído en malas manos. Soy de una clase que no la perjudicará, y no hay nada, en todo esto, que no pueda yo reparar.
HARPAGÓN: Ésa es mi intención, y que me restituyas lo que me has quitado.
VALERIO: Vuestra honra, señor, quedará plenamente satisfecha.
HARPAGÓN: No se trata aquí de la honra. Mas dime: ¿quién te ha impulsado a esa acción?

VALERIO: ¡Ay! ¿Me lo preguntáis?

HARPAGÓN: Sí; te lo pregunto, en efecto. ¡Amor, a fe mía! ¡El amor a mis luises de oro!

VALERIO: No, señor; no son vuestras riquezas las que me han tentado; no es eso lo que me ha deslumbrado, y os aseguro que no aspiro, en modo alguno, a vuestros bienes, con tal de que dejéis el que poseo.

HARPAGÓN: ¡No lo haré, por todos los diablos! No te lo dejaré. ¡Mas ved su insolencia queriendo quedarse con lo que me ha robado!

VALERIO: ¿Y llamáis a eso robo?

HARPAGÓN: ¿Que si lo llamo robo? ¡Un tesoro como éste!

VALERIO: Es un tesoro, verdaderamente, y el más preciado que poseéis, sin duda; mas no lo perderéis dejándomelo. Os pido de rodillas ese tesoro lleno de encantos, y si queréis obrar bien, habréis de concedérmelo.

HARPAGÓN: No haré tal. ¿Qué quiere esto decir?

VALERIO: Nos hemos prometido fidelidad mutua y hemos jurado no separarnos.

HARPAGÓN: ¡Admirable juramento y divertida promesa!

VALERIO: Sí; nos hemos comprometido a ser el uno del otro para siempre.

HARPAGÓN: Os lo impediré; estad seguro.

VALERIO: Solamente la muerte puede separarnos.

HARPAGÓN: ¡Eso es estar maniático por mi dinero!

VALERIO: Ya os he dicho, señor, que no era el interés lo que me había empujado a hacer lo que he hecho. Mi corazón no ha obrado por los móviles que imagináis, y un motivo más noble me ha inspirado esta resolución.

HARPAGÓN: ¡Ya veréis cómo resulta que quiere quedarse con mi caudal por caridad cristiana! Mas yo

tomaré mis medidas, y la Justicia, descarado bergante, va a ampararme en todo.

VALERIO: Empleadla como queráis; estoy dispuesto a sufrir cuantas violencias os plazcan: mas os ruego que creáis, al menos, que si existe perjuicio, sólo debe acusárseme a mí, y que vuestra hija no tiene culpa en todo ello.

HARPAGÓN: Así lo creo, realmente; sería muy extraño que mi hija hubiera estado complicada en este crimen. Mas quiero recuperar mi fortuna y que me confieses adonde la has llevado.

VALERIO: ¿Yo? No la he llevado a ningún sitio; sigue en vuestra casa.

HARPAGÓN *(Aparte)*: ¡Oh, mi querida arquilla! *(Alto)* ¿No ha salido de mi casa?

VALERIO: No, señor.

HARPAGÓN: ¡Eh! Dime entonces: ¿no la has tocado?

VALERIO: ¡Tocarla yo! ¡Ah!, la ofendéis, e igualmente a mí. Y la pasión que por ella siento es muy pura y muy respetuosa.

HARPAGÓN *(Aparte)*: ¡Que siente pasión por mi arquilla!

VALERIO: Preferiría morir antes que dedicarle un pensamiento ofensivo; es ella demasiado digna y no menos honesta para eso.

HARPAGÓN *(Aparte)*: ¡Que mi arquilla es demasiado honesta!

VALERIO: Todos mis deseos se han reducido a gozar de su contemplación, y nada que sea criminal ha profanado la pasión que sus bellos ojos me han inspirado.

HARPAGÓN: ¡Los bellos ojos de mi arquilla! Habla de ella como un enamorado de su amada.

VALERIO: Doña Claudia, señor, sabe la verdad de esa aventura, y ella puede atestiguar…

HARPAGÓN: ¡Cómo! ¿Mi sirvienta es cómplice del negocio?

VALERIO: Sí, señor, ha sido testigo de nuestro compromiso, y sólo después de conocer la honestidad de mi pasión me ha ayudado a convencer a vuestra hija de que me entregase su palabra y de que aceptara la mía.

HARPAGÓN *(aparte)*: ¡Eh! ¿Es que el miedo a la Justicia le hace desvariar? *(a Valerio)* ¿Por qué mezclar a mi hija en esto?

VALERIO: Digo, señor, que me ha costado grandísimo trabajo hacer que consintiera su pudor en lo que mi amor deseaba.

HARPAGÓN: El pudor, ¿de quién?

VALERIO: De vuestra hija, y tan sólo desde ayer ha querido decidirse a que firmásemos una promesa de casamiento.

HARPAGÓN: ¿Mi hija te ha firmado una promesa de casamiento?

VALERIO: Sí, señor, y yo, por mi parte, le he firmado otra.

HARPAGÓN: ¡Oh, cielos, otra gran desdicha!

MAESE SANTIAGO *(al Comisario)*: Escribid, señor, escribid.

HARPAGÓN: ¡Agravación del mal! ¡Acrecimiento de la desesperación! *(Al Comisario)* Vamos, señor; desempeñad el deber de vuestro cargo e instruidle una querella por ladrón y por seductor.

MAESE SANTIAGO: Por ladrón y por seductor.

VALERIO: Esos son unos nombres que no me corresponden, y cuando sepan quién soy…

Escena IV

Harpagón, Elisa, Mariana, Valerio, Frosina, maese Santiago, el Comisario y su Escribiente

HARPAGÓN: ¡Ah, hija malvada!, ¡indigna de un padre como yo! ¿Así es como pones en práctica las lecciones que te he dado? ¿Te enamoras de un infame ladrón y te comprometes con él sin mi consentimiento? Mas vais a quedar chasqueados el uno y el otro. *(A Elisa)* Cuatro buenos muros me responderán de tu conducta. *(A Valerio)* Y una buena horca domeñará tu osadía.

VALERIO: No será vuestra pasión la que juzgue el asunto, y, cuando menos, me escucharán antes de condenarme.

HARPAGÓN: Me he engañado al decir una horca: te descuartizarán vivo.

ELISA *(de rodillas ante Harpagón)*: ¡Ah, padre mío! Mostrad unos sentimientos más humanos, os lo ruego, y no llevéis las cosas a los últimos extremos de la potestad paterna. No os dejéis arrastrar por los primeros arrebatos de vuestra pasión y emplead algún tiempo en reflexionar sobre lo que queréis hacer. Tomaos el trabajo de ver mejor al que consideráis ofensor vuestro. Es totalmente distinto de lo que se figuran vuestros ojos, y os parecerá menos extraño que me haya prometido a él cuando sepáis que sin él no me tendríais ya hace mucho tiempo. Sí, padre mío; él es quien me salvó de aquel gran peligro que, como sabéis, corrí en el agua, y a quien debéis la vida de esta hija, cuyo…

HARPAGÓN: Todo eso no es nada, y valía más para mí que te hubiera dejado ahogar que hacer lo que ha hecho.

ELISA: Padre mío, os suplico, por el amor paterno, que me…

HARPAGÓN: No, no; no quiero oír nada, y es preciso que la Justicia cumpla su deber.

MAESE SANTIAGO *(Aparte)*: ¡Me pagarás mis palos!

FROSINA *(Aparte)*: ¡Vaya un extraño enredo!

Escena V

Anselmo, Harpagón, Elisa, Mariana, Frosina, Valerio, el Comisario, su Escribiente y Maese Santiago

ANSELMO: ¿Qué pasa, señor Harpagón? Os veo todo emocionado.

HARPAGÓN: ¡Ah, señor Anselmo! Soy el más desventurado de los hombres, ¡y he aquí un trastorno y un desorden grande para el contrato que venía a formalizar! Me asesinan en mi fortuna y en mi honor, y aquí tenéis un traidor, un malvado, que, violando los sagrados derechos, se ha introducido en mi casa bajo el título de criado para robarme mi dinero y seducir a mi hija.

VALERIO: ¡Quién piensa en vuestro dinero, con el que me estáis haciendo un embrollo!

HARPAGÓN: Sí; se han dado uno a otro promesa de casamiento. Esta afrenta os concierne, señor Anselmo, y sois vos quien debéis alzaros contra él y utilizar todas las persecuciones de la Justicia para vengaros de su insolencia.

ANSELMO: No es mi deseo hacer que se case conmigo a la fuerza. Ni solicitar nada de un corazón que se ha entregado ya; mas, en cuanto a vuestros intereses, estoy dispuesto a defenderlos como si fueran míos.

HARPAGÓN: Aquí tenéis al señor, que es un honrado comisario y que no olvidará nada, según me ha dicho, en las funciones de su cargo. *(Al Comisario, señalando a Valerio)* Encartadle como es debido, señor, y haced que los hechos tengan la mayor criminalidad.

VALERIO: No veo qué crimen pueden imputarme por la pasión que siento hacia vuestra hija, ni tampoco comprendo a qué suplicio creéis que puedo ser condenado por nuestro compromiso cuando se sepa quién soy…

HARPAGÓN: Me río de todos vuestros cuentos, y el mundo está hoy lleno de estos ladrones de nobleza, de estos impostores que sacan provecho de su oscuridad. Y se revisten insolentemente con el primer nombre ilustre que se les ocurre adoptar.

VALERIO: Sabed que poseo un corazón demasiado digno para adornarme con algo que no sea mío, y que todo Nápoles puede dar fe de mi alcurnia.

ANSELMO: ¡Poco a poco! Tened cuidado con lo que vais a decir. Arriesgáis aquí más de lo que pensáis, y estáis hablando delante de un hombre que conoce a todo Nápoles y a quien le será fácil discernir con claridad en la historia que contáis.

VALERIO *(cubriéndose altivamente):* Soy hombre que no tiene nada que temer, y si conocéis a Nápoles, sabréis quién era don Tomás de Alburci.

ANSELMO: Sin duda que lo sé, y pocas personas le han conocido mejor que yo.

HARPAGÓN: Me tienen sin cuidado don Tomás o don Martín. *(Harpagón ve que están encendidas dos velas y apaga una).*

ANSELMO: Por favor, dejadle hablar; veremos lo que quiere decir.

VALERIO: Quiero decir que él fue quien me dio la vida.

ANSELMO: ¡Él!

VALERIO: Sí.

ANSELMO: Vamos, os chanceáis. Buscad otro cuento que pueda resultaros mejor y no pretendáis salvaros con esa impostura.

VALERIO: Cuidad vuestras palabras. No es ninguna impostura, y no anticipo nada que no me sea fácil justificar.

ANSELMO: ¡Cómo! ¿Os atrevéis a llamaros hijo de don Tomás de Alburci?

VALERIO: Sí; me atrevo a ello, y estoy dispuesto a sostener esta verdad ante quien sea.

ANSELMO: ¡Maravillosa osadía! Sabed, para confusión vuestra, que hace dieciséis años, cuando menos, el hombre de quien nos habláis pereció en el mar con sus hijos y su esposa al querer salvar sus vidas de las persecuciones que acompañaron las revueltas de Nápoles y que hicieron expatriarse a varias nobles familias.

VALERIO: Sí; mas sabed, para confundiros, a mi vez, que su hijo, de siete años de edad, fue salvado, en unión de un criado, de ese naufragio, por un navío español, y que este hijo salvado es el que os habla. Sabed también que el capitán de ese navío, conmovido ante mi suerte, me consagró su amistad, me hizo educar como su propio hijo, y que las armas fueron mi ocupación en cuanto estuve en aptitud de ello; que he sabido hace poco que mi padre no había muerto, como yo creí siempre; que, al pasar por aquí para ir en su busca, una

aventura, concertada por el Cielo, me hizo ver a la encantadora Elisa; que este encuentro me hizo esclavo de sus bellezas y que la violencia de mi amor y las severidades de su padre me hicieron tomar la resolución de introducirme en su casa y de enviar a otro en busca de mi padre.

ANSELMO: Mas, ¿qué nuevas pruebas, aparte de vuestras palabras, puede garantizarnos de que no sea ésta acaso una fábula que hayáis edificado sobre una verdad?

VALERIO: El capitán español; un sello de rubíes, que era de mi padre; un brazalete de ágata que mi madre me había puesto en el brazo, y el viejo Pedro, ese criado que se salvó conmigo del naufragio.

MARIANA: ¡Ah! Puedo responder aquí de vuestras palabras, yo, a quien no engañáis, y todo cuanto decís me hace saber claramente que sois mi hermano.

VALERIO: ¡Vos mi hermana!

MARIANA: Sí. Mi corazón se ha conmovido no bien abristeis la boca, y nuestra madre, a quien vais a cautivar, me habló mil veces de los infortunios de nuestra familia. El Cielo no nos hizo perecer tampoco en ese triste naufragio; mas nos salvó la vida y nos privó de libertad: fueron unos corsarios los que nos recogieron a mi madre y a mí sobre unos restos de nuestro navío. Después de diez años de esclavitud, una suerte venturosa nos devolvió nuestra libertad y regresamos a Nápoles, donde encontramos todos nuestros bienes vendidos, sin que pudiéramos saber allí noticias de nuestro padre. Nos trasladamos a Génova, adonde mi madre fue a recoger los míseros residuos de una herencia que había sido anulada, y desde allí, huyendo de la bárbara

injusticia de sus parientes, vino ella a estos lugares, en donde ha vivido tan sólo una vida casi mísera.

ANSELMO: ¡Oh cielos! ¡Qué rasgos los de tu poder y cuán claramente haces ver que sólo a ti te pertenece el don de hacer milagros! Abrazadme, hijos míos, y unid vuestros transportes a los de vuestro padre.

VALERIO: ¿Sois nuestro padre?

MARIANA: ¿Sois vos al que mi madre ha llorado tanto?

ANSELMO: Sí, hija mía; sí, hijo mío; soy don Tomás de Alburci, a quien el Cielo preservó de las ondas con todo el dinero que llevaba, y que, creyéndoos muertos a todos, durante dieciséis años, se disponía ahora, después de largos viajes, a buscar en el himeneo con una dulce y discreta persona el consuelo de una nueva familia. La escasa seguridad que para mi vida he podido apreciar si volvía a Nápoles me ha hecho renunciar a ello para siempre, y habiendo sabido encontrar medios de hacer que se vendiera allí lo que poseía, me he acostumbrado a vivir aquí, donde, bajo el nombre de Anselmo, he querido alejar de mí las penas de ese otro nombre, que tantos sinsabores me ocasionó.

HARPAGÓN *(a Anselmo)*: ¿Éste es vuestro hijo?

ANSELMO: Sí.

HARPAGÓN: Os emplazo entonces a que me paguéis diez mil escudos que me ha robado.

ANSELMO: ¿Que os ha robado él?

HARPAGÓN: Él en persona.

VALERIO: ¿Quién os ha dicho eso?

HARPAGÓN: Maese Santiago.

VALERIO *(a maese Santiago):* ¿Lo has dicho tú?

MAESE SANTIAGO: Como veis, yo no digo nada.

HARPAGÓN: Sí. Aquí está el señor comisario, que le ha tomado declaración escrita.

VALERIO: ¿Podéis creerme capaz de tan cobarde acción?

HARPAGÓN: Capaz o no, yo quiero recuperar mi dinero.

Escena VI

Harpagón, Anselmo, Elisa, Mariana, Cleanto, Valerio, Frosina, el Comisario, su Escribiente, Maese Santiago y Flecha

CLEANTO: No os atormentéis, padre mío, ni acuséis a nadie. He conseguido noticias de vuestro asunto, y vengo a deciros que si queréis decidiros a dejarme casar con Mariana, vuestro dinero os será devuelto.

HARPAGÓN: ¿Dónde está?

CLEANTO: No os aflijáis. Está en un sitio del que respondo, y todo depende de mí. A vos toca decirme lo que decidís, y podéis escoger entre darme a Mariana o perder vuestra arquilla.

HARPAGÓN: ¿No han quitado nada de ella?

CLEANTO: Nada en absoluto. Ved si es vuestra intención suscribir este casamiento y unir vuestro consentimiento al de su madre, que la deja en libertad de hacer su elección entre nosotros dos.

MARIANA *(a Cleanto)*: Mas no sabéis que no basta con ese consentimiento, y que el Cielo *(señalando a Valerio),* con el hermano que aquí veis, acaba de devolverme un padre *(señalando a Anselmo)*, a quien debéis pedirme.

ANSELMO: El Cielo, hijos míos, no ha vuelto a traerme entre vosotros para que contraríe vuestros anhelos. Señor Harpagón, claramente comprenderéis que la elección de una joven recaerá en el hijo antes que en el padre; vamos, no hagáis que os diga lo que

no es necesario que escuchéis, y consentid, como yo, en este doble himeneo.

HARPAGÓN: Para buscar consejo tengo que ver mi arquilla.

CLEANTO: La veréis sana e íntegra.

HARPAGÓN: No tengo dinero que dar en matrimonio a mis hijos.

ANSELMO: Pues bien, yo lo tengo para los dos; no os preocupéis por esto.

HARPAGÓN: ¿Os comprometéis a correr con todos los gastos de estos dos casamientos?

ANSELMO: Sí, me comprometo a ello. ¿Estáis satisfecho?

HARPAGÓN: Sí, con tal que me encarguéis un traje para las bodas.

ANSELMO: De acuerdo. Vamos a gozar de la dicha que este día feliz nos depara.

COMISARIO: ¡Hola, señores, hola! Poco a poco, si os place. ¿Quién me abonará mis escritos?

HARPAGÓN: De nada nos sirven vuestros escritos.

COMISARIO: ¡Sí! Mas yo no tengo la intención de haberlos hecho gratuitamente.

HARPAGÓN *(señalando a maese Santiago):* Como pago, os entrego a ese hombre para que le mandéis ahorcar.

MAESE SANTIAGO: ¡Ah! ¿Cómo hay que proceder entonces? ¡Me apalean por decir la verdad y quieren colgarme por mentir!

ANSELMO: ¡Señor Harpagón, hay que perdonarle esa impostura!

HARPAGÓN: ¿Pagaréis entonces al comisario?

ANSELMO: Sea. Vamos pronto a participar nuestra alegría a vuestra madre.

HARPAGÓN: Y yo, a ver mi arquilla querida.

Fin de *El Avaro*

DGBUV 2017/ J2636

ÍNDICE

Biblioteca del Universitario 7
Prólogo 13
Tartufo o El impostor 27
Prefacio 29
Primer Memorial 37
Segundo Memorial 39
Tercer Memorial 42
Acto primero 47
Acto segundo 61
Acto tercero 77
Acto cuarto 90
Acto quinto 103
El Avaro 119
Acto primero 123
Acto segundo 145
Acto tercero 160
Acto cuarto 179
Acto quinto 192

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Tartufo o El impostor y *El Avaro* de Molière
título número 39 de la Biblioteca del Universitario,
se terminó de imprimir en julio del 2011
en los talleres de Offset Rebosán, S. A. de C. V.,
Av. Acueducto núm. 115, Col. Huipulco Tlalpan, México, D. F.
La edición consta de diecisiete mil ejemplares
más sobrantes para reposición.
La edición estuvo al cuidado de Isabel Gallardo Rivera, Lucía
Riveros, Omar Valdés Benítez, Jorge Medina Viedas
y Agustín del Moral Tejeda.

DGBUV
USBI-X
XBC010242565

Personajes extremos, exagerados al máximo, cómicos y horribles a la vez, hasta tal punto que no es posible separar lo uno de lo otro. Después de tres siglos y medio, las obras de Molière continúan representándose en todos los escenarios del mundo y uno se pregunta: ¿por qué? Digamos que en ellas no echamos nada en falta, ningún conocimiento moderno. Mejor aún: sus obras evitan ciertos errores de la psicología moderna.

Molière no se propone realizar con ellas una investigación del ser humano, no le interesa mostrar todo lo que acaso se encuentre en el interior de un individuo, sino que crea ciertas unidades que perfila nítidamente y confronta entre ellas. De la interacción de esas unidades brota lo que Molière, el rey del teatro francés, tiene que decir sobre el ser humano.

Y en estas dos breves obras entra en juego toda la antropología molieriana, con su orquestación de dolor, exuberantemente cómica. Hay que pensar en *Tartufo y El avaro* como en dos obras tristes, valientes, graciosas y como en un teatro profundo pero entretenido. A esto se refiere Mijaíl Bulgákov —a esta forma de representación auspiciosa donde nada está del todo asentado, donde quedan atrás el blanco y el negro para que lleguen las tan gratificantes como inquietantes hordas de grises— cuando señala a Molière como "padre del teatro europeo; alguien que no pierde de vista la idea y la creencia que sólo en lo entretenido pueden dirimirse las grandes cuestiones serias".

Nacido en París en 1622, Jean-Baptiste Poquelin, para la posteridad Molière, es una de las cúspides de la literatura francesa. Críticas, irónicas, ácidas y siempre joviales, sus obras (*El misántropo, El enfermo imaginario, Don Juan*) son un permanente experimento literario, artefactos radicales y revolucionarios. Por eso, a casi cuatro siglos de distancia, Molière —en mayor medida que muchos artistas actuales— es un escritor estrictamente contemporáneo.

Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial

Biblioteca del Universitario

ISBN 978-607-502-097-6